



AÑO II.

NUM. XIII.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

—
ENERO—1890
—

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULI

Flor Baja, 22

—
1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

UN DESTRIPIADOR DE ANTAÑO

~~~~~

**L**A leyenda del *Destripador*, asesino medio sabio y medio brujo, es muy antigua en mi tierra. La oí en mis tiernos años, susurrada ó salmodiada en terroríficas estrofas, quizá al borde de mi cuna por la criada vieja, quizá en la cocina aldeana, en la tertulia de los gañanes, que la comentaban con estremecimientos de temor ó risotadas obscuras. Volvió á aparecérseme, como fantasmagórica creación de Hoffmann, en las sombrías y retorcidas callejuelas de un pueblo que hasta hace poco permaneció teñido de colores medio-evaes, lo mismo que si todavía hubiese peregrinos en el mundo y resonase aún bajo las bóvedas de la Catedral el himno de *Ultreja*. Hoy el clamoreo de los periódicos, el pánico vil de la ignorante multitud, hacen surgir de nuevo en mi fantasía el cuento, trágico y grotesco como Cuasimodo, jorobado con todas las jorobas que afean al ciego Terror y á la Superstición infame. Voy á contarlo. Entrad conmigo valerosamente en la zona de sombra del alma humana.

## I.

Un paisajista sería capaz de quedarse embelesado si viese aquel molino de la aldea de Tornelos. Caído en la vertiente de una montañuela, dábale alimento una represa que formaba lindo estanque natural, festoneado de cañas y poas, puesto como espejillo de mano sobre falda verde, encima del terciopelo de un prado donde crecían áureos ranúnculos, y en otoño abrían sus corolas morados y elegantes lirios. Al otro lado de la represa habían trillado un sendero los pies de los hombres y de los asnos, que iban y venían cargados de sacas, á la venida con maíz, trigo y centeno en grano; á la vuelta con harina obscura, blanca ó amarillenta. ¡Y qué bien *componía*, coronando el rústico molino y la pobre casuca de los molineros, el gran castaño de horizontales ramas y frondosa copa, cubierto en verano de pálida y desmenada flor, en Octubre de picantes y reventones erizos! ¡Cuán gallardo y majestuoso se perfilaba sobre la azulada cresta del monte, medio velado entre la cortina gris del humo que salía, no por la chimenea—pues no la tenía la casa del molinero, ni aun hoy la tienen muchas casas de aldeanos de Galicia,—sino por todas partes, puertas, ventanas, resquicios del tejado y grietas de las desmanteladas paredes!

El complemento del asunto bonito, lleno de poesía, digno de que lo fijase un artista genial en algún cuadro idílico, era una niña como de trece á catorce años, que sacaba á pastar una vaca por aquellos ribazos, siempre tan

floridos y frescos, aun en los rigores invernales, cuando los lobos aullan en la sierra.—Minia servía para tipo de la pastora: armonizaba con el fondo. En la aldea la llamaban *roxa*, pero en sentido [de rubia, pues tenía el pelo del color del cerro que á veces hilaba, de un rubio pálido, lacio, que á manera de vago reflejo lumínico rodeaba la carita, algo tostada por el sol, oval y descolorida, donde sólo brillaban los ojos con un toque celeste, como el azul que á veces se entrevé al través de las brumas del montañés celaje. Minia cubría sus carnes con un refajo colorado desteñado ya por el uso; recia camisa de estopa velaba su seno, mal desarrollado aún; iba descalza, y el pelito lo llevaba envedijado y revuelto, y á veces mezclado—sin asomo de ofeliana coquetería—con briznas de paja ó tallos de hierba de la que segaba para la vaca en los linderos de las heredades. Y así y todo estaba bonita, bonita como un ángel, ó, por mejor decir, como la patrona del santuario próximo, con la cual ofrecía—al decir de las gentes—singular parecido.

La célebre patrona, objeto de fervorosa devoción para los aldeanos de aquellos contornos, era un *cuerpo santo*, traído de Roma por cierto industrioso gallego, especie de Gil Blas, que, habiendo llegado por azares de la fortuna á servidor de un Cardenal romano, no pidió otra recompensa, al terminar por muerte de su amo diez años de buenos y leales servicios, que la urna y efigie que adornaban el oratorio del Cardenal. Diéronselas, y las trajo á su aldea, no sin aparato. Con sus ahorrillos y alguna ayuda del Arzobispo, elevó modesta capilla, que á los pocos años de su muerte las limosnas de los fieles, la súbita devoción despertada en muchas leguas á la redonda, transformaron en rico santuario, con su gran iglesia barroca y su buena vivienda para el santero,

cargo que desde luego asumió el párroco, viniendo así á convertirse aquella olvidada parroquia de montaña en pingüe canonjía. No era fácil averiguar con rigurosa exactitud histórica, ni apoyándose en documentos fehacientes é incontrovertibles, á quién habría pertenecido el huesecillo de cráneo humano incrustado en la cabeza de cera de la Santa. Sólo un papel amarillento, escrito con letra menuda y firme y pegado en el fondo de la urna, afirmaba ser aquellas las reliquias de la bienaventurada Herminia, noble virgen que padeció martirio bajo Diocleciano. Inútil parece buscar en las actas de los mártires el nombre y género de muerte de la bienaventurada Herminia. Los aldeanos tampoco lo preguntaban, ni ganas de meterse en tales honduras. Para ellos, la Santa no era una figura de cera, sino el mismo cuerpo incorrupto; del nombre germánico de la mártir hicieron el gracioso y familiar de *Minia*, y á fin de apropiársele mejor, le añadieron el de la parroquia, llamándola Santa Minia de Torne-los. Poco les importaba á los devotos montañeses el cómo ni el cuándo de su Santa: veneraban en ella la Inocencia y el Martirio, el heroísmo de la debilidad: cosa sublime.

Á la rapaza del molino le habían puesto Minia en la pila bautismal, y todos los años, el día de la fiesta de su patrona, arrodillábase la chiquilla delante de la urna, tan embelesada con la contemplación de la Santa, que ni acertaba á mover los labios rezándole. La fascinaba la efigie, que para ella también era un cuerpo real, un verdadero cadáver humano. Ello es que la Santa estaba preciosa: preciosa y terrible á la vez. Representaba la figura á una jovencita como de quince años, de perfectas facciones pálidas. Al través de sus párpados cerrados por la muerte, pero ligeramente revulsos por la contracción de la agonía, veíanse brillar los ojos de cristal con miste-



rioso brillo. La boca, también entreabierta, tenía los labios lívidos y transparentaba el esmalte de la dentadura. La cabeza, inclinada sobre el almohadón de seda carmesí que cubría un encaje de oro ya deslucido, ostentaba sobre el pelo rubio una corona de rosas de plata; y la postura permitía ver perfectamente la herida de la garganta, estudiada con paciencia quirúrgica: las cortadas arterias, la laringe, la sangre, de la cual algunas gotas negreaban sobre el cuello. Vestía la Santa dalmática de brocado verde sobre túnica de tafetán color de caramelo: atavío más teatral que romano, en el cual entraban como elemento ornamental bastantes lentejuelas é hilillo de oro. Sus manos, finísimamente modeladas y exangües, se cruzaban sobre la palma de su triunfo. Al través de los vidrios de la urna, al reflejo de los cirios, la polvorienta imagen y sus ropas ajadas por el transcurso del tiempo adquirirían vida sobrenatural. Diríase que la herida iba á derramar sangre fresca.

La chiquilla volvía de la iglesia ensimismada y absorta. Era siempre de pocas palabras; pero un mes después de la fiesta patronal, difícilmente salía de su mutismo, ni se veía en sus labios la sonrisa, á no ser que los vecinos la dijese que «se parecía mucho con la Santa».

Los aldeanos no son blandos de corazón: al revés; suelen tenerlo tan duro y calloso como las palmas de las manos; pero cuando no está en juego su interés propio, poseen cierto instinto de justicia que los induce á tomar el partido del débil oprimido por el fuerte. Por eso miraban con profunda lástima á Minia. Huérfana de padre y madre, la chiquilla vivía con sus tíos. El padre de Minia era molinero, y se había muerto de unas intermitentes palúdicas, mal frecuente en los de su oficio: la madre le siguió al sepulcro, no arrebatada de pena, que en una al-

deana sería extraño género de muerte, sino á poder de un dolor de costado, que tomó saliendo caliente de cocer la hornada de maíz. Minia quedó solita á la edad de año y medio, recién destetada. Su tío, Juan Ramón—que se ganaba la vida trabajosamente con el oficio de albañil, pues no era amigo de labranza—entró en el molino como en casa propia, y encontrando la industria ya fundada, la clientela establecida, el negocio entretenido y cómodo, ascendió á molinero, que en la aldea es ascender á personaje. No tardó en ser su consorte la moza con quien tenía trato y de quien poseía ya dos frutos de maldición, varón y hembra. Minia y estos retoños crecieron mezclados, sin más diferencia aparente sino que los chiquitines decían al molinero y á la molinera *papai* y *mamai*, mientras Minia, aunque nadie se lo hubiese enseñado, no les llamó nunca de otro modo que *señor tío* y *señora tía*.

Si se estudiase á fondo la situación de la familia, se verían diferencias más graves. Minia vivía relegada á la posición de criada ó moza de labranza. No es decir que sus primos no trabajasen, porque el trabajo á nadie perdona en casa del labriego; pero las labores más viles, las faenas más duras, guardábanse para Minia. Su prima Melia, destinada por su madre á costurera, que es entre las campesinas profesión aristocrática, hacía labor en una sillita y se divertía oyendo los requiebros bárbaros y las picardigüelas de los mozos y mozas que acudían al molino y se pasaban allí la noche en vela y broma, con notoria ventaja del diablo y no sin frecuente é ilegal acrecentamiento de nuestra especie. Minia era quien ayudaba á cargar el carro de tojo; la que con sus manos diminutas amasaba el pan; la que echaba de comer al becerro, al cerdo y á las gallinas; la que llevaba á pastar la vaca, y, encorvada y fatigosa, traía del monte el haz

de leña, ó del soto el saco de castañas, ó del prado el cesto de hierba. Andrés, el mozuelo, no la ayudaba poco ni mucho: pasábase la vida en el molino, ayudando á la molienda y al maquileo, y de *viola*, fiesta, canto, y repiqueteo de pandereta con los demás rapaces y rapazas. De esta temprana escuela de corrupción sacaba el muchacho chanzas, dichos y travesuras que á veces molestaban á Minia, sin que ella supiese el por qué, ni tratase de comprender la causa.

El molino, durante algunos años, rindió lo suficiente para proporcionar á la familia cierto desahogo. Juan Ramón tomaba el negocio con interés, estaba siempre en la brecha aguardando por la parroquia, era activo, vigilante y exacto. Poco á poco, con el desgaste de la vida que corre insensible y grata, resurgieron sus aficiones á la holgazanería y al bienestar, y empezaron los descuidos, parientes tan próximos de la ruina. ¡El bienestar! Para un labriego, estriba en poca cosa: algo más de cerdo y unto en el pote, carne de vez en cuando, *pan-trigo* á discreción, leche cuajada ó fresca: esto distingue al labrador acomodado del desvalido. Después viene el lujo de la indumentaria: el buen traje de *vizo*, las polainas de prolijo pespunte, la camisa labrada, la faja que esmaltan flores de seda, el pañuelo majo y la botonadura de plata en el rojo chaleco. Juan Ramón tenía de estas exigencias, y acaso no fuese ni la comida ni el traje lo que introducía desequilibrio en su presupuesto, sino la pícara costumbre que iba arraigándose ya, de «echar una pinga» en la taberna del Canelo, primero todos los domingos, luego las fiestas de guardar, por último muchos días en que la Santa Madre Iglesia no impone precepto de misa á los fieles. Después de las libaciones, el molinero regresaba á su molino, ya alegre como unas pascuas, ya téttri-

co, renegando de su suerte y con ganas de arrimar á alguien un sopapo. Melia, al verle venir así, se escondía; Andrés, la primera vez que su padre le descargó un palo con la tranca de la puerta, se revolvió como una fiera, le sujetó, y no le dejó ganas de nuevas agresiones: Pepona, la molinera, más fuerte, huesuda y recia que su marido, también era capaz de pagar en buena moneda el primer cachete: sólo quedaba Minia, víctima única y constante. La niña recibía los golpes con estoicismo, palideciendo á veces cuando sentía vivo dolor; cuando, por ejemplo, la hería en la espinilla ó en la cadera la punta de un zueco de palo; pero no llorando jamás. La parroquia no ignoraba estos tratamientos, y algunas mujeres compadecían bastante á Minia. En las tertulias del atrio después de misa, en las deshojas del maíz, en la romería del santuario, en las ferias, comenzaba á susurrarse que el molinero se empeñaba, que el molino se hundía, que en las maquilas robaban sin temor de Dios, y que no tardaría la rueda en pararse y los alguaciles en entrar allí para embargarles hasta la camisa que llevaban sobre los lomos.

Una persona luchaba contra la desorganización creciente de aquella humilde industria y aquel pobre hogar. Era Pepona la molinera, mujer avara, codiciosa, ahorrana hasta de un ochavo, tenaz, áspera y vehemente. Levantada antes que rayase el día, incansable en el trabajo, siempre se la veía, ya inclinada labrando la tierra, ya en el molino regateando la maquila, ya trotando descalza por el camino de Santiago adelante, con una cesta de huevos, aves y verduras en la cabeza, para ir á venderla al mercado. Mas ¿qué valen el cuidado, el celo, la economía sórdida de una mujer, contra el vicio y la pereza de dos hombres? En una mañana se bebía Juan

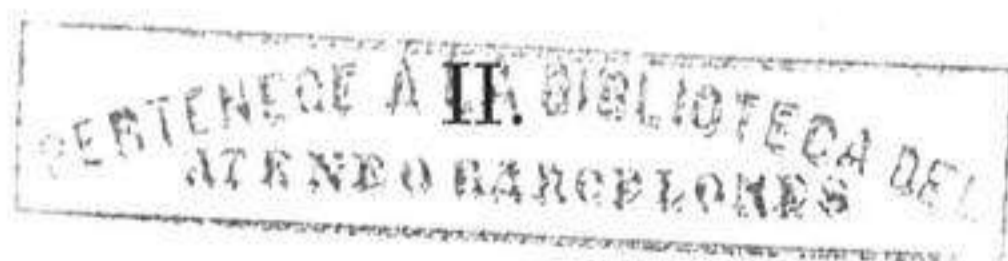
Ramón, en una noche de tuna despilfarraba Andrés el fruto de la semana de Pepona.

Mal andaban los negocios de la casa, y peor humorada la molinera, cuando vino á complicar la situación un año fatal, un año de miseria y sequía, en que, perdiéndose la cosecha del maíz y trigo, la gente vivió de averiadas habichuelas, de secos habones, de pobres y héticas hortalizas, de algún centeno de la cosecha anterior, roído ya por el cornezuelo y el gorgojo. Lo más encogido y apretado que se puede imaginar en el mundo, no acierta á dar idea del grado de reducción que consigue el estómago de un labrador gallego, y la vacuidad á que se sujetan sus pobres tripas en años así. Berzas espesadas con harina y suavizadas con una corteza de tocino rancio; y esto un día y otro día, sin sustancia de carne, sin gota de vino para reforzar un poco los espíritus vitales y devolver vigor al cuerpo. La patata, el pan del pobre, entonces apenas se conocía,—porque no sé si dije que lo que voy contando ocurrió en los primeros lustros de este siglo.

Considérese cuál andaría con semejante añada el molino de Juan Ramón. Perdida la cosecha, descansaba forzosamente la muela. El rodezno, parado y silencioso, infundía tristeza; semejaba el brazo de un paralítico. Los ratones, furiosos de no encontrar grano que roer, famélicos también ellos, correteaban alrededor de la piedra, exhalando agrios chillidos. Andrés, aburrido por la falta de la acostumbrada tertulia, se metía cada vez más en danzas y aventuras amorosas, volviendo á casa rendido y enojado, como su padre, con las manos que le hormigueaban por zurrar. Zurraba á Minia con mezcla de galantería rústica y de brutalidad, y enseñaba los dientes á su madre porque la pitanza era escasa y desabrida. Vago ya

de profesión, andaba de feria en feria buscando lances, pependencias y copas. Por fortuna, en primavera cayó soldado y se fué con el chopo camino de la ciudad. Hablando como la dura realidad nos impone, confesaremos que la mayor satisfacción que pudo dar á su madre fué quitársele de la vista, porque ningún pedazo de pan traía á casa, y en ella sólo sabía derrochar y gruñir, confirmando aquello de que «donde no hay harina todo es mohina».

La víctima propiciatoria, el desahogo de todos los sinsabores y desengaños de Pepona, era....: ¿quién había de ser? Siempre había tratado Pepona á Minia con hostil indiferencia; ahora, con odio sañudo de dura madrastra. Para Minia los harapos, para Melia los refajos de grana: para Minia la cama en el duro suelo, para Melia un *leito* igual al de sus padres: á Minia se le arrojaba la corteza de pan de borona enmohecido, mientras el resto de la familia despachaba el caldo calentito y el *compango* de cerdo. Minia no se quejaba jamás. Estaba un poco más descolorida y perpetuamente absorta, y su cabeza se inclinaba á veces lánguidamente sobre el hombro, aumentándose entonces su parecido con la Santa. Callada, y exteriormente insensible, la muchacha sufría en secreto angustia mortal, inexplicables mareos, ansias de llorar, dolores en lo más profundo y delicado de su organismo, misteriosa pena, y, sobre todo, unas ganas constantes de morirse para descansar yéndose al cielo.... Y el paisajista ó el poeta que cruzase ante el molino, y viese el frondoso castaño, la represa con su agua durmiente y su orla de cañas, la pastorcilla rubia, que, pensativa, dejaba á la vaca saciarse libremente por el lindero orlado de flores, soñaría con idilios, y haría una descripción apacible y encantadora de la infeliz niña golpeada y hambrienta, medio idiota ya á fuerza de desamores y crueldades.



Un día descendió mayor consternación que nunca sobre la choza de los molineros. Era llegado el plazo fatal para el colono: vencía el término del arriendo, y, ó pagaban al dueño del lugar, ó se verían arrojados de él y sin techo que los cobijase, ni tierra donde cultivar las berzas para el caldo. Y lo mismo el holgazán Juan Ramón que Pepona la diligente, profesaban á aquel quiñón de tierra el cariño insensato que apenas profesarían á un hijo pedazo de sus entrañas. Salir de allí se les figuraba peor que ir para la sepultura: que esto al fin tiene que suceder á los mortales, mientras lo otro no ocurre sino por impensados rigores de la suerte negra. ¿Dónde encontrarían dinero? Probablemente no había en toda la comarca las dos onzas que importaba la renta del lugar. Aquel año de miseria (calculó Pepona), dos onzas no podían hallarse sino en la boeta de Santa Minia. El cura sí que tendría dos onzas, y bastantes más, cosidas en el jergón ó enterradas en el huerto.... Esta probabilidad fué asunto de la conversación de los esposos, tendidos boca á boca en el lecho conyugal, especie de cajón con una abertura al exterior, y dentro un relleno de hojas de maíz y una raída manta. En honor de la verdad, hay que decir que á Juan Ramón, alegrillo con los cuatro tragos que había echado al anochecer para confortar el estómago casi vacío, no se le ocurría siquiera aquello de las onzas del cura hasta que se lo sugirió, cual verdadera Eva, su cónyuge; y es justo observar también que contestó á la tentación

con palabras muy discretas, como si no hablase por su boca el espíritu parral. «Oyes tú, Juan Ramón.... El clérigo sí que tendrá á rabiarse lo que aquí nos falta.... Ricas onciñas tendrá el clérigo. ¿Tú roncas, ó me oyes, ó qué haces?»—«Bueno, ¡rayo!; y si las tiene, ¿qué rayo nos interesa? Dar, no nos las ha de dar.»—«Darlas, ya se sabe; pero.... prestadas....»—«¡Prestadas! Sí, ve á que te presten....»—«Yo digo prestadas así, medio á la fuerza.... ¡Malditos!....; no sois hombres, no tenéis de hombres sino la parola.... Si estuviese aquí Andresiño...., un día al obscurecer....»—«Como vuelvas á mentar eso, los diaños lleven si no te saco las muelas del bofetón....»—«Cochinos de cobardes; aun las mujeres tenemos más riñones....»—«Loba, calla. Tú quieres perderme: el clérigo tiene escopeta...., y á más quieres que Santa Minia mande una centella que mismamente nos destrice....»—«Santa Minia es el miedo que te come....»—«Toma, malvada....»—«Pellejo, borrachón....»

Estaba echada Minia sobre un haz de paja, á poca distancia de sus tíos, en esa promiscuidad de las cabañas gallegas, donde racionales é irracionales, padres é hijos, yacen confundidos y mezclados. Aterida de frío bajo su ropa que había amontonado para cubrirse,—pues manta, Dios la diese,—entreoyó algunas frases sospechosas y confusas, las excitaciones sordas de la mujer, los gruñidos y chanzas vinosas del hombre. Tratabase de la Santa.... Pero la niña no comprendió. Sin embargo, aquello le sonaba mal: le sonaba á ofensa, á lo que ella, si tuviese nociones de lo que tal palabra significa, hubiese llamado desacato. Movi6 los labios para rezar la única oración que sabía, y así rezando se quedó traspuesta. Apenas la salteó el sueño, le pareció que una luz dorada y azulada llenaba el recinto de la choza. En



medio de aquella luz, semejante á la que despedía el *árbol de fuego* que presentaba el cohetero en la fiesta patronal, estaba la Santa, no reclinada, sino de pie, y blandiendo su palma como si blandiese un arma terrible. Minia creía oír distintamente estas palabras: «¿Ves? Los mato». Y mirando hacia el lecho de sus tíos, los vió cadáveres, negros, carbonizados, con la boca torcida y la lengua de fuera.... En este momento se dejó oír el sonoro cántico del gallo; la becerrilla mugió en el establo reclamando el pezón de su madre.... Amanecía.

Si pudiese la niña hacer su gusto, se quedaría acurrucada entre la pajala mañana que siguió á su visión. Sentía gran dolor en los huesos, quebrantamiento general, sed ardiente. Pero la hicieron levantar, tirándola del pelo y llamándola holgazana, y, según costumbre, hubo de sacar el ganado. Con su habitual pasividad no replicó; agarró la cuerda y echó hacia el pradillo. La Pepona, por su parte, habiéndose lavado primero los pies y luego la cara en el charco más próximo á la represa del molino, y puéstose el dengue y el mantelo de los días grandes, y hasta—lujo inaudito—los zapatos, colocó en una cesta hasta dos docenas de manzanas, una pella de manteca envuelta en una hoja de col, algunos huevos y la mejor gallina ponedera, y, cargando la cesta en la cabeza, salió del lugar y tomó el camino de Compostela con aire resuelto. Iba á implorar, á pedir un plazo, una prórroga, un perdón de renta, algo que les permitiese salir de aquel año terrible sin abandonar el lugar querido, fertilizado con su sudor.... Porque las dos onzas del arriendo.... ¡quiá! en la boeta de Santa Minia ó en el jergón del clérigo seguirían guardadas, por ser un calzonazos Juan Ramón y faltar de la casa Andresiño...., y no usar ella, en lugar de refajos, las mal llevadas bragas del esposo.

No abrigaba Pepona grandes esperanzas de obtener la menor concesión, el más pequeño respiro. Así se lo decía á su vecina y comadre Jacoba de Alberte, con la cual se reunió en el crucero, enterándose de que iban á hacer la misma jornada,—pues Jacoba tenía que traer de la ciudad medicina para su hombre, afligido por un asma de todos los demonios, que no le dejaba estar acostado ni casi respirar por las mañanas.—Resolvieron las dos comadres ir juntas para tener menos miedo á los lobos ó á los aparecidos, si al volver se les echaba la noche encima; y pie ante pie, haciendo votos porque no lloviese, pues Pepona llevaba áuestas el fondito del baúl, emprendieron su caminata charlando.

—Mi matanza (dijo la Pepona) es que no podré hablar cara á cara con el señor Marqués, y al apoderado tendré que arrodillarme. Los señores de mayor señorío son siempre los más compadecidos del pobre. Los peores, los señoritos hechos á puñetazos, como D. Mauricio, el apoderado; esos tienen el corazón duro como las piedras, y le tratan á uno peor que á la suela del zapato. Le digo que voy allá como el buey al matadero.

La Jacoba, que era una mujercilla pequeña, de ojos ribeteados, de apergaminadas facciones, con dos toques como de ladrillo en los pómulos, contestó en voz plañidera:

—¡Ay, comadre! Iba yo cien veces adonde va, y no quería ir una adonde voy. ¡Santa Minia nos valga! Bien sabe el Señor nuestro Dios que me lleva la salud del hombre, porque la salud vale más que las riquezas. No siendo por amor de la salud, ¿quién tiene valor de pisar la botica de Don Custodio?

Al oír este nombre, viva expresión de curiosidad azorada se pintó en el rostro de la Pepona y en su frente

corta y chata, donde el pelo nacía casi á un dedo de las tupidas cejas.

—¡Ay! Sí, mujer.... Yo nunca allá fuí. Hasta por delante de la botica no me da gusto pasar. Andan no sé qué dichos, de que el boticario hace *meigallos*.

—Eso de no pasar, bien se dice; pero cuando uno tiene la salud en sus manos.... La salud vale más que todos los bienes de este mundo; y el pobre que no tiene otro caudal sino la salud, ¿qué no hará por conseguirla? Al demonio era yo capaz de ir á pedirle en el infierno la buena untura para mi hombre. Un peso y doce reales llevamos gastado este año en botica, y nada: como si fuese agua de la fuente; que hasta es un pecado derrochar los cuartos así, cuando no hay una triste espiga para llevar á la boca. De manera es, que ayer por la noche mi hombre, que tosía que casi reventaba, me dijo, dice: «Ei, Jacoba; ó tú vas á pedirle á Don Custodio la untura, ó yo espicho. No hagas caso del médico; no hagas caso, si á mano viene, ni de Cristo nuestro Señor: á Don Custodio has de ir, que si él quiere, del apuro me saca con sólo dos cucharaditas de los remedios que sabe hacer. Y no repares en dinero, mujer, no siendo que quieras te quedar viuda». Así es que....—Jacoba metió misteriosamente la mano en el seno, y extrajo envuelto en un papelito un objeto muy chico—aquí llevo el corazón del arca.... ¡un doblonciño de á cuatro! Se mevan los *espiritus* detrás de él; me cumplía para mercar ropa, que casi desnuda en carnes voy; pero primero es la vida del hombre, mi comadre...., y aquí lo llevo para el ladro de Don Custodio, Asús me perdone.

La Pepona reflexionaba, deslumbrada por la vista del doblón y sintiendo en el alma una oleada tal de codicia que la sofocaba casi.

:

—Pero diga, mi comadre (murmuró con ahinco, apretando sus grandes dientes de caballo y echando chispas por los ojuelos). Diga: ¿cómo hará Don Custodio para ganar tantos cuartos? ¿Sabe qué se cuenta por ahí? Que mercó este año muchos lugares del Marqués. Lugares de los más riquísimos. Dicen que ya tiene mercados dos mil ferrados de trigo de renta.

—¡Ay mi comadre! ¿Y cómo quiere que no gane cuartos ese hombre que cura todos los males que el Señor inventó? Miedo da el entrar allí; pero cuando uno sale con la salud en la mano.... Ascuche: ¿quién piensa que le quitó la reuma al cura de Morlán? Cinco años llevaba en la cama, baldado, imposibilitado...., y de repente un día se levanta bueno, andando como V. y como yo. Pues, ¿qué fué? La untura que le dieron en los cuadriles, y que le costó media onza en casa de Don Custodio. ¿Y el tío Gorio, el posadero de Silleda? Ese fué mismo cosa milagrosa. Ya le tenían puestos los santolios, y traerle un agua blanca de Don Custodio.... y como si resucitase.

—¡Qué cosas hace Dios!

—¿Dios? (contestó la Jacoba.) Á saber si las hace Dios ó el diaño.... Comadre, le pido de favor que me ha de acompañar cuando entre en la botica.

—Acompañaré.

Cotorreando así se les hizo llevadero el caminito á las dos comadres. Llegaron á Compostela á tiempo que las campanas de la catedral y de numerosas iglesias tocaban á misa, y entraron á oirla en las Ánimas, templo muy favorito de los aldeanos, y, por lo tanto, muy escupido, sucio y mal oliente. De allí, atravesando la plaza llamada del Pan, inundada de vendedoras de molletes y cacharros, atestada de labriegos y de caballerías, se metieron bajo los soportales, sustentados por columnas de bizantinos

capiteles, y llegaron á la temerosa madriguera de Don Custodio.

Bajábase á ella por dos escalones, y entre esto y que los soportales roban luz, encontrábase siempre la botica sumergida en vaga penumbra, resultado á que cooperaban también los vidrios azules, colorados y verdes, innovación entonces flamante y rara. La anaquelaría ostentaba aún esos pintorescos cacharros que hoy se estiman como objeto de arte, y sobre los cuales se leían en letras góticas rótulos que parecen fórmulas de alquimia: *Rad. Polip. Q.—Ra. Su. Eboris—Stirac. Cala—* y otros letreros de no menos siniestro cariz. En un sillón de vaqueta reluciente ya por el uso, ante una mesa donde un atril abierto sostenía voluminoso libro, hallábase el boticario, que leía cuando entraron las dos aldeanas, y que al verlas entrar se levantó. Parecía hombre de unos cuarenta y tantos años: era de rostro chupado, de hundidos ojos y sumidos carrillos, de barba picuda y gris, de calva primeriza y ya lustrosa, y con aureola de largas melenas, que empezaban á encanecer: una cabeza macedada y simpática de santo penitente ó de doctor alemán emparedado en su laboratorio. Al plantarse delante de las dos mujeres, caía sobre su cara el reflejo de uno de los vidrios azules, y realmente se le podría tomar por efigie de escultura. No habló palabra, contentándose con mirar fijamente á las dos comadres. Jacoba temblaba cual si tuviese azogue en las venas, y la Pepona, más atrevida, fué la que echó todo el relato del asma, y de la untura, y del compadre enfermo, y del doblón. Don Custodio asintió inclinando gravemente la cabeza: desapareció tres minutos tras la cortina de sarga roja que ocultaba la entrada de la rebotica; volvió con un frasquito cuidadosamente lacrado; tomó el doblón, sepultólo en el cajón de la

mesa, y devolviendo á la Jacoba un peso duro, contentóse con decir: «Úntenle con esto el pecho por la mañana y por la noche»; y sin más, se volvió á su libro. Miráronse las dos comadres, y salieron de la botica como alma que lleva el diablo. Jacoba, fuera ya, se persignó.

Serían las tres de la tarde cuando volvieron á reunirse en la taberna, á la entrada de la carretera, donde comieron un *taco* de pan y una corteza de queso duro, y echaron al cuerpo el consuelo de dos deditos de aguardiente. Luego emprendieron el retorno. La Jacoba iba alegre como unas pascuas: poseía el remedio para su hombre; había vendido bien medio ferrado de habas. Y de su caro doblón, Don Custodio le devolviera un peso. Pepona, en cambio, tenía la voz ronca y encendidos los ojos; sus cejas se juntaban más que nunca; su cuerpo grande y tosco se doblaba al andar, cual si le hubiesen administrado alguna soberana paliza. No bien salieron á la carretera, desahogó sus cuitas en amargos lamentos; el ladrón de Don Mauricio, como si fuese sordo de nacimiento ó verdugo de los infelices:—La renta, ó salen del lugar. ¡Comadre! Allí lloré, grité, me puse de rodillas, me arranqué los pelos, le pedí por el alma de su madre y de quien tiene en el otro mundo.... Él tieso.—La renta, ó salen del lugar. El atraso de Vds. ya no viene de este año, ni es culpa de la mala cosecha.... Su marido bebe y su hijo es otro que bien baila.... El señor Marqués le diría lo mismo.... Quemado está con Vds.... Al Marqués no le gustan borrachos en sus lugares.—Yo repliquéle:—Señor, venderemos los bueyes y la vaquiña...., y luego, ¿con qué labramos? Nos venderemos por esclavos nosotros....—La renta, les digo.... y lárguese ya.—Mismo así, empurrando, empurrando.... echóme por la puerta. ¡Ay! Hace bien en cuidar á su hombre, señora Jacoba....

¡Un hombre que no bebe! Á mí me ha de llevar á la sepultura aquel pellejo.... Si le da por enfermarse, con medicina que yo le compre no sanará.

En tales pláticas iban entreteniendo las dos comadres el camino. Como en invierno anochece pronto, hicieron por atajar, internándose hacia el monte, entre pinares espesos. Oíase el toque del Ángelus en algún campanario distante, y la niebla, subiendo del río, empezaba á velar y confundir los objetos. Los pinos y los zarzales se esfumaban entre aquella vaguedad gris, con espectral apariencia. Á las labradoras les costaba trabajo encontrar el sendero.

—Comadre (advirtió de pronto y con inquietud Jacoba); por Dios le encargo que no cuente en la aldea lo del unto....

—No tenga miedo, comadre.... Un pozo es mi boca.

—Porque si lo sabe el señor cura, es capaz de echarnos en misa una pauliña....

—¿Y á él qué le importa?

—Pues como dicen que esta untura es de lo que es....

—¿De qué?

—¡Ave María de gracia, comadre! (susurró Jacoba, deteniéndose y bajando la voz, como si los pinos pudiesen oirla y delatarla): ¿de veras no lo sabe? Me pasmo. Pues hoy en el mercado no tenían las mujeres otra cosa que decir, y las mozas primero se dejaban hacer trizas que llegarse al soportal. Yo, si entré allí, es porque de moza ya he pasado; pero vieja y todo, si V. no entra conmigo, no pongo el pie en la botica. ¡La gloriosa Santa Minia nos valga!

—Á fe, comadre, que no sé ni esto.... Cuente, comadre, cuente.... Callaré lo mismo que si muriera.

—¡Pues si no hay más de qué hablar, señora! ¡Asús

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENDIMIENTO AL LECTOR

querido! Estos remedios tan milagrosos, que resucitan á los difuntos, hácelos Don Custodio con unto de moza....

—¿De moza?

—De moza soltera, rojiña, que ya esté en sazón de se poder casar. Con un cuchillo les saca las mantecas, y va y las derrite, y prepara los medicamentos. Dos criadas mozas tuvo, y ninguna se sabe qué fué de ella, sino que como si la tierra se las tragase, que desaparecieron y nadie las volvió á ver. Dice que ninguna persona humana ha entrado en la trasbotica: que allí tiene una trapela, y que muchacha que entra y pone el pie en la trapela...., plás, cae en un pozo muy hondo, muy hondísimo, que no se puede medir la perfundidad que tiene.... y allí el boticario le arranca el unto.

Sería cosa de haberle preguntado á la Jacoba á cuántas brazas bajo tierra estaba situado el laboratorio del destripador de antaño; pero las facultades analíticas de la Pepona eran menos profundas que el pozo, y limitóse á preguntar con ansia mal definida:

—¿Y para *eso* sólo sirve el unto de las mozas?

—Sólo. Las viejas no valemos ni para que nos saquen el unto siquiera.

Pepona guardó silencio. La niebla era húmeda: en aquel lugar montañoso convertíase en *brétema*, é imperceptible y menudísima llovizna calaba á las dos comadres, transidas de frío y ya asustadas por la obscuridad. Como se internasen en la escueta gándara que precede al lindo vallecito de Tornelos, y desde la cual ya se divisa la torre del santuario, Jacoba murmuró con apagada voz:

—Mi comadre.... ¿no es un lobo eso que por ahí va?

—¿Un lobo?—dijo estremeciéndose Pepona.

—Por allí.... detrás de aquellas piedras.... Dice que



estos días ya llevan comida mucha gente. De un rapaz de Morlán sólo dejaron la cabeza y los zapatos. ¡Asús!

El susto del lobo se repitió dos ó tres veces antes que las comadres llegasen á avistar la aldea. Nada, sin embargo, confirmó sus temores; ningún lobo se les vino encima. Á la puerta de la casucha de Jacoba despidiéronse, y Pepona entró sola en su miserable hogar. Lo primero que tropezó en el umbral de la puerta fué el cuerpo de Juan Ramón, borracho como una cuba, y al cual fué preciso levantar entre maldiciones y reniegos, llevándole en peso á la cama. Á eso de media noche, el borracho salió de su sopor, y con estropajosas palabras acertó á preguntar á su mujer qué teníamos de la renta. Á esta pregunta, y á su desconsoladora contestación, siguieron reconvenciones, amenazas, blasfemias, un cuchicheo raro, acalorado, furioso. Minia, tendida sobre la paja, prestaba oído; latíale el corazón; el pecho se le oprimía; no respiraba; pero llegó un momento en que Pepona, arrojándose del lecho, la ordenó que se trasladase al otro lado de la cabaña, á la parte donde dormía el ganado. Minia cargó con su brazado de paja, y se acurrucó no lejos del establo, temblando de frío y susto. Estaba muy cansada aquel día; la ausencia de Pepona la había obligado á cuidar de todo, á hacer el caldo, á coger hierba, á lavar, á cuantos menesteres y faenas exigía la casa.... Rendida de fatiga y atormentada por las singulares desazones de costumbre, por aquel desasosiego que la molestaba, aquella opresión indecible, ni acababa de venir el sueño á sus párpados, ni de sosegarse su espíritu. Rezó maquinalmente, pensó en la Santa, y dijo entre sí, sin mover los labios: «Santa Minia querida, llévame pronto al cielo; pronto, pronto». Al fin se quedó, si no precisamente dormida, al menos

en ese estado mixto propicio á las visiones, á las revelaciones psicológicas, y hasta á las revoluciones físicas. Entonces le pareció, como la noche anterior, que veía la efigie de la mártir; sólo que, ¡cosa rara!, no era la Santa: era ella misma, la pobre rapaza, huérfana de todo amparo, quien estaba allí tendida en la urna de cristal, entre los cirios, en la iglesia. Ella tenía la corona de rosas; la dalmática de brocado verde cubría sus hombros; la palma la agarraban sus manos pálidas y frías; la herida sangrienta se abría en su propio pescuezo, y por allí se le iba la vida, dulce é insensiblemente, en oleaditas de sangre muy suaves, que al salir la dejaban tranquila, extática, venturosa.... Un suspiro se escapó del pecho de la niña; puso los ojos en blanco, se estremeció...., y quedóse completamente inerte. Su última impresión confusa fué que ya había llegado al cielo, en compañía de la Santa.

### III.

En aquella rebotica, donde, según los autorizados informes de Jacoba de Alberte, no entraba nunca persona humana, solía hacer tertulia las más noches á Don Custodio, un canónigo de la Santa Metropolitana Iglesia, compañero de estudios del farmacéutico, hombre ya maduro, sequito como un pedazo de yesca, risueño, gran tomador de tabaco. Este tal era constante amigo é íntimo confidente de Don Custodio, y, á ser verdad los horrendos crímenes que al boticario atribuía el vulgo, ninguna persona más á propósito para guardar el secreto de tales abominaciones que el canónigo Don Lucas Llorente, el

cual era la quinta esencia del misterio y de la incomunicación con el público profano. El tapujo, la reserva más absoluta tomaban en Llorente proporciones y carácter de manía. Nada dejaba transparentar de su vida y acciones, aun las más inocentes y leves. El lema del Canónigo era: «Que nadie sepa cosa alguna de ti». Y aun añadía (en la intimidad de la trasbotica): «Todo lo que averigua la gente acerca de lo que hacemos ó pensamos, lo convierte en arma nociva y temible. Vale más que invente, que no que edifique sobre el terreno que le ofrezcamos nosotros mismos».

Por este modo de ser y por la inveterada amistad, Don Custodio le tenía por confidente omnímmodo, y sólo con él hablaba de ciertos asuntos graves, y sólo de él se aconsejaba en los casos peligrosos ó difíciles. Una noche en que, por señas, llovía á cántaros y tronaba y relampagueaba á trechos, encontró Llorente al boticario agitado, nervioso, semiconvulso. Al entrar el Canónigo se arrojó hacia él, y tomándole las manos y arrastrándole hacia el fondo de la rebotica, donde, en vez de la pavorosa *trapela* y el pozo sin fondo, había armarios, estantes, un canapé y otros trastos igualmente inofensivos, le dijo con voz angustiosa:

—¡Ay, amigo Llorente! ¡De qué modo me pesa haber seguido en todo tiempo sus consejos de V., dando pábulo á las hablillas de los necios! Á la verdad, yo debí desde el primer día desmentir cuentos absurdos y disipar estúpidos rumores.... V. me aconsejó que no hiciese nada, absolutamente nada, para modificar la idea que concibió el vulgo de mí, gracias á mi vida retraída, á los viajes que realicé al extranjero para aprender los adelantos de mi profesión, á mi soltería y á la maldita casualidad (aquí el boticario titubeó un poco) de que dos criadas.... jóve-

nes hayan tenido que marcharse secretamente de casa, sin dar cuenta al público de los motivos de su viaje... ; porque.... ¿qué calabazas le importaban al público los tales motivos, me hace V. el favor de decir? V. me repetía siempre : «Amigo Custodio, deje correr la bola; no se empeñe nunca en desengañar á los bobos, que al fin no se desengañan, é interpretan mal los esfuerzos que se hacen para combatir sus preocupaciones. Que crean que V. fabrica sus unguentos con grasa de difunto y que se los paguen más caros por eso, bien; dejarles, dejarles que rebuznen. V. véndales remedios buenos, y nuevos, de la farmacopea moderna, que asegura V. está muy adelantada allá en esos países extranjeros que V. visitó. Cúrense las enfermedades, y crean los imbéciles que es por arte de birlibirloque. La borricada mayor de cuantas hoy inventan y propalan los malditos liberales es esa de *ilustrar á las multitudes*. ¡Buena ilustración te dé Dios! Al pueblo no puede ilustrársele: es y será eternamente un atajo de babcas, una recua de borricos. Si le presenta V. las cosas naturales y racionales, no las cree. Se pirra por lo raro, estrambótico, maravilloso é imposible. Cuanto más gorda es una rueda de molino, tanto más aprisa la comulga. Conque, amigo Custodio, V. deje andar la procesión, y si puede, apande el estandarte.... Este mundo es una danza....»

—Cierto (interrumpió el Canónigo, sacando su cajita de rapé y torturando entre las yemas el polvito); eso le debí decir : y qué, ¿tan mal le ha ido á V. con mis consejos? Yo creía que el cajón de la botica estaba de duros á reverter, y que últimamente había V. comprado unos lugares muy hermosos en Valeiro.

—¡Los compré, los compré ; pero también los amargo! (exclamó el farmacéutico.) ¡Si le cuento á V. lo que

me ha pasado hoy! Vaya, discurra. ¿Qué creerá V. que me ha sucedido? Por mucho que preñe el entendimiento para idear la mayor barbaridad...., lo que es con esta no acierta V., ni tres como V.

—¿Qué ha sido ello?

—¡Verá, verá! Esto es lo gordo. Hoy entra en mi botica, á la hora en que estaba completamente sola, una mujer de la aldea, que ya viniera días atrás con otra á pedirme un remedio para el asma : una mujer alta, de tipo duro, cejijunta, con la mandíbula saliente, y la frente chata y los ojos como dos carbones : un tipo imponente, créalo V. Me dice que quiere hablarme en secreto, y después de verse á solas conmigo y en sitio seguro, resulta.... ¡Aquí entra lo gordo! Resulta que viene á ofrecermelo el unto de una muchacha, sobrina suya, casadera ya, virgen, roja, con todas las condiciones requeridas, en fin, para que el unto convenga á los remedios que yo acostumbro hacer.... ¿Qué dice V. de esto, Canónigo? Á tal punto hemos llegado. Es por ahí cosa corriente y moliente que yo destripió á las mozas y que con las mantecas que les saco compongo esos remedios maravillosos, ¡puf!, capaces hasta de resucitar á los difuntos—la mujer me lo aseguró.—¿Lo está V. viendo? ¿Comprende la mancha que sobre mí ha caído? Soy el terror de las aldeas, el espanto de las muchachas y el ser más aborrecible y cochino que puede concebir la imaginación.

Un trueno lejano y profundo acompañó las últimas palabras del boticario. El Canónigo se reía, frotando sus manos sequitas y meneando alegremente la cabeza. Parecía que hubiese logrado un grande y apetecido triunfo.

—Yo sí que digo: ¿Lo ve V., hombre? ¿Ve cómo son todavía más bestias, animales, cinocéfalos y mamelucos de lo que yo mismo pienso? ¿Ve cómo se les ocurre

siempre la mayor barbaridad, el desatino de más grueso calibre y la burrada más supina? Basta que V. sea el hombre más sencillo, bonachón y pacífico del orbe; basta que tenga V. ese corazón blandufo, que se interese V. por las calamidades ajenas, aunque le importen un rábano; que sea V. incapaz de matar á una mosca y sólo piense en sus librotes, y en sus estudios, y en sus químicas, para que los grandísimos salvajes le tengan á V. por un monstruo horrible, reo de todos los crímenes y abominaciones.

—¿Pero quién me habrá inventado estas calumnias, Llorente?

—¿Quién? La estupidez universal..., forrada en la malicia universal también. La bestia del Apocalipsis..., que es el vulgo; créame, aunque San Juan no lo haya dejado muy claramente dicho.

—¡Bueno! Así será; pero yo, en lo sucesivo, no me dejo calumniar más: no quiero; no, señor. ¡Mire V. qué conflicto! ¡Á poco que me descuide, una chica asesinada por mi culpa! Aquella fiera, tan dispuesta á acogotarla. Figúrese V. que me decía: «La despacho y la dejo en el monte, y digo que la comieron los lobos; andan muchos por este tiempo del año, y verá cómo es cierto que al día siguiente aparece comida». ¡Ay, Canónigo! ¡Si V. viese el trabajo que me costó convencer á aquella caballería mayor de que ni yo saco el unto á nadie, ni he soñado en tal! Por más que le decía: «Eso es una burrada que corre por ahí, una infamia, una atrocidad, un desatino, una picardía; y como yo averigüe quién es el que lo propala, á ese sí que le destripo», la mujer, firme como un poste, y erre que erre. «Señor, dos onzas nada más.... todo calladito, calladito.... En dos onzas tiene los untos. Otra proporción tan buena no la encuentra nunca.» ¡Qué

víbora malvada! Las furias del infierno deben de tener una cara así.... Le digo á V. que me costó un triunfo persuadirla. No quería irse. Á poco la echo con un garrote.

—¡Y ojalá que la haya V. persuadido! (articuló el Canónigo, dando vueltas á la tabaquera entre los dedos, repentinamente preocupado y agitado.) Me temo que ha hecho V. un pan como unas hostias. ¡Ay Custodio! La ha errado V.; ahora sí que juro yo que la ha errado.

—¿Qué dice V., hombre, ó canónigo, ó demonio?—exclamó el boticario saltando en su asiento.

—Que la ha errado V.; nada, que ha hecho una tontería de marca mayor, por figurarse, como siempre, que en esos brutos cabe una chispa de razón natural, y que es lícito ó conducente para algo el decirles la verdad y argüirles con ella y alumbrarles con las luces del intelecto. Á tales horas probablemente la chica está en la gloria, tan difunta como mi abuela.... Mañana por la mañana ó pasado le traen el unto envuelto en un trapo....; ya lo verá.

—Calle, calle.... No puedo oír eso. Eso no cabe en cabeza humana.... ¡Yo qué debí hacer! ¡Por Dios, no me vuelva loco!

—¿Que qué debió hacer? Pues lo contrario de lo razonable, lo contrario de lo verdadero, lo contrario de lo que haría V. conmigo ó con cualquier otra persona capaz de sacramentos, y aunque quizá tan mala como el populocho, algo menos bestia.... Decirles que sí; que V. compraba el unto en dos onzas, ó en tres, ó en ciento....

—Pero entonces....

—Aguarde, déjeme acabar... Pero que el unto sacado por ellos de nada servía; que V. en persona tenía que hacer la operación, y, por consiguiente, que le trajesen á la muchacha sanita y fresca.... Y cuando la tuviese se-

gura en su poder, ya echaríamos mano de la justicia para prender y castigar á los malvados.... ¿Pues no ve V. claramente que esa es una criatura de la cual se quieren deshacer, que les estorba, ó porque es una boca más, ó porque tiene algo y quieren heredarla? ¿No se le ha ocurrido que una atrocidad así se decide en un día, pero se prepara y fermenta en la conciencia á veces largos años? La chica está sentenciada á muerte. Nada; crea V. que á estas horas.... (Y el Canónigo blandió la tabaquera, haciendo el expresivo ademán del que acogota.)

—Canónigo, V. acabará conmigo. ¿Quién duerme ya esta noche? Ahora mismo ensillo la yegua y me largo á Tornelos....

Un trueno más cercano y espantoso contestó al boticario que su resolución era impracticable. El viento mugió, y la lluvia se desencadenó furiosa, aporreando los vidrios.

—¿Y V. cree (preguntó con abatimiento Don Custodio) que serán capaces de tal iniquidad?

—De todas. Y de inventar muchísimas que aún no se conocen. ¡La ignorancia es invencible, y es hermana del crimen!

—Pues V. (arguyó el boticario) bien aboga por la perpetuidad de la ignorancia.

—¡Ay amigo mío! (respondió el obscurantista). ¡La ignorancia es un mal; pero el mal es necesario y eterno, de tejas abajo, en este pícaro mundo! Ni del mal ni de la muerte conseguiremos jamás vernos libres.

¡Qué noche pasó el honrado boticario, tenido en concepto del pueblo por el monstruo más espantable, y á quien tal vez dos siglos antes hubiesen procesado por brujería! Al amanecer echó la silla á la yegua blanca que montaba en sus excursiones al campo, y tomó el camino



de Tornelos. El molino debía servirle de seña para encontrar pronto lo que buscaba.

El sol empezaba á subir por el cielo, que después de la tormenta se mostraba despejado y sin nubes, de una limpidez radiante. La lluvia que cubría las hierbas se empapaba ya, y secábase el llanto derramado por la noche sobre los zarzales. El aire diáfano y transparente, no excesivamente frío, empezaba á impregnarse de olores ligeros que exhalaban los mojados pinos. Una pega manchada de negro y blanco saltó casi á los pies del caballo de Don Custodio. Una liebre salió de entre los matorrales, y loca de miedo, graciosa y brincadora, pasó por delante del boticario. Todo anunciaba uno de esos días espléndidos de invierno, que en Galicia suelen seguir á las noches tempestuosas, y que tienen incomparable placidez. Y el boticario, penetrado por aquella alegría del ambiente, comenzaba á creer que todo lo de la víspera era un delirio, una pesadilla trágica ó una extravagancia de Llorente. ¿Cómo podía nadie asesinar á nadie, y así, de un modo tan bárbaro é inhumano? Locuras, insensateces, figuraciones del Canónigo. ¡Bah! En el molino, á tales horas, de fijo que estarían preparándose á moler el grano; del santuario de Santa Minia venía, conducido por la brisa, el argentino toque de la campana que convocaba á la misa primera : todo era paz, amor y serena dulzura en el campo.... Don Custodio se sintió feliz y alborozado como un chiquillo, y sus pensamientos cambiaron de rumbo. Si la rapaza de los untos era bonita y humilde...., se la llevaría consigo á su casa, redimiéndola de la triste esclavitud y del peligro y abandono en que vivía. Y si resultaba buena, leal, sencilla, modesta, no como aquellas dos locas, que la una se había escapado á Zamora con un sargento, y la otra andado en malos

pasos con un estudiante, para que al fin resultara lo que resultó y la obligó á esconderse.... Si la molinerita no era así, y, al contrario, realizaba un suave tipo soñado alguna vez por el empedernido solterón...., entonces.... ¿Quién sabe, Custodio? Aún no eres tan viejo que....

Embelesado con estos pensamientos, dejó la rienda á la yegua.... y no reparó que iban metiéndose monte adentro, monte adentro, por lo más intrincado y áspero de él. Notólo cuando ya llevaba andado buen trecho de camino; volvió grupas y lo desanduvo; pero con poca fortuna, pues hubo de extraviarse más, encontrándose en un sitio ríscoso y salvaje. Oprimía su corazón, sin saber por qué, extraña angustia. De repente, allí mismo, bajo los rayos del sol, del sol alegre, hermoso, que reconcilia á los humanos consigo mismos y con la existencia, divisó un bulto, un cuerpo muerto, el de una muchacha.... Su doblada cabeza descubría la tremenda herida del cuello; un *mantelo* tosco cubría la mutilación de las despedazadas y puras entrañas; sangre alrededor, desleída ya por la lluvia, las hierbas y maleza pisoteadas, y en torno el gran silencio de los altos montes y de los solitarios pinares.

#### IV.

A Pepona la ahorcaron en la Coruña. Juan Ramón fué enviado á presidio. Pero la intervención del boticario en este drama jurídico bastó para que el vulgo le creyese más destripador que antes, y destripador que tenía

---

la habilidad de hacer que pagasen justos por pecadores, acusando á otros de sus propios atentados. Por fortuna, no hubo entonces en Compostela ninguna jarana popular; de lo contrario, es fácil que le pegasen fuego á la botica, lo cual haría frotarse las manos al canónigo Llorente, que vería confirmadas sus doctrinas acerca de la estupidez universal é irremediable.

EMILIA PARDO BAZÁN,



## EL AÑO MILITAR

---

**A**L terminar el año de gracia de 1889, se puede ya decir, sin temor á equivocarse, que no registra la historia moderna de nuestro ejército otro más variado y fecundo en proyectos, discusiones y leyes, por fin, constitutivas de la fuerza armada y su organización.

El describir las frecuentes y rudas alternativas por que ha pasado, y los obstáculos que le ha sido necesario vencer para llevar á su término tarea tan ardua y laboriosa como la iniciada el año anterior por el Gobierno é impuesta á los Cuerpos Colegisladores en interés de nuestras instituciones militares, debe ser, pues, empresa no exenta de dificultades, sobre todo cuando tan excitadas se encuentran todavía las pasiones que no pudo menos de enardecer una lucha parlamentaria, como pocas, de tenaz y larga. Si á eso se añade que han salido en ella á examen el estado militar de la Nación, las atenciones que está llamado á satisfacer, y los recursos con que debe contar en el caso, no remoto quizá, de haber de resistir los peligros de un futuro preñado de ellos, tan obscuro y tormentoso nos le ofrecen las nebulosidades

en que anda envuelta la política europea, se comprenderá fácilmente cuán espinoso y dado á errores será el empeño de resolver los varios y complicados problemas que provoca á plantear tan grave y trascendental asunto. Sólo inspirándose en un patriotismo que nadie tenga derecho á poner en duda, con la conciencia de deberes, de larga fecha profesados, *sine ira et studio*, según el precepto del más insigne de los historiadores, y cual cumple á su posición especial, espera quien tal empeño acomete ahora corresponder, en la corta medida de sus fuerzas, á la galante invitación del digno Director de esta Revista, harto benévolo é indulgente con él. *Sin odio ni afición* también; que nada llegaría á ceder en mayor daño al propósito del cronista de período tan inmediato como el que aquí va á juzgarse, que el uso de una pasión, cuyo fuego, al hacer presa en otros, se extendería hasta él, haciéndole acaso su primera víctima en la opinión más imparcial y sensata.

Es el Ejército la máquina más primorosa, sí, pero la más frágil también de cuantas ha podido crear el intelecto humano. Que no se maneja al hombre, y menos á las muchedumbres, como al bronce y al acero, sujetos á las leyes universales de la Naturaleza y á las de la ciencia después en sus análisis y combinaciones. El mecanismo más complicado obedece humilde á la dirección que el genio le señala, al impulso que le imprime una mano hábil que lo maneja con la imperturbabilidad que le inspira la idea de que es instrumento, como inerte, siempre dócil á la iniciativa y á la fuerza de que él dispone. Pero los resortes que dan vida y movimiento á ese mecanismo no se apoyan, como el ejército, en el corazón humano, todo pasión, rebelde á cualquier imposición, si no está fundada en autoridad que se haga indiscutible, así por su sabiduría y

prudencia, como por su fuerza, apoyada y robustecida por la suprema ley que rige á la humanidad y sus colectividades. El espíritu de discordia, innato en el hombre, y el concepto de la igualdad que le inspiran su orgullo y el anhelo de su independencia, cuando no el del mando y hasta el de la tiranía, le mueven siempre á sacudir esa ley y á romper los lazos que le sujetan á la sociedad, sus fines y engrandecimiento. El patriotismo, uno y el más robusto de esos lazos, y el respeto á la superioridad en talento y energía, despertando, en las muchedumbres principalmente, el entusiasmo é inspirando el sacrificio por objetos que así las honran y enorgullecen, llegan á crear lo que es conjunto de tantas cualidades y resultado de tantas causas, la disciplina militar, la más dura, es verdad, de las obediencias, pero la más gloriosa también de las abnegaciones.

De ahí la necesidad, la imprescindible necesidad de una parsimonia que nunca será excesiva en el movimiento que ha de regular la existencia de las colectividades militares, la organización de sus instituciones, su administración y destino, según los elementos que hayan de componerlas y regirlas. Nunca sobrarán ni esa circunspección ni el pulso más firme, el tacto más delicado y la previsión más sagaz, para impedir las perturbaciones que tan fácilmente se producen en máquina tan complicada, y en que la menor de ellas puede distraerla, cuando no extraviarla, del objeto para que ha sido con tan altos fines inventada. ¡Cuántos, por no sobrarle, han caído derrumbados del ingente pedestal á que los elevaran su valor y su talento en los campos de batalla! Ejemplos mil podríamos citar de tal desgracia, y no pocos en nuestra misma patria, sólo, quizá, por falta de moderación en iniciativas reformistas que, aun tomadas con un espíritu

altamente recomendable de patriotismo y el mayor deseo del acierto, no se apoyaban en la prudencia que aconsejan su importancia y lo trascendental de sus resultados.

Ese es el pecado de quien no vió que la opinión, que él creía general y sana, más que otra cosa movida al impulso de intereses mal entendidos, como atizada por la pasión, soberana en el corazón humano, y por ese malestar, más que real, ficticio que nosotros nos creamos casi siempre sin tener la energía suficiente para dominarlo, iba á producir la lucha empeñada y larga que hemos presenciado, en perjuicio de esos mismos intereses; pero, sobre todo, de los generales del Ejército, únicos atendibles para la salud y prosperidad de la patria. Aun suponiendo que el Ejército necesitase reformas, no era cosa de que las recibiese de un golpe, y menos de sorpresa, sino que, anunciadas para su estudio y discutidas en centros facultativos cuya autoridad amparase las aspiraciones legítimas de todos, armonizándolas prudentemente, se lograra infiltrar el convencimiento de su conveniencia hasta en el ánimo de los que pudieran creerse más perjudicados en ellas. Esto es lo que aconsejaban el interés del Estado y el respeto debido á las instituciones militares que, para llenar la elevada misión á que están llamadas, necesitan de consideración y prestigio como ninguna otra, y de las garantías más sólidas de seguridad en los derechos adquiridos por los sacrificios hechos en aras de la patria, y de que no serán infructuosos los que hayan de hacer hasta el término de la carrera, toda de honor, de abnegación y de gloria. Y si no se tienen por suficientemente autorizadas estas consideraciones, véase lo que meses después decía el actual ministro de la Guerra en el preámbulo al Real decreto de 1.º de Agosto sobre la reorganización de su departamen-



to.... «Según la experiencia acredita, la precipitada implantación de nuevas ideas, en el terreno de los hechos, por medio de reformas radicales en que se prescinde en absoluto de lo existente, produce muchas veces un resultado contrario al que se desea y el descrédito inmerecido del valioso pensamiento que inspiraba al innovador, pues lo que en la región serena y abstracta de las ideas es incontrovertible, en la práctica resulta irrealizable, si no se vencen paulatinamente, en esfuerzos sucesivos, las naturales resistencias de la tradición y la costumbre á toda innovación.»

No se hizo antes así, y no diremos que con propósito deliberado, sino equivocadamente, que nos resistimos siempre á penetrar en el misterio de las intenciones, siendo los prejuicios tan dados á error; y se hizo sin contar con que, según sucede con todas, detrás de las reformas y con ellas, habría muy luego de presentarse su inseparable secuela, su más grave peligro, la explosión de un antagonismo en las diversas armas del Ejército, antagonismo que existe en todos los bien ó mal organizados del mundo, pero latente casi siempre y en ninguno hasta ahora menos pronunciado quizá ni de temer que en el español. Pavoroso fantasma que aún no había hecho su aparición en ninguna de las más graves alteraciones que tan accidentada han hecho la historia de nuestra tierra, aun con haberla con tanta sangre y lágrimas regado.

Esperamos que el patriotismo de todos y la prudencia de los que entre las brumas de lo por venir ven desvanecerse las ilusiones que leyes y costumbres hondamente arraigadas les forjaron en sus imaginaciones juveniles, alejarán tan perturbador escollo; pero ¿qué otra cosa que ese antagonismo asomando su faz en las filas del Ejército; qué otra cosa significa el proyecto de monu-

mento que se trata de elevar á la memoria del teniente de infantería D. Jacinto Ruíz, cuando aún carecen de él en Madrid Daoiz y Velarde, los dos primeros mártires, representantes los más genuinos de la Independencia española? Porque no querrá darse el carácter de monumento al estudio alegórico de D. Antonio Solá, expuesto ante el Museo como símbolo del arte que allí se encierra, traído y llevado al capricho de nuestros ediles, del Museo al Retiro, á la vecindad más ignorada del parque de Monteleón y á su sitio actual, como para dar testimonio elocuente de que se busca su devolución á la fábrica insigne de que nunca debió sacarse. Eso lo saben como nosotros los promovedores del pensamiento en loor del teniente Ruíz, y saben también que, al realizarlo, se cometería una injusticia notoria dando al olvido á otro oficial, pero también de Artillería, D. Rafael de Arango, el primero en acudir al Parque y preparar las piezas y municiones con que podría ofrecerse al mayor poderío militar del mundo la gloriosa resistencia que más respetable ha hecho y respetada á la España de nuestros tiempos.

Pero ¿qué más? El arma de Infantería ha dado trescientos oficiales que merecen el honor de una estatua y no la han obtenido. Los hay que, abrazados á su bandera, han preferido la muerte á entregar al enemigo aquel símbolo de la gloria nacional; los hay que han sabido lanzarse á un mar, el día antes de hielo y cruzado por las balas, para, abriendo la comunicación con las naves aliadas, impedir cayese el ejército prisionero en tierra muy distante de la patria, y, entre otros muchos, los hay también que, por no reconocer un poder extranjero, han subido al patíbulo lanzando el grito de Independencia al rostro de sus verdugos. ¿Á qué, pues, ese alarde de espíritu de cuerpo al calor precisamente de las tan reñidas

discusiones de las reformas? Lo que procede en el caso de que se trata, es que, al elevar ese monumento, se instituya en su cúspide una trinidad militar que informe el espíritu de unión de todas las armas, monumento que, así, se haría irreprochable y eterno.

Este es el consejo de la prudencia y del patriotismo. ¿Á que nos dan la razón el Ejército en su inmensa mayoría, y el pueblo de Madrid, que, después de todo, fué el primero á ofrecer sus hijos á la patria en la memorable jornada del DOS DE MAYO?

Pero, en fin, los iniciadores de las reformas han conseguido el objeto á que iban principalmente dirigidas; el de quitar de un modo ú otro á los cuerpos facultativos las dos únicas ventajas que conservaban: el *dualismo*, que volverá á dárseles al primer cañonazo que se dispare en son de guerra, y la satisfacción interior que no podía menos de producir la seguridad que, á costa de estudio y sacrificios no escasos, habían adquirido de, con los años, alcanzar los más altos grados de la carrera. Lo de que un general ha de mandar y dirigir con acierto cualquier arma que se le confíe en paz y en guerra, no puede ocurrírsele sino á quien desconozca la marcha verdaderamente agigantada que, ahora más que nunca, siguen las ciencias militares, los progresos que han hecho en su auxilio las exactas, físicas y naturales, la Mecánica principalmente, la Química y la Cosmografía, para ayudar á la resolución de los complicadísimos problemas del arte de la guerra; para lo que no bastan ni la experiencia ni otros conocimientos, por generales que sean, ya que, en tal caso, no pasarán de tener el carácter de vagos y superficiales. Lo que sucederá es que ese general tendrá que *entregarse* á sus subalternos, y en una asamblea de sus iguales hará papel desairado, ya que en el campo de batalla obtenga

la cooperación franca de aquéllos, por la importancia del caso para la suerte del país y por el respeto y las simpatías que le hayan conquistado su carácter y su valor. Pero estas cualidades, presupuestas siempre en el general, son apreciables en tanto que son útiles; y es difícil lo sean en mandos cuyo ejercicio exige la del profundo conocimiento de un arma especial hasta en sus menores detalles. Se comete, pues, un gravísimo y trascendental error al quitar á los cuerpos facultativos, á los de Artillería especialmente é Ingenieros, sus propios generales, cuya práctica no debe tampoco interrumpirse, porque, con el progreso incesante de las ciencias, se quedarían atrasados, hasta en pocos años inhabilitarse también para el servicio.

Y no queremos tomar en cuenta los intentos de suprimir ciertos institutos, que á tanto equivale el variar sus organismos y su manera de ser, tan útiles hasta ahora en que la emulación ha encontrado camino de anularlos, á pesar de ejemplos muy recientes en algún país que ya no hace sino lamentar el extravío á que le ha llevado el despecho de sus desgracias y reveses. Gracias á que la opinión pública se decidió á rechazar esas exageraciones, que ha ido templando otra administración menos apasionada, con la conciencia, sin embargo, de que algo debería dejarse á las aspiraciones que había despertado la anterior en los partidarios más acalorados de las reformas.

Tan es así, que, al resistirse á sus imposiciones, se trató de distraerlas con el fruto de una actividad que no reconoce límites: tal es el número de las medidas tomadas por el ministerio de la Guerra este año, muchas de ellas dirigidas á satisfacer esas aspiraciones, en lo que se ha creído que tenían de legítimas ó servirían para calmar

los ánimos, soliviantados con tanta y acaso falaz promesa de mejoras y adelantamientos.

Comenzó el año viendo la luz pública el Real decreto de 2 de Enero, donde se establece la localización de los cuerpos de Infantería y Caballería; y para que no quedase la menor duda de que su objeto era el de favorecer á la oficialidad con preferencia á todo, se consignaba así de la manera más explícita en el penúltimo de sus preceptos. Este problema de la localización es más complejo de lo que generalmente se ha querido creer y parece deducirse de la soberana disposición á que nos venimos refiriendo. Son muy otros los motivos de la localización, base de las nuevas organizaciones militares, que, si han de dar los resultados que de ellas deben esperarse y hemos visto en ocasiones todavía no remotas, ha de ser por el importantísimo de proporcionar la reunión casi instantánea y la movilización inmediata de todos los elementos de un ejército, dispuesto así á entrar, momentos después, en campaña. Podrá la localización, al mismo tiempo, ser beneficiosa á los oficiales y tropa, siendo imprescindible donde una gran parte del personal de los cuerpos no tiene sueldo; pero esto ha sido considerado, hasta cierto punto, como secundario: lo esencial es facilitar á las tropas el pase del pie de paz al de guerra, de otro modo muy lento en las proporciones que se ha dado á los ejércitos, y aun con la rapidez que proporciona el transporte de hombres y material por los ferrocarriles.

Eso, naturalmente, está relacionado con la división territorial que, de no ser propia y adecuada á tan importante objeto, lo haría infructuoso de todo punto. De ahí el establecimiento de los cuerpos en zonas del territorio nacional, donde se ocupen en su recluta, instrucción y servicio, se organicen y ejerciten sus reservas y se pre-

paren á, con sus contingentes y material de todas armas, emprender sin pérdida de tiempo las operaciones á que se les destine en los casos de asamblea, de maniobras ó de guerra.

También se han dictado este año medidas sobre tan importante asunto como es el de las zonas militares. El Real decreto de 25 de Marzo tiende á poner en armonía con la situación ya señalada á las tropas, la distribución de las zonas territoriales que han de nutrir las de fuerza, «siquiera, se dice en él, sea como medida económica y de conveniencia orgánica para facilitar la movilización del ejército en caso de guerra, cuanto consiente la actual división territorial militar de la Península». El objeto no puede ser más laudable; pero su éxito depende de tantas y tan diversas circunstancias, que mucho tememos se reduzca por largo tiempo al verdaderamente exiguo alcanzado hasta ahora. Es cierto lo de no ser nuevo el desorden que va á producirse en la distribución de las zonas, que se habrán de constituir sin la homogeneidad conveniente, correspondiendo algunas á diferentes distritos militares y aun á distintas provincias del mismo distrito. No sucedió esto al crearse el sistema, aun cuando sí al organizarse las actuales, en cuya limitación no se tuvo presente la conveniencia de encerrar cada zona en la étnica, política, administrativa y judicial de que forme parte en la división general del territorio; conveniencia que se hace necesidad imperiosa y hasta ineludible para la más fácil, rápida y eficaz movilización de los ejércitos.

Así lo consideró la junta creada en Agosto de 1877 para el señalamiento de demarcaciones á los batallones y compañías de la reserva en el arma de Infantería, la cual, desde sus primeras deliberaciones, se impuso, como invariable, el principio de que la demarcación de los ba-

tallones fuese dentro de su respectiva provincia, para que ninguna compañía residiese fuera de ella; de otro modo, al llamamiento de la reserva, cada jefe de batallón tendrá que transmitir las órdenes de reunión por medio de las autoridades de distintas provincias, valerse de la Guardia civil y de agentes que no dependen de la del territorio de su asiento central, y se verá cien veces entorpecido en sus disposiciones particulares para la concentración rápida de la fuerza de su mando. Esto es elemental; y vale más arrostrar los inconvenientes que puedan surgir de la desigualdad tan común en la densidad de población de nuestras provincias, que los que ofrezcan los rodeos en la transmisión de las órdenes y las dificultades de haber de entenderse con tantas y tan distintas autoridades militares, civiles y hasta judiciales, como las con que hay que tratar para la distribución, vigilancia y asambleas de los reservistas.

Ni una sola reclamación produjo aquel sistema por parte de los jefes militares; y las de conveniencia de los pueblos, apoyadas por senadores y diputados, y por sus autoridades locales, fueron desoídas. Pero al aumentarse el número de los batallones de reserva, se pensó que daría mejores resultados que aquella Junta, que tan excelentes parecía haberlos dado, un centro, al que por lo de geográfico y estadístico se consideró, sin duda, con mayor autoridad, el que, al señalar las nuevas demarcaciones, produjo la alteración, el error á que hace referencia el decreto, ya citado, de 25 de Marzo último.

Este asunto de la localización exigiría, para ser tratado como por su importancia merece, un espacio que no puede concederle esta Revista: que, de otro modo, se harían ver, á la vez que sus indiscutibles ventajas, demostradas con una elocuencia tan instructiva como terrorí-

fica en las recientes campañas del centro de Europa, los obstáculos no fáciles de superar en España para que dé el fruto á que con ella debe aspirarse. El carácter eminentemente belicoso, pero nada militar, de nuestros compatriotas, dentro sobre todo del país nativo; sus inabables discordias y el concepto equivocado, entre ellos corriente, del papel que están llamados á representar en el teatro político donde figuran las naciones que nuestro pesimismo pone tan por encima, como tan por debajo ponía antes la jactancia que también nos caracteriza, quitan á la localización de los cuerpos y á la división territorial el interés con que se mira allí donde se esperan ó preven sucesos que puedan alterar aún más, ó restablecer el equilibrio político, tan necesario para la paz del mundo.

Viño en Agosto á dar coronamiento á la magna empresa de la reorganización del Ejército, tan arrebatadamente iniciada, la del ministerio de la Guerra. Es raro el ministro de alguna iniciativa, desde que la secretaría perdió el carácter de las antiguas *covachuelas*, que no haya puesto su mano, más ó menos experta, en una institución que ha despertado siempre hacia ella todo género de envidias. Su existencia, simultánea con la de las direcciones de las armas é institutos del Ejército, era á todas luces insostenible; y se habían hecho incompatible el ejercicio de la autoridad ministerial y sus responsabilidades exclusivas, con el de la que no podían menos de asumir generales tan caracterizados como los, con rara excepción, puestos á la cabeza de aquellas dependencias, más influyentes, á veces, en la suerte y porvenir de los cuerpos que representaban, y sobre todo de su personal. Lo venimos diciendo desde 1859, y se nos ha citado por haberlo dicho: «Asunto es este controvertido y digno de



estudio prolijo y concienzudo ; pero , á pesar de todo , no dejaremos de proclamar en alta voz que la circunstancia de haberse entregado las direcciones á los generales más influyentes en la gestión de los negocios públicos , más aún muchas veces que los mismos ministros de la Corona , y la de la extensión de sus atribuciones , en consonancia con esa misma importancia de los directores , han contribuido al descrédito de una institución en que sólo pueden tener cabida las actitudes tranquilas de la burocracia militar , para sosegadamente , y fuera del alcance de las borrascas de la política , aplicarse á la organización y administración de las armas respectivas .»

Nadie , sin embargo , se había atrevido hasta ahora á poner , como decimos antes , la mano en ese monumento de las direcciones , carcomido por la acción de la que se ha ido formando opinión más imparcial y desinteresada en los asuntos militares . Los vehementes deseos de anularlas por parte de casi todos los ministros han provocado consultas de peritos , políticos ú organizadores , para hallar camino por donde minarlas sin estrépito y sorprender luego con su ruina ; reformas , mejor dicho , intentonas de reformas para , debilitando su importancia , hacerlas menos ambicionadas cada día por las eminencias del Ejército ; hasta excisiones administrativas y técnicas que la política hubiera de resolver con el criterio de la supremacía indisputable que al mando y á la responsabilidad corresponde . Todo en vano : era necesario satisfacer la aspiración de los que no encontraban sino en el ministerio situación más airosa ; y las direcciones , aunque arrastrando ya una existencia casi precaria , seguían proporcionando puestos , más que envidiables , envidiados . Si la organización dada al ministerio en 1883 representa un progreso en el pensamiento , de tan atrás acariciado

por los que ven el único remedio á los vicios orgánicos anteriores en la centralización, verdadera panacea de los inherentes á la milicia, dejaba, sin embargo, mucho que desear. Y es que, rebajando no poco la dignidad de los directores al obligarles á presentarse al despacho como cualquier oficial de la antigua secretaría, se ponía al ministro, para estudiar los expedientes que le llevaban, en una situación, tanto más embarazosa, cuanto mayor era la graduación ó más respetable la jerarquía del director con quien, sentado enfrente, había de resolverlos.

Pero ese es defecto de que también adolece la nueva organización. En el ministerio de la Guerra no debe haber más teniente general que el ministro: esas direcciones, llamadas así para que los generales todavía existentes en ellas no sufran demasiado en su amor propio al perder un nombre ó título que les daba carácter que siempre se ha tenido por privativo de las grandes dignidades del Ejército, deberían reducirse á secciones que rigieran generales de división á lo más; pasando los tenientes generales á formar una gran Junta consultiva, donde, además de examinar y discutir los asuntos más importantes para la organización de las tropas, su instrucción y régimen, los del material de la artillería y la defensa del reino, ejerciesen de inspectores de todas las armas y de todos los servicios llamadas á desempeñar. Á jerarquías tan elevadas hay que tenerlas en el mando de los distritos, respondiendo de los grandes intereses militares y políticos que se confían á tales cargos, ó en las esferas donde se resuelven los más trascendentales problemas del arte de la guerra, nunca en el rutinario expedienteo de los empleos y de los destinos, todo recomendaciones ó intrigas, de donde no salen, de seguro, los Turenas y Montecúcollis. Así podrán, no sólo representar al Ejército, sino

influir en los Cuerpos Colegisladores de la Nación, en el Senado particularmente, con la autoridad de sus servicios, el estudio de las cuestiones militares más abstrusas y la experiencia en su discusión y examen, y dar, por consiguiente, á la Milicia el esplendor y el prestigio que la conviene más que á ninguna otra institución de las del Estado.

Es innegable que se procura mejorar, en cuanto es dable, nuestro estado militar, atendiendo á sus múltiples y más urgentes servicios. El de Artillería tiene que limitarse á conservar en las filas el espíritu que tanto ha acreditado siempre al cuerpo y á la instrucción del arma en los campos de maniobras y de tiro, ya que la penuria de nuestro Erario no consiente la construcción y menos la compra del material que necesita un ejército al que se quieren dar proporciones que no desdigan de las de los más poderosos de Europa. Gracias que el cuerpo de Artillería pueda mantener funcionando con alguna regularidad la fábrica de Trubia y la fundición de bronces de Sevilla, ya que la de fusiles de Oviedo ande bastante escasa de trabajo. Y no será ciertamente porque no debiera esta última obtener en las circunstancias actuales una indisputable preferencia; porque nadie podrá explicarse, no ya la falta de armamento portátil para nuestra Infantería, sino hasta la ignorancia de cómo ni cuando llegaremos á tenerlo. Eso de que el cuerpo de Alabarderos sea el único dotado con el fusil de repetición es, por lo menos, inconcebible pára cuantos saben que no hay ya ejército que deje de usarlo en mayor ó menor número, en calidad mejor ó menos buena. ¿Cómo así hemos los españoles de presentarnos en función alguna militar de las á que pudiéramos estar llamados?

Porque, además de estar las neutralidades general-

mente condenadas por la razón y la historia, y ejemplo de esa doctrina harto elocuente acaba de darnos la Italia constituyéndose en nación de primer orden en cuatro días puede decirse, y á pesar de tanto y tanto revés como ha sufrido, el accidente más inesperado y cuya gravedad y consecuencias no cabe se midan por el metro del deseo de los estadistas, puede arrastrar á España á una acción que la perspicacia más fina no alcance á evitar. Pero, de todos modos, aun para responder á esos dilemas que los beligerantes suelen ofrecer á los neutrales en ocasiones solemnes como la que amenaza quizá con presentarse; ¿cómo hacerlo dignamente con los brazos cruzados y sin cañones ni fusiles de repetición en número suficiente?

Los Ingenieros, aun teniendo también que acomodarse á la general escasez de recursos, hacen cuanto pueden para poner nuestras fronteras y costas á salvo de cualquier ataque. La frontera del Pirineo está fortificándose con obras que pueden pasar por modelo el más acabado de las de su género. La última junta de defensa, presidida por el malogrado general Tassara, la única en España que haya llegado á presentar un plan completo de fortificaciones para la Península y sus posesiones, estableció, así como por apéndice á su obra, el más urgente, sencillo y eficaz, asequible en nuestro Estado económico, para la defensa de la frontera francesa. El cuerpo de Ingenieros, secundando el pensamiento de la junta, lleva las obras en Guipúzcoa, Navarra y Aragón de un modo que merece los plácemes calurosos de cuantos se ocupan en el estudio de esa clase de asuntos, y no creemos exagerar al decir que la admiración y hasta la envidia de los extranjeros que tienen noticia de ellas. Porque es imposible perfección mayor que la con que se levantan las fortifica-

ciones de San Marcos, Choritoquieta y Guadalupe en el proyectado campo de Oyarzun ó Irún, que las de San Cristóbal del de Pamplona, base del sistema defensivo de Navarra, y que los fuertes destinados á interceptar el ferrocarril de Canfranc.

Ese sistema militar va, sin embargo, á adolecer muy pronto de una muy marcada y esencial deficiencia, que exigirá grandes, pero muy grandes sacrificios por parte de España. Nos referimos á la necesidad imperiosa de cubrir la plaza de Lérida con obras de fortificación, tan sólidas y extensas que la den el carácter y las condiciones todas de un campo atrincherado de primer orden. El proyectado camino de hierro del Noguera Pallaresa deja completamente á descubierto aquella posición, sobre cuya importancia no hay para qué llamar la atención á los que sepan que ha sido en todas nuestras guerras objetivo de los más ilustres capitanes que en ellas hayan tomado parte, desde Pompeyo y César, Condé y Orleans á Starenberg y el mariscal Suchet, que ha sido el que ha dado á conocer mejor las ventajas de plaza tan bien situada. Y todos, precisamente, menos uno, á quien las circunstancias aconsejaban tomar otra dirección, operaron sobre Lérida por el rumbo que dejará abierto la vía férrea proyectada, el de Balaguer, punto, por lo mismo, de no escaso interés para la defensa de aquella plaza y la del alto Segre. Pero sobre todas las excelencias militares de Lérida, con ser tantas las demostradas, repetimos, por la historia de sus sitios, descuella la de que una vez en poder del enemigo, se acaba toda comunicación con Cataluña, no quedando á España más que la de la costa mediterránea para operar é influir en unas provincias que son el más robusto antemural de nuestra nacionalidad por la frontera continental.

Si Suchet y Vacani vivieran, ¡cuántas páginas retirarían ahora de sus magistrales escritos sobre la historia de Cataluña y la de los catalanes en este siglo, el en que mejor han demostrado, el Principado, las ventajas de su posición, y sus hijos, las brillantes cualidades que les distinguen de valor, de patriotismo sobre todo, y habilidad militar para la defensa de sus hogares! Ya no parece decirse como entonces: «¡Atrás el extranjero!»

Si error y craso, fué el de permitir la construcción del ferrocarril de Canfranc, que abrirá paso franco á la invasión francesa por donde nunca le había tenido ni podía soñarlo, á pesar de ser el *desideratum*, el más vivo y constante de los estadistas y generales de la vecina República, ¡cuál no será el de haber elegido para ofrecerla otro nuevo tránsito por donde se flanquean y envuelven las defensas estratégicas de Zaragoza y Barcelona, los dos baluartes más robustos de la defensa general en la línea del Ebro! ¿Qué importan los intereses de regiones tan estériles como las del Gállego y los Nogueras para anteponerlos á los grandísimos é indiscutibles de la defensa nacional en la frontera de nación tan poderosa como la Francia? Y, ¿no están diciendo que, aun por la parte de nuestros vecinos, esos intereses son eminentemente militares, mucho más que comerciales, la rotunda negativa suya de abrir la comunicación por el valle de Arán y el Rivagorzana, mucho más económico para ellos, puesto que España habría de construir por su sola cuenta el túnel pirenaico, y su indiferencia respecto á las fortificaciones de Canfranc, que exigirán gastos inmensos para evitar que sean envueltas?

Errores son esos de los que no tardarán en lamentarse las consecuencias, como se llorará la debilidad de haberlos cometido por temor á la actitud de pueblos que,

más que á otra alguna, se someten á las sugerencias de los ideólogos, de los cosmopolitas ilusos y de los negociantes.

Los puntos de nuestras costas que más se ha cuidado este año de poner en estado de defensa son, muy acertadamente por cierto, Mahón y Ceuta, bajo todos conceptos importantísimos. Porque si el primero cubre una posición estratégica marítima, como no hay otra de mejores condiciones en el Mediterráneo, cuya entrada vigila, y de cuyo seno más interesante se enseñorea, Ceuta, á la boca del Estrecho de Gibraltar, domina la comunicación de los dos mares, que bien pueden llamarse de la civilización, mucho mejor que la plaza inglesa, arrebatada á España á favor de nuestras eternas discordias. Nunca se hará bastante para asegurar la posesión de Ceuta y de los demás puntos españoles de la costa septentrional de África, porque ya no son los marroquíes los que hayan de ponerlos en peligro, sino otros más poderosos y sagaces enemigos. Las torpezas cometidas por nuestros Gobiernos desde que, á *l'introuvable* Santa Cruz de la Mar pequeña, no preferimos el cabo del Agua, sobre el que tan repetidamente se había llamado la atención aun antes de la guerra, han hecho de las cuestiones hispano-marroquíes una ya europea, como no hace mucho ha podido observarse, y el tocarlas es como plantear un problema político internacional muy grave, el de la ocupación, por ejemplo, de Constantinopla y los Dardanelos, por cualquiera de las grandes potencias que aspiran á ella.

Cuando se examina la marcha de nuestra instrucción militar desde el año último, cuanto regocija ver los progresos que hace la que se da en las Academias, cuyo profesorado continúa incansable preparando á la juven-

tud para su ingreso en las escalas de los cuerpos del Ejército, contrista, en cambio, el silencio de una prensa que pocos años antes daba á luz tantos trabajos, algunos de mérito relevante, y muchos, de todas maneras, muy recomendables. Las ciencias, la Historia y el Arte militar, ofrecen siempre el mismo campo á las lucubraciones de nuestro oficiales; y, sin embargo, no se explota con el entusiasmo de entonces.

¿En qué consiste?

Bien fácilmente se adivina.

Se ha levantado cruzada contra las disposiciones que el Marqués de Mendigorriá dictó para recompensar á los que cultivasen con éxito las letras militares, cruzada que comenzaron provocando los émulos de aquel General, y han seguido, como fáciles prosélitos, los que ignoran ó quieren ignorar la suma de estudios, de energía y constancia que necesita el talento para ejercitarse y adelantar en tan arduas y laboriosas tareas. Y ante el espectáculo de esa cruzada, y aturridos por el clamoreo de los que hallan mucho más fácil y cómodo fiarlo todo al tiempo y la fortuna, los libros han sido abandonados y las plumas permanecen secas, si no se dedican á la crítica ó á la sátira, relajando así los lazos del respeto jerárquico y los del compañerismo.

Hay quien resiste á prueba tan ruda como la de la transición de uno á otro procedimiento, del de la esplendidez en las recompensas al de las restricciones, quizá con demasiado rigor ejercidas, y hay que admirar tanta abnegación. Porque ya se pueden inventar métodos y sistemas de premio, que, como no sean los anteriores, sólo se conseguirá que abandonen nuestros oficiales el estudio. Nadie como el español ambiciona los ascensos que pueden elevarle al mando: despreciador de los premios pe-



cuniaros que, aun haciéndole más cómoda la vida, le privan de la aureola de gloria que es su ideal, el de la satisfacción de las, en su concepto, legítimas aspiraciones á figurar por su trabajo sobre los que nunca lo ejercitan. «El valor en los campos de batalla, dice, es patrimonio de todo español, y se presupone en el oficial; pero el valor es útil en tanto que lo dirigen el talento y la instrucción, y estas cualidades son, de consiguiente, las más recomendables para el mando. Probemos, pues, añade, que las tenemos.»

Repetimos que hay quien resiste á las decepciones en ese punto; y comenzando por el profesorado, que ya hemos dicho prosigue dando á la estampa libros y libros que, además de servir de texto en las escuelas y clases que regenta, esparcen útil doctrina en las filas del ejército, hemos de hacer justicia á varios otros oficiales que, en publicaciones también extensas y en la prensa periódica, continúan revelando el espíritu levantado en que se inspiran y el fruto que la patria sacaría de estimular debidamente á nuestras clases militares. Para demostrarlo, nos bastará citar, alfabéticamente por supuesto, los nombres de los que más se han distinguido en la campaña científico-literaria de este año, Arántegui, Arraiz, Arrúe, Avilés, Banus, Barado, Barbasán, Barrios, Berenguer, Bermúdez Reina, Cambón, Carrasco, Castaños, Castillo, Génova, Granados, Lallave, Larrea, Madariaga, Mas, Morales, Oliver Copons, Vallés, Vidart, Yveja, y varios otros, que, así en los Boletines, Memoriales y Revistas de los cuerpos facultativos, como en las que ven la luz en Barcelona y Toledo, se han dedicado al conocimiento y examen de los asuntos generales de mayor importancia para todas las armas del ejército. Obras se han publicado de tan eruditos oficiales que merecen estudio y juicios espe-

ciales y detenidos, pero no caben en una Revista tan sucinta como la que de tanto y tanto asunto interesante y trascendental se está pasando, puede decirse que á galope, en este escrito. Hay, de todos modos, gran distancia de la fecundidad de otros años á la del presente en ese género de frutos de la inteligencia. Se quiere llevar á tal extremo la igualdad en los organismos, las clases y las personas de la Milicia, que se acabará por retroceder á los tiempos de su mayor inmovilidad, á los de aquella desgraciada época, que no hay historiador que no condene como de una real y verdadera anemia en la constitución y composición de nuestros ejércitos, por los privilegios, precisamente, que en ellos se sentían dominar; contrasentido que sólo se explica por ser esos privilegios los de la sangre y no los de la inteligencia, soberanos hoy en el mundo.

Mal se compadece ese espíritu de igualdad con la oposición al establecimiento del servicio militar obligatorio, pero personal y activo, para todos los españoles. Repugnantes las excepciones por lo que significan y por los sacrificios que imponen, van destruyendo la pequeña propiedad, desmoralizan á los pueblos y causan el desprestigio del Ejército, arrebatándole la parte más capaz é independiente de nuestra nacionalidad. ¿Quién no recuerda con orgullo aquellas compañías de nuestros famosos tercios en que se confundían con las demás las picas de los hijos de la nobleza española, las de los Albas, Infantados, Pastranas, Parmas, Pescaras y Osunas, todas al mismo nivel enhiestas y en la misma fila que las del labrador, el menestral y el aventurero? No es fácil que así lograra el enemigo vencer y menos poner en huida á aquella infantería que, por el contrario, infundió el mayor terror durante muchos años. Lo hacedero y lo que alguna vez sucedió en los grandes reveses, por mil otras

causas sufridos, fué el que se tuviera que contar los muertos para saber el número de los combatientes. Tan familiarizada estaba la nobleza á manejar la pica entre nuestros bravos infantes, que en la célebre retirada de Lan, tan briosamente ejecutada por los tercios de Mexía y Mendoza, viéndolos acosados de muy cerca por la multitud de *corazas* que gobernaba el rey de Francia en persona, se apearon y «fueron á formar la última fila opuesta al enemigo el duque de Umena, el príncipe de Avelino, Don Alonso de Idiáquez y otros muchos señores Capitanes, dice Carnero; los quales con sus picas bajas esperaban la arremetida del Rey con su caballería». Ante aquel espectáculo, exclamaba Enrique IV : «Mira con qué gallardía y seguridad va marchando aquel esquadron de españoles».

Ni qué duda puede caber de que donde pelea tal clase de gentes, apreciadora del honor militar, del de sus banderas y personas, se hacen muy difíciles los reveses é imposibles casi los pánicos, las derrotas y desbandadas. Y si no, ahí está la Landwehr alemana, que en ningún campo de batalla ha desmerecido en su conducta del ejército activo.

Constituido así el Ejército de todas las clases sociales, nadie tiene más interés que él en las glorias de la Nación ni en la conservación del orden, que tanto las abri-llanta: siendo entonces indiferente, no exageradamente desproporcionado, el número en la fuerza para el servicio activo. Ya la disminuiríamos nosotros si la economía producida sirviera para aumentar el material de guerra, sin el que es perfectamente ocioso pensar en números, organización, depósitos ni reservas.

Llenaríamos todas las páginas de este número de LA ESPAÑA MODERNA, si hubiésemos de recordar las mil

disposiciones que sobre otros diferentes asuntos se han dictado este año por el ministerio de la Guerra, acertadas muchas, sobre el mejoramiento é instrucción de las clases de tropa, las Academias preparatorias, Escuelas de tiro y servicios administrativos y sanitarios; equivocada alguna y onerosísima, como la que arranca, siquier sea voluntariamente, de las filas coroneles que podrían ser en ellas el núcleo más idóneo y autorizado para el ascenso, y, sobre todo, para mantener en el Ejército el verdadero espíritu militar, siendo varios modelo de disciplina, de valor y de patriotismo, de los señalados, además, por sus vastos conocimientos en el arte de la guerra para los grandes mandos.

Porque á eso es á lo que más debe atenderse en la dirección de la milicia, á dar fuerza al espíritu que la informa; constituyéndola, por su sentido moral, su instrucción y mutuas consideraciones entre sus miembros, en paladión de las instituciones y de la independencia patria, inquebrantable, lo mismo que por la fuerza del enemigo, por el furor de las pasiones políticas y la seducción y el cebo de ideales que después, más que satisfacen, avergüenzan; seducción ejercida por los que la fantasía forja Pirros ó Escipiones, no resultando tales, ni mucho menos, al salir del crisol del tiempo y de la historia, y cebo que la ambición y el despecho de políticos adocenados arrojan para, manzana de la discordia, perturbar hasta en sus fundamentos nuestra sociedad militar, tan gloriosa como útil, inspirándose en la abnegación que la caracteriza y es su primera y más sublime virtud.

Vida es, con efecto, la del hombre de guerra toda de sacrificios, cuya única compensación debe consistir en las consideraciones de que se le rodee, y en la satisfacción interior que produce, además, la seguridad de que han

de respetarse sus fueros, tan trabajosamente conquistados, no tocando á ellos sino después de largo estudio y graves meditaciones, con la parvedad y parsimonia que se merecen.

Por eso, vamos á terminar preguntándonos: «¿Mejorará nuestro estado militar con las reformas tan arrebatadamente planteadas, ó habrá que señalar con piedra negra este año en los fastos militares de España?»

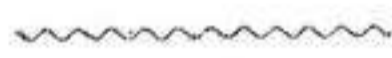
JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE,

*de la Real Academia de la Historia.*



# EL AÑO MUSICAL EN ESPAÑA

1889



## I.

**A**L encargarme de escribir en esta Revista el año musical, no pensé que adquiriría el difícil compromiso de presentar á sus lectores un cuadro completo de todos los acontecimientos musicales de la Península ocurridos en el año, de modo que pudiera formarse idea del estado general de nuestra cultura en este ramo de las Bellas Artes. La empresa no es fácil, porque no se hallan fácilmente á mano los elementos necesarios para realizarla. Los periódicos musicales son pocos y sin mutuas relaciones, además de traer más noticias extranjeras que españolas, y los políticos, no sólo exigirían un trabajo extraordinario para buscar aquellas que pudieran tener relación con la música, sino que la investigación pudiera resultar inútil, puesto que rara vez prestan atención aquellos *órganos de la opinión pública* á lo que no tiene directo interés para su partido ó para sus fines particulares. Hay que prescindir, pues, de la idea de presentar un trabajo ordenado y cronológico, marcando

las fechas en que tuvieron lugar los sucesos musicales dignos de mención para la historia del Arte, lo cual, si bien es sensible, tiene la ventaja de ofrecer más ancho campo al examen del estado de la cultura musical en nuestro país. De otro modo, y no presentándose con frecuencia novedades importantes, este artículo se convertiría en un calendario breve de efemérides musicales, que tal vez tendría poco interés para los lectores de esta Revista.

Me limitaré, pues, á examinar en general el estado en que se encuentran entre nosotros los diversos ramos del Arte y de la Ciencia de la Música.

Que el pueblo español está admirablemente organizado para ella, no es sólo verdad indiscutible, sino confirmada por cuantos han estudiado nuestro país y nuestras costumbres. La riqueza y variedad de nuestras melodías populares es tal, que ha llamado justamente la atención de eruditos extranjeros, á pesar de que no han podido formar completa idea de su abundancia y variedad, porque no existen publicadas colecciones bastantes ni son fáciles aún los viajes por el interior de la Península, para poder oirlas personalmente.

Á semejanza de la formación orográfica de nuestro suelo, podríamos dividir en tres grandes grupos los cantos de nuestro pueblo. El primero abraza la parte Norte y Noroeste de la Península, país montañoso en su mayor parte, y comprende los cantos gallegos, asturianos, de la montaña de Santander y de Cataluña. Diferenciándose mucho entre sí las melodías populares de esta región, conservan, sin embargo, cierta analogía, ya sea por el sello especial que caracteriza la inspiración de la melodía popular en las montañas, ya por la índole tonal que presta la tradición del canto llano en las que son antiguas, co-



municándoles cierto carácter de severa majestad. Hay, sin embargo, sobre todo en Cataluña y Galicia, cantos de gran delicadeza y finura de expresión, y que recuerdan los del Norte extremo de Europa.

La región central ofrece un tipo distinto, en el cual el movimiento suele ser más vivo, el ritmo ternario del compás más frecuente, y el dibujo y carácter de la melodía más moderna.

No han faltado eruditos que, reconociendo la originalidad de estos cantares, han creído que son resultado de la influencia de la música italiana en nuestro país y en su mayor parte del siglo xvii y posteriores.

Para autorizar esta opinión, se ha citado el hecho de que muchos de nuestros romances más populares durante los siglos xv y xvi, se cantan, aun en ambas Castillas, con música evidentemente moderna y diferente de aquella con que entonces se cantaron, y que existe notada en los libros de vihuela para tañer por cifra. Así sucede con los romances de Durandarte, Gerineldos, Caláinos y otros muchos.

Como entre las melodías consignadas en aquellas colecciones no se encuentran tampoco las que con diversos nombres y principalmente con el de *seguidillas* caracterizan el tipo melódico de esta región, de aquí que se haya supuesto, no sin fundamento, que son relativamente modernas y producto de la influencia italiana.

El tercer grupo lo forman la región andaluza y el litoral del Mediterráneo. Aquí hay evidentemente una tradición y una influencia árabes, resultado de la permanencia de aquella raza entre nosotros; pero también se observan matices curiosos, por ejemplo, en Valencia y Murcia, donde á veces los cantos parecen venir de la inspiración castellana y otras de la árabe. Agréguese á esto

el tipo especial de los cantos de nuestras provincias de Ultramar, muchas veces transformado ó modificado por los habitantes de nuestras costas mediterráneas, y los cantos notabilísimos de las Baleares y Canarias, y se tendrá una idea de la riqueza y variedad de nuestra música popular. Asunto es este muy digno de estudio, y no para tratado así á la ligera y en un artículo; pero como en cuestión de música hay tanto que hacer en España, me ha parecido que, tratándose de dar una ojeada á la España musical, era indispensable decir algo del repertorio músico popular del pueblo español.

## II.

La enseñanza de la música es seguramente una de las necesidades más apremiantes para el desarrollo y fomento de este Arte. No existe entre nosotros más establecimiento oficial dedicado á ella que el Conservatorio de Madrid, creado por la reina Doña Cristina, abuela del rey Don Alfonso XII. La iniciativa particular ha creado en Barcelona, en Málaga, en Cádiz y en algunas otras ciudades, sociedades particulares que han producido resultado beneficioso; pero que carecen de la estabilidad y de los medios necesarios para realizar su fin. El mismo Conservatorio de Madrid, por circunstancias especiales, está forzosamente destinado á ser más bien un centro de propaganda que una escuela de perfeccionamiento, mientras no cambien las condiciones oficiales en que nuestros Gobiernos lo han colocado. Su dotación, no tan considerable como sería de desear, está continuamente amenazada, cada

vez que se imponen las economías, y la poca consideración de que disfruta la música entre la mayoría de nuestros políticos, que miran esta partida del presupuesto casi como un gasto superfluo, la pone en grave peligro el día que entre á ocupar el ministerio de Fomento un ministro anti-filarmónico, de aquellos que creen que la música es el ruido más desagradable, más frecuente y más caro. No es tan lejano el peligro en país donde los problemas de política interior de tal manera se sobrepone á toda otra consideración, que un ministerio del cual dependen nada menos que el desarrollo de la cultura intelectual y el de todas las fuerzas productoras de España, es decir, los dos factores más importantes del porvenir, se considera como *ministerio de entrada*, es decir, como un puesto de ensayo donde los jóvenes pueden ensayar las ideas que la juventud y la falta de experiencia les han de sugerir para resolver tan arduas cuestiones.

No existe tampoco la enseñanza musical en las escuelas de instrucción primaria como en los países del centro de Europa, y, por consiguiente, acuden al Conservatorio multitud de alumnos que podrían recibir la enseñanza particular, resultando por tanto que si aquel establecimiento rechaza cierto número de pretendientes á sus aulas, disminuye sus ingresos y se expone á que digan sus enemigos que no vale la pena de sostenerlo cuando tan pocos discípulos instruye. Agréguese á esto que, por regla general, aquí sólo se dedican á la música como carrera, los que no tienen capacidad ó fortuna para aspirar á otro medio más seguro de vivir, y que entran en el Conservatorio sin la instrucción necesaria para seguir una carrera artística, y se comprenderá cuán injustas son las censuras que se han dirigido á aquel establecimiento de enseñanza y á su ilustre director que, por mucha que sea su capa-

:

cidad y buen deseo, no puede salir del círculo de hierro que le han trazado, el Gobierno por una parte y por otra las condiciones especiales de nuestra sociedad. El mal viene de arriba, y no tendrá remedio mientras la política imponga en los altos cargos de la administración personas dignísimas, pero que desconocen por completo estos asuntos, porque han vivido y trabajado en otro círculo de ideas.

Á pesar de todo, el Conservatorio de Madrid, en el tiempo que lleva de existencia, ha sido el vivero de donde han salido todos los elementos de nuestra vida musical, y buena prueba de ello es el número de orquestas, de cantantes, de coristas, repartidos en todos los teatros y ciudades de España. De allí han salido también los jóvenes compositores cuyas obras aplaude hoy el público y que parecen prometer un porvenir glorioso á la escuela patria.

El centro músico más importante después del Conservatorio lo forman dos sociedades particulares, la de Cuartetos y la de Conciertos. Fundada la primera hace ya veintisiete años por el eminente violinista D. Jesús de Monasterio y por el inolvidable pianista D. Juan Guelbenzu, ha sido esta sociedad la creadora de un grupo de aficionados que, educándose y formando su criterio con la buena música, han ejercido eficaz y saludable influencia en el gusto del público y de los artistas. Primero en el salón chico del Conservatorio, y más tarde en el salón Romero, los Sres. Monasterio, Mirecki, Pérez y Lestán, actuales individuos de dicha sociedad, han seguido valientemente su artística campaña, á pesar del pequeño resultado financiero obtenido. El público ha ido aumentando; pero, fenómeno singular y cuya causa no acierto á explicarme, entre los numerosos aficionados asistentes á aquellas sesiones, no ha arraigado el amor á esta clase

de música lo bastante para hacerla salir de la sala de concierto, llevándola al seno de la familia, ya buscando artistas, ó ya tomando parte personalmente en la ejecución de estas obras, como sucede en otros países.

Hay quien cree que nuestra raza sólo se apasiona por la música dramática, y en particular por la italiana; pero no puede darse gran importancia á esta afirmación, cuando se recuerda que en la primera mitad del siglo eran numerosos en España los círculos particulares en que se cultivaba la música instrumental *di camera*, y yo recuerdo haber conocido uno en Madrid, que por su carácter especial merece especial mención. Pocas personas recordarán ya hoy el nombre de D. Juan Gualberto González, que tuvo su período de notoriedad artística y literaria en la primera mitad del siglo. Anciano y achacoso, había conservado el gusto de la música instrumental de cámara, y allá por los años del 50 al 55 tuve ocasión de ir varias veces á las sesiones que se verificaban en su casa, organizadas y dirigidas por mi antiguo amigo el célebre violinista Monasterio.

La empresa no era fácil de conseguir, porque el anciano aficionado no permitía que asistieran á aquellas veladas más que los que por tocar un instrumento de cuerda pudieran tomar parte activa en ellas; pero el cariño que profesaba á Monasterio, y que probó á su muerte legándole un magnífico violín, permitió al grande artista llevarnos *de tapadillo*, al actual Bibliotecario mayor de S. M., Sr. Zarco del Valle y á mí, á aquel templo inaccesible. Aún no he olvidado la escena que presenciamos, y que, más que cuadro de la vida real, parecía creación del visionario Hoffmann en sus cuentos fantásticos. Los cuartetos tenían lugar en una sala bastante grande, cuyos muebles y estilo pertenecían al falso gusto griego de

la época napoleónica, y en ella no había más luz que la de los atriles destinados á los músicos. Á un extremo, y en vaga penumbra, veíase á D. Juan Gualberto sentado en gran sillón, cubierta la cabeza de un gorro negro, envuelto en larga bata y apoyada la macilenta cabeza sobre las manos, sostenidas por un bastón de muleta. Á pesar de sus años y de sus achaques, había conservado en su memoria los temas de los cuartetos de Haydn y Mozart, y él era el que designaba, tarareando, los primeros compases de la obra que deseaba oír, dejando muy poco descanso de uno á otro número. No tardó mucho en enterarse, á pesar de su falta de vista, de que había profanos en el santuario, y en los cortos intermedios tuvo lugar una escena cómica, porque, levantándose de su sillón, diose á recorrer todos los que estaban arrimados á la pared alrededor de la sala, mientras que Zarco y yo burlábamos su propósito, yendo siempre delante, y no sentándonos más que cuando volvía á su puesto; pero, vista su insistencia, rogamus á Monasterio que nos presentara. Hízolo así, aunque con cierto recelo, porque, á pesar del cariño que le profesaba D. Juan Gualberto, temía que nos recibiera *con cajas destempladas*. Afortunadamente no fué así, y se contentó con preguntar si tocábamos instrumento de cuerda, y, habiendo contestado que no, dijo secamente: *Pues si no tocan, ¿para qué vienen?* No volvió, sin embargo, á decirnos cosa desagradable, y continuamos disfrutando de los cuartetos en aquel centro, único entonces en Madrid, pues todavía no habían comenzado en aquella fecha las sesiones de D. Juan Guelbenzu en su casa de la plaza de las Descalzas, donde nació la idea y la organización de la Sociedad de Cuartetos. Pido perdón á mis lectores por esta digresión, que tal vez no sea inútil, porque si al llegar á

viejos todos los españoles fueran consignando sus recuerdos, más fácil resultaría escribir la historia del Arte patrio.

Volviendo á la música instrumental de cámara, no puedo menos de consignar un hecho que prueba para mí en modo evidente, que la educación y la ilustración musicales no han progresado en la segunda mitad de este siglo tanto como parecen creer los partidarios de todo lo nuevo, sea bueno ó malo.

En la época de Haydn, de Mozart, de Beethoven, los soberanos y príncipes, los grandes señores y los poseedores de gran fortuna, tenían como gran placer y regalo en casi toda Europa, invitar á sus amigos á las sesiones de música *di camera*, que daban en sus palacios ó casas de recreo, y difícilmente podrá encontrarse fiesta más grata, más civilizadora, ni que pruebe más la cultura del espíritu y el refinamiento de buen gusto. Para estas fiestas en casa de los Esterhazy, de los Razumowsky y de tantos otros señores austriacos, rusos é italianos, se han escrito la mayor parte de las obras de este género de los grandes maestros citados, y no solamente con ellas hemos adquirido las maravillosas creaciones que nos deleitan y deleitarán á las generaciones futuras, sino que los artistas que las han ejecutado desde aquel tiempo, los editores y cuantos han intervenido en su publicación, han hallado el honrado fruto del trabajo, siguiendo la fecunda ley de progreso y fraternidad que hace provechosa y benéfica la inspiración del genio, desde el artista que la interpreta hasta el humilde obrero que la graba. Hoy han desaparecido aquellas costumbres y han tomado otra forma: los artistas se presentan ante público más modesto y más numeroso; pero solamente en los grandes centros, como Berlín, Viena y París, pueden hallar los

que á este género se dedican digna remuneración á sus esfuerzos. En España ha existido también esta afición, y en la época de Carlos IV, que no brilla seguramente por su esplendor artístico, sabido es que aquel Monarca tuvo á su lado mucho tiempo á Bocherini, y tomó parte personalmente en la ejecución de sus obras. De desear sería que tan inteligentes y verdaderamente aristocráticos gustos volvieran á estar de moda, siquiera para contener en algo la propaganda de la embrutecedora y monótona diversión de los toros, incompatible generalmente con la disposición de espíritu y la manera de sentir y de pensar que exige la vida de los pueblos modernos. La nueva Sociedad de Cuartetos, compuesta de los Sres. Arbós, Rubio, Tragó, Urrutia, Gálvez y Agudo, ha inaugurado sus tareas con éxito extraordinario. Sensible es que, por causas que respetamos, no se hayan fundido en una ambas sociedades, aumentando así el prestigio del arte y dando mayor variedad y atractivo á las sesiones de música instrumental, tan propias para formar el buen gusto del público. El templo del Arte es tan grande, que todos los artistas tienen puesto dentro del interior, y los que cierran sus puertas, trabajan contra sí propios, ya porque siendo demasiado jóvenes quieran cerrar las puertas de lo pasado, ya porque en edad madura pretendan cerrar las de lo por venir.

La cualidad que más distingue y avalora la nueva Sociedad de Cuartetos, es la igualdad y homogeneidad en la ejecución. Compuesta de artistas jóvenes y entusiastas, hay tal igualdad entre ellos, que resulta un conjunto perfecto.

La Sociedad de Conciertos lleva veinticinco años de existencia, y fué su fundador el popular maestro D. Francisco Asenjo Barbieri. Por su antigüedad y por el ancho



círculo de acción que ejerce en la propaganda de la buena música, es el centro particular más importante en su género. Tuvo una época de gran prosperidad en que fué moda asistir á los conciertos del Circo de Rivas ; pero después, y por causas complexas, que sería muy largo enumerar, el público ha ido cambiando, y si no se pagan primas por los palcos, ni se va allí á lucir la elegancia de los trajes, puede asegurarse que el público que concurre á estos conciertos va á oír la música y hace de ella su deleite principal, cual corresponde á la índole de este espectáculo.

Grandes vicisitudes ha tenido la Sociedad de Conciertos, y momentos hubo en que vió amenazada su existencia: la pequeña pensión otorgada por el Gobierno hace dos años, ha contribuido, en unión con el favor del público, á levantarla de nuevo; pero es conveniente que se sepa que con los precios actuales, aun llenándose todas las localidades, el beneficio de la Sociedad es muy pequeño, porque los gastos son muchos y los profesores que la componen llegan á ciento. Por esta razón no ha podido realizarse el proyecto de dar sesiones vocales é instrumentales, para ejecutar oratorios y fragmentos dramáticos con solos. Con el objeto de dar mayor variedad á sus trabajos, ha contratado la Sociedad á artistas tan famosos como Sarasate, Planté, D'Albert y otros muchos, que han recogido abundantes laureles. El arte clásico tiene, por lo tanto, digna representación entre nosotros con estas dos Sociedades y con la nueva de Cuartetos, fundada recientemente por los Sres. Arbós, Rubio, Tragó y Urrutia ; pero no puede negarse que hay cierto estancamiento en el progreso de nuestra educación musical, y que, en vista del afán creciente con que el verdadero público acude á este espectáculo, se hace sentir la necesidad

de crear un organismo más poderoso, reuniendo elementos dispersos para formar una Sociedad filarmónica, cuyo capital permitiera construir un verdadero salón de conciertos con órgano, y pudiendo abordar todos los géneros de música en los diversos locales destinados al objeto, desde la conferencia en reducido círculo, hasta los grandes oratorios de Bach, Haendel y Mendelsohn. ¿Cuándo y cómo llegará este día? Sólo Dios lo sabe, porque hasta ahora los apasionados por el divino Arte tenemos poca esperanza de que haya capitalistas que oigan nuestros lamentos sin mandarnos *con la música á otra parte*. Sirva, sin embargo, esta importante publicación de órgano de nuestras aspiraciones, y quiera el cielo que vaya á caer en manos del hombre de corazón que acometa tal empresa, sin esperar más recompensa que la de ver su busto ó su estatua en la entrada de la «Sociedad Filarmónica Española».

### III.

No faltará quien extrañe ver al Teatro Real en tercer lugar al tratarse de la enumeración de nuestras instituciones musicales; pero la explicación es bien natural. El criterio de la esfera artística y el de la social son muy distintos, y la organización actual del regio Coliseo, que puede satisfacer cumplidamente al público que lo favorece por moda, por vanidad ó por costumbre, no puede llenar las aspiraciones de cualquier aficionado de mediana educación musical, que va al teatro á oír y ver las obras que se cantan y se representan.

Siendo aquél el centro más culto, más elegante y más favorecido por la sociedad madrileña, sin embargo, no responde ni puede responder á los fines que realizan los teatros semejantes de otras grandes capitales.

El Teatro Real conserva aún el tipo de la ópera-concierto, género que ha pasado de moda en toda Europa, para ser sustituido por el drama lírico. No se puede negar el lujo y espléndido aspecto de la sala y de todas las dependencias del teatro; que á él vienen á cantar los artistas más célebres y más caros, los directores de orquesta más famosos, que tienen á sus órdenes profesores eminentes; pero todas estas circunstancias, que podrán constituir un espectáculo de lujo, muy caro y oneroso para la mayoría de los que lo pagan, no pueden evitar que las condiciones en que el Gobierno entrega la explotación del teatro á una empresa particular, no ofrecen las garantías artísticas que exige una dirección tan difícil y compleja, y que, en vez de dirigir la educación musical del público, sigue el camino rutinario con repertorio gastado y sin el personal y el material necesarios para poner en escena obras perfectas en su conjunto.

En otro lugar he de tratar esta cuestión extensamente, y en sus detalles, por lo cual me limito á lo dicho, haciendo notar que todos los teatros de ópera de España adolecen del mismo defecto del Real, en cuanto á la organización artística del espectáculo, y que si el Gobierno y los músicos españoles trabajaran con el mismo fin, tenemos ya elementos propios para que en cada ciudad importante de la Península exista un teatro de ópera y zarzuela permanente, durante un período del año.

## IV.

De todos los ramos del Arte músico, aquel en que alcanzamos más gloria, es precisamente el que hoy se encuentra en mayor decadencia. La música religiosa española, desde el siglo xvi á nuestros días, desde Cristóbal de Morales hasta D. Hilarión Eslava, constituye un tesoro nacional desconocido, y más de los españoles que de los extranjeros, y que pudiera colocarse á la par de nuestro Teatro, de nuestro Romancero y de nuestra escuela de Pintura, como monumento de gloria nacional. D. Hilarión Eslava, el último probablemente de los compositores dedicados especialmente á este género, salvó del olvido muchas obras notables en su *Lira Sacro-hispana*, dando conocimiento de ellas á los eruditos que sólo hubieran podido estudiarlas en los archivos de la capilla Sixtina de Roma, ó en los de nuestras catedrales; pero aquella colección no comprende más que una pequeña parte de las obras escritas por los maestros de capilla españoles, y de temer es que si alguien no sigue la iniciativa del venerable Eslava, desaparezcan ó se destruyan muchas obras originales. Á esto puede contribuir, por una parte, la pobreza actual del culto en nuestras catedrales, y por otro el atraso de la educación musical, que gusta de oír en el templo música propia de ópera más bien que la que tiene el carácter de severidad y grandeza adecuado á su misión. La música religiosa y de órgano tardarán, pues, mucho tiempo probablemente en recobrar su antiguo esplendor.

## V.

La zarzuela ú ópera cómica española ha tenido un período de gran apogeo y popularidad; pero por causas complexas y cuyo examen exigiría, no un artículo, sino un libro, ha venido á relativa decadencia, porque el sistema de las funciones por horas y las piezas en un acto han acostumbrado á nuestro público á disfrutar del teatro por muy poco dinero, y á divertirse un rato, prescindiendo del valor artístico de la obra representada. He creído siempre que este género de espectáculo, hoy tan en boga, llegará con el tiempo á hastiar, porque es imposible la variedad constante con moldes tan estrechos.

La reacción en favor del verdadero Arte ha empezado ya, y buena prueba de ello es el éxito obtenido por el maestro Bretón en el Teatro Real durante la temporada anterior. Este acontecimiento, el más importante, no sólo del año musical, sino de los ocurridos desde hace mucho tiempo en nuestro teatro, prueba evidentemente que ya se empieza á ver claro y á comprender que se acerca el momento en que los elementos acumulados por tantos años den su resultado, haciendo que la música y los músicos españoles vivan de su propia vida, como sucede en todos los demás países cultos. La obra del Sr. Bretón triunfó á pesar de circunstancias sumamente desfavorables y peligrosas, y tras él vendrán otros compositores, como es natural y justo que suceda, pues no hay razón para que tengamos vida y movimiento propio en literatura ó en pintura, y no la tengamos en música, dada la

disposición natural de nuestra raza y los años de cultura y progreso en la enseñanza y en el estudio de sus diversos ramos. Si, como parece ya seguro, el drama del Sr. Bretón pasa la frontera, el éxito impondrá al público, y no sólo tendremos compositores de óperas, sino que la Zarzuela se transformará y vendrá á ser el campo de ensayo para los jóvenes. Creo, pues, que este es por hoy el problema más interesante de la música española. Cuando pueden citarse los nombres de Arrieta, Barbieri, Caballero, Bretón, Chapí, Serrano Brull, y tantos otros, lo que falta es público que sepa juzgar obras, y artistas que las canten, no compositores que las escriban, y lo que hay que crear, sobre todo, es el movimiento del espíritu público en favor del Arte nacional. Sin él no hubiera existido la Ópera italiana, ni la Grande Ópera francesa, ni mucho menos la nueva escuela de Wagner. Creado este espíritu y dispuesto el auditorio á oír sin hostilidad preconcebida las producciones musicales, cantadas en el idioma nativo é inspiradas en la propia tradición en aquello que llaman los franceses *le gout du terroir*, lo que haya de ser el Arte lírico musical español es una incógnita que no hay para qué adivinar, puesto que el genio y la inspiración dependen de la voluntad de Dios, no de la de los hombres.

## VI.

Las sociedades corales, antes desconocidas en España, han empezado á dar muestra de la afición musical de nuestro pueblo, sobre todo en las provincias del Norte. No cito nombres propios, por no prescindir tal vez de al-

guna que no conozca y que merezca especial mención, pero sería de desear que este género de música se propagara en todo el país.

Los coros para voces de hombre sin acompañamiento, no sólo son un excelente medio de propaganda y enseñanza musical, sino que también constituyen un poderoso elemento de cultura ; puesto que los que se acostumbran á reunirse con este objeto, adquieren cierta elevación en el pensamiento y en el gusto, que los aparta de la taberna y de espectáculos groseros que nada dicen al sentimiento ni á la inteligencia.

De las músicas militares poco puede decirse, porque, limitadas á cumplir con su servicio en más ó menos condiciones artísticas, no puede, sin embargo, decirse que estén en camino de parecerse á las de Austria y Alemania y aun á algunas de Francia, que son verdaderas orquestas. Esta inferioridad de las bandas militares contribuye mucho á mantener la que se nota en los instrumentos de metal de nuestras orquestas. No ha salido aún de ellas un profesor que forme escuela en el Conservatorio, y las gestiones hechas hasta ahora para hacer venir uno del extranjero han resultado inútiles.

## VII.

Creo haber recorrido rápida y someramente, como me propuse y exige la índole de esta Revista, los diferentes centros de actividad musical de nuestro país, y si de este examen resulta que no estamos tan adelantados como fuera de desear, no es menos cierto que, en determinadas

cuestiones, como por ejemplo, sociedades de conciertos, de cuartetos, número de jóvenes compositores, repertorio característico del país y otras muchas, estamos casi á la cabeza del movimiento, y antes que Italia y que Bélgica. La primera tiene sus grandes glorias pasadas; pero hoy está en visible decadencia musical. La segunda tiene su admirable Conservatorio, cuyo sabio director, Francisco Gevaert, es una verdadera gloria nacional; pero el movimiento, es por decirlo así, puramente oficial, y fuera del Conservatorio de Bruselas y los de las provincias, la iniciativa particular hace muy poco. Si hay pueblos como la Inglaterra donde se da culto á las grandes obras de Haendel, Mendelsohn, etc., con medios que aún no alcanzamos, en cambio los elementos propios no tienen la fuerza y porvenir que entre nosotros. No han sido muy numerosos los compositores de música inglesa, y pocos, poquísimos los modernos que han llegado á la notoriedad de Balfe, por ejemplo, cuyas obras no han sido ni muchas ni muy importantes.

Podemos, pues, tener fundada esperanza de que si el Gobierno, y el público sobre todo, quieren ayudar por su parte, el Arte músico puede adquirir gran desarrollo en España. Para sintetizar y presentar la cuestión en forma práctica, los ideales á que aspiramos y cuya realización nos colocaría en primera línea en el mundo musical, son los siguientes: *Enseñanza musical en las escuelas primarias.—Organización oficial y particular de la enseñanza elemental musical.—Reforma del Conservatorio como escuela superior.—Creación y organización del teatro lírico y del de la zarzuela.—Concursos y premios para obras musicales y de literatura musical.—Creación de una gran Sociedad Filarmónica con sucursales en las capitales importantes de España.—Premio*



---

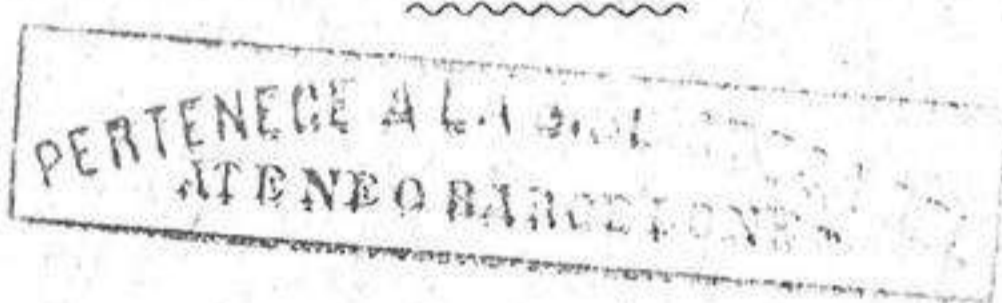
*ofrecido á los maestros de capilla que restauraran el culto de nuestra música religiosa.—Organización de las músicas militares, escogidas por el sistema austriaco, y otros muchos menos importantes como consecuencia de los indicados.*

Difícil problema, y que exige largo tiempo para su resolución; pero como alguna vez se ha de empezar quizá, sirva esta *llamada* para que voces más autorizadas que la mía vengán á defender la buena causa, el progreso de nuestra cultura musical, que tanto ha de influir en el de nuestras costumbres.

GUILLERMO MORPHY.



## LA MEDICINA EN 1889



**A**ño de involución, mucho más que de evolución, ha sido para la ciencia de Esculapio el que acaba de fenecer. Antecedióle un lustro de invenciones y descubrimientos, de brillantes y utilísimas genialidades, y era muy natural que el espíritu médico cediera á la necesidad de un relativo descanso; del único á que nos es lícito entregarnos en la vía de perfección, y que tanto se parece al clareado sueño del caballero en armas sobre la silla de su andante cabalgadura. De este saludable aunque relativo descanso necesitaban, así en los menos el genio de invención, para engendrar novedades, como en los más su facultad receptiva para entenderlas y aplicarlas; aquél debía reorientarse, tomar aliento y emprender inesperados rumbos; ésta había de poner en orden las nuevas ideas y reducir á términos prácticos su propio entusiasmo, ya que toda exageración clínica es ocasionada á graves perjuicios para la humanidad doliente.

Escasa, pues, ha sido en novedades la Medicina durante el año 1889; pero abundante en trabajo reflexivo; y

:

bien así como del crecimiento de la voraz oruga y de la oculta metamorfosis de la ayuna crisálida reconocemos que constituyen positiva labor, si no idéntica, equivalente, encaminada á la perfección del volador insecto, así también deberemos afirmar, desentendiéndonos de lo impropio del terminacho *progreso*, que la Medicina en el próximo pasado año ha trabajado mucho en su perfeccionamiento, por más que su trabajo no haya sido, por lo íntimo, tan lucido, tan vistoso, tan accesible al profano aplauso como el de sus predecesores.

De todo lo cual, tanto de lo aparecido como de lo reflexionado durante el referido año, voy á dar fe, aunque teniendo muy poca en mis fuerzas para el cabal desempeño de tan ardua y vasta y variada tarea. Contraríame en extremo, aparte la dificultad inherente á la naturaleza del asunto, la circunstancia de que, por ir esta REVISTA á manos de personas muy doctas todas, mas sólo por excepción iniciadas en las intimidades técnicas y doctrinales de la Medicina, debo ofrecerles, de una parte, por respeto á su general ilustración, razones de fondo, mientras que de otra, por miramiento á su condición de ajenos al cultivo del Arte, debo evitarles los abatanantes soporíferos rigores del tecnicismo.

Por lo que dice al método más adecuado al presente trabajo, diré que sin titubear opto por fundarle en la clásica división de las instituciones médicas, desechando el procedimiento por especialidades. Para médicos de profesión, uno y otro; para lectores extraños á ella, aquél. Una reseña por especialidades á nadie conviene por incompleta, oscura, confusa y anti-económica, así para los iniciados como para los legos. La medicina, al crecer tan rápida y desmesuradamente en extensión como en medio siglo ha crecido, ha experimentado una muy sensible

relajación de su unidad orgánica, y si algo ha ido manteniendo tan indispensable unidad en ese Londres sin corregidor, en ese Catolicismo sin Papa, ha sido, sin duda alguna, la constante necesidad que cada uno de los cantones médicos ha sentido de recurrir, buen ó mal grado, á la Anatomía, á la Fisiología, etc., etc., como fuentes comunales de verdad teórica y luz práctica (1).

Y aun suponiendo que alguien hubiese á estas horas hallado el medio de corregir la actual indisciplina, garantizando la tan necesaria como poco sentida unidad de criterio, aun en tal supuesto—que afortunadamente no lo es,—aun entonces las especialidades, mientras no estuviesen fundadas todas las posibles, no constituirían base completa de una reseña como la que estoy emprendiendo, al paso que las *Instituciones* redondean por sí mismas, de tiempo inmemorial, el acabado cuadro de las categorías del conocimiento médico. Además de que con las especialidades sucede (porque está ello en su naturaleza y va predicado en su denominación), que siendo cada una de ellas explotadora casuista del progreso de las Instituciones, ni por la reseña de la marcha de una sola especialidad ni por la de todas juntas cabe llegar al esquema, ó representación ideal y total, del movimiento de la Ciencia y de los motivos de avance del Arte, que es lo que se trata de conocer en un trabajo de la índole del presente. Sólo procediendo por Instituciones cabe dar, á un tiempo, clara idea del adelantamiento general y cuenta razonada de su aplicación á los ramos especiales.

Legitimado el método que para esta reseña adopto, y

(1) V. á este propósito mi Dis. de ingr. en la Real Academia de Medicina, «Concepto social de la división del trabajo en Medicina», y el capítulo «Criterio de introducción á las especialidades médicas», de mi «Curso de Patología general, fundada en el principio individualista ó unitario», t. III, páginas 233-48.

dividiéndola en sus dos secciones naturales, una atendida á las novedades evolutivas del orden material, y otra al movimiento reactivo ó involutivo en las ideas; veamos qué es lo que arroja un fiel registro de lo uno y de lo otro.

## I.

## NOVEDADES MATERIALES.

*Novedades anatómicas.*

Con ser muchos los trabajos originales de Anatomía publicados durante el último año, pocos, sin embargo, muy pocos, despiertan verdadero interés. Débese esta desproporción al natural antagonismo entre las exigencias de la prensa periódica, necesitada de servir novedades, valgan lo que valieren, á la voracidad de su clientela, y el casi agotamiento en que se halla la materia, dentro de los recursos de que hoy los anatómicos disponen. Mas, en medio de la farda culterana y la sutileza gongorina (también la ciencia las padece), que en las actuales investigaciones anatómicas, por tocar ya los límites de su desenvolvimiento, dominan, llaman muy seria y hondamente la atención aquellas que, por vía de extremo esfuerzo, aparecen en 1889, como nota dominante y honorífica del año, en punto á la ciencia formal del organismo.

Recayeron tales esfuerzos sobre tres puntos, que ya *a priori* cabe determinar, y son, efectivamente: 1.º El mejoramiento de la *técnica* encaminada á hacer perceptible

lo de suyo imperceptible; 2.º, una acometida más por desentrañar la íntima constitución de los elementos anatómicos (no digo *células*, por no hablar *anticuado*), y 3.º, una formal campaña—realmente heroica, aun cuando condujere á la derrota—para descifrar de una vez el enigmático embrollo de los llamados *centros nerviosos*. La más caracterizada exposición de lo primero en 1889, es la obra de J. Kultschitzky, titulada *Fundamentos de la Histología práctica*, escrita en ruso, editada en Char-kow, y de la cual sólo se ha publicado la primera parte, relativa á «El Microscopio y los medios de investigación». —De lo segundo, ó sea, de los elementos anatómicos, los trabajos más notables, en mi sentir, aparecidos durante el último año, son los de Rabl (¹), Gehuchten (²), Malassez (³) y Kossel (⁴).—Cuanto á lo tercero, á las indagaciones acerca de la positiva textura del capullo del alma, ó centro de inervación, quien ha llevado la mejor parte ha sido el ilustre aragonés, catedrático de Histología de Barcelona, Dr. D. Santiago Ramón y Cajal, por lo nuevo y variado de sus estudios y por el magistral desempeño de su publicación. Estas indagaciones de Ramón Cajal han visto la luz, unas en revistas alemanas del ramo, otras en la *Revista trimestral de Histología normal y patológica* que, á costa de increíbles sacrificios, dicho autor edita en España. Hombre de gran genialidad, de vehemente vocación por la lucha con lo imperceptible, de una tenacidad archiaragonesa y de una educación y maestría técnica vasta, completa y perfecta, de nadie necesita nuestro ilustre compatriota para dar preparados á la estampa los resultados de sus observaciones.

(1) *Anat. Anzeiger*. (N. 1).

(2) *Ibid.* (N. 2).

(3) *Le Progrès méd.* (N. 2).

(4) *Trauser.*, en la *Revista de Med. y cir. pract.* (7 Julio).

Baste saber que, como fotógrafo, para que la bondad de sus clichés no dependa del fabricante de placas gelatinosas, él se las fabrica, pudiendo yo asegurar (por la doble experiencia de haberlas empleado, no sólo regaladas por él, sino también obtenidas por mí según sus prácticas instrucciones), que las placas de Ramón y Cajal son, de cuantas conozco, las más adecuadas á la micro-fotografía.

¡Lástima que el Estado español no sea mucho más individualista cuando se trata de subvencionar empresas suspectas de *infundio*, para poder, sin gravamen, permitirse ser algo socialista en auxilio de las contadas personalidades que, al par del catedrático de Histología de Barcelona, padecen la sublime monomanía de contribuir al progreso universal y honrar la patria cultura!

De Ramón y Cajal van publicados, sólo en 1889 (y corro gran riesgo de no citarlos todos), los siguientes interesantísimos trabajos:

—*Sur la morphologie et les connexions des éléments de la rétine des oiseaux* (1).

—*Sur l'origine et la direction des prolongations nerveuses de la couche moleculaire du cervelet* (2).

—*Coloración, por el método de Golgi, de los centros nerviosos de los embriones de pollo* (3).

—*Nota preventiva sobre la estructura de la médula embrionaria* (4).

—*Estructura del lóbulo óptico de las aves, y origen de los nn. ópticos.*

—*Contribución al estudio de la estructura de la médula espinal.*

(1) *Anat. Anzeiger* (N. 4).

(2) *International Monatschrift für Anat. u. Physiol.*

(3) *Gaceta méd. catal.*, 1.º de Enero.

(4) *Ibid.* (No recuerdo el número.)



—*Sobre las fibras nerviosas de la zona granulada del cerebelo, y evolución de los elementos cerebelosos* (1).

En casi todas sus publicaciones acompaña Ramón y Cajal buen número de magistrales ilustraciones, intercaladas unas, en lámina adjunta otras. (Principalmente en las de edición extranjera y en las de su *Revista trimestral española*.)

De otros autores pudiera citar acerca del asunto buen número de trabajos muy estimables, como los de Toldt y Kahler, Takacs, Bechterew, V. Lenhossek, etc., etc.; mas renuncio á ello por aquello de *est modus in rebus*, obligado como estoy á dar á este escrito una determinada prudente medida.

En la hueste de las investigaciones sobre los centros nerviosos, capital preocupación anatómica del finido año, aparecen de común concierto empeñadas la Anatomía clásica ó descriptiva de lo perceptible, y la Anatomía histológica ó descriptiva de lo imperceptible. Cada una en su respectiva época de florecimiento ha puesto empeño en descifrar el enigma de la animación del individuo y descubrir el secreto de su trabajo interno de sentir, pensar y querer. Para mí tengo que, en relación con tan grave como oscuro objetivo, todos los actuales trabajos, todas las pendientes discusiones sobre si tales fibrillas terminan, como los capilares sanguíneos, en madejas sueltas, ó sumiéndose en las células ganglionares ó de la sustancia gris, no pasan de lo que nuestro Ramón y Cajal llama con muy sensato acuerdo «notas preventivas». Como en otro lugar tengo demostrado<sup>2</sup>, reinarán

(1) Los tres últimos en la Revista trimestral citada (números 3 y 4), 1.º Marzo.

(2) *Curso de Patol. general*, etc., III: capítulos *Agentes psíquicos y su acción*.—*Concepto del encéfalo*, etc., páginas 608-713. (§ F. *Generadores, conductores y determinadores*, páginas 639-42.)

en esto para la vista más perspicaz muy densas tinieblas, mientras en la investigación de los centros nerviosos no se descubra una distinción neta entre las células ganglionares, que ninguna especialidad funcional desempeñan en parte alguna del cuerpo, y aquellos otros corpúsculos, más conjuntivos que nerviosos, que en todo lugar de sentido y movimiento son los determinantes de la diferenciación funcional, y como en esto, no en las células ganglionares ó gris, ha de residir forzosamente el ejercicio de las facultades anímicas, bien de *consensus* instintivo, bien de conciencia racional, no dará la solución del problema psico-físico un solo paso, mientras este su primer despejo no haya tenido lugar. Más breve, porque es tarde; hay que encontrar en el encéfalo las placas, los corpúsculos, los aparatos específicos del pensar, distintos de las células gris, como en su día se encontraron en la retina los conos y palitos, en el oído las clavijas de Corti, y en todo lugar de sensación ó movimiento los aparatos específicos de cada una de esas particulares misteriosas funciones, independientemente de la obligada compañía de aquellas células, en cuanto meras generadoras y acumuladoras de energía. Ello es que la Anatomía toca á su límite, y que dentro de poco, ó degenera en Metafísica espúrea, ó nos da la sorpresa de una nueva vía de investigación.

Y quédese esto aquí, pues no dispongo de espacio ni para lo que dejo indicado.

Más adelante arbitraré una justa compensación.

**B.***Novedades fisiológicas.*

Pocas son éstas. Á pesar del Congreso de Basilea, celebrado en Agosto, donde se congregaron 123 fisiólogos de los más distinguidos de entrambos mundos, y que, por el carácter experimental que se proyectó dar á sus sesiones, debía de dar como ningún otro una brillante condensación de los recientes descubrimientos, no ofrece la Fisiología en el fenecido año ningún hecho nuevo, ningún adelanto claramente determinado (1).

Acercas de las vías de transmisión en el cerebro, presentó el Dr. His, de Leipzig, una contribución, más que fisiológica, anatómica; pero vaga, sin ninguna conclusión firme, aun en el orden orgánico ó de textura. De la eliminación de ciertos venenos por los riñones; de la formación de la linfa; de la fatiga cerebral y de sus relaciones con la muscular; de la diabetes consecutiva á la extirpación del páncreas; del pulso arterial; del modo de preparar las carnes para mejor digerirlas; de la influencia de los nervios en la circulación cerebral; del funcionamiento del corazón embrionario al segundo y tercer día; de la acción termógena de ciertas sustancias eliminadas por microbios; de las relaciones entre la circulación grande ó nutricia y la pequeña ó respiratoria; de la deglución; de la acción del hígado sobre diversos venenos; de algún nuevo fermento sospechado en la sangre, y de otras diversas cosas, discurrieron muy doctos y expertos

(1) De los innumerables Congresos á que la Exposición de París ha dado ocasión, no doy cuenta, por no haber producido ningún resultado digno de figurar en esta sinóptica reseña.

profesores ; pero sin que de sus discursos, y acaso experimentos, saliera cosa alguna que constituya positivo adelanto. Es decir, que entre ripios y lucubraciones se pasó un tiempo según convocatoria destinado, como cosa de iniciativa inglesa, á aprovecharlo. Y es que la investigación, cuando la naturaleza ha sido ya muy interrogada, y puesta en el potro experimental por mucho tiempo bajo un determinado proceder, ya no responde ; bien como el acusado en tortura, que al fin pierde el sentido, por la misma monotonía de un determinado sufrir, resultando inútil la porfía en interrogarle. ¡ Como que ya en los últimos tiempos de Claudio Bernard no sabía el organismo viviente lo que se decía, de puro martirizado ! En Fisiología, como en Anatomía, hay que buscar otro camino, ó aguardar á un nuevo Bichat que nos le muestre.

Tres cosas, sin embargo, en medio de tanta vaguedad, ofrecieron entre los trabajos de dicho Congreso un positivo interés: 1.<sup>a</sup> La presentación por Goltz, de Estrasburgo, de un perro vivo, al cual había extirpado, hacía ya un año, el hemisferio cerebral izquierdo, con la particularidad de que, lejos de estar el animal incapacitado de servirse de la pata delantera del lado opuesto como órgano prehensorio, la manejaba á voluntad discretamente en cuanto se le impedía hacer uso de la derecha ; por más que, *motu proprio*, se valía siempre de la izquierda ; todo lo cual el Dr. Goltz demostró, cubriendo de piedrecitas un pedazo de carne y obligando al perro, mediante la sujeción de la pata izquierda, á que se valiese de la derecha para despejar de piedras la apetecida tajada. El mismo profesor aseguró haber logrado le viviera cincuenta y un días otro perro á quien, después de siete meses de haberle extirpado uno de los dos hemisferios cerebrales, le extirpó el otro. De la significación material

de este hecho, cuya novedad está en haberse logrado un éxito dentro de la superioridad de especie del animal sujetado á prueba, hablaré en la sección correspondiente á Cirugía operatoria cerebral. En cuanto á su significación fisiológica, no puede ésta ser mayor, pues el caso arguye lo que la experiencia clínica no ha demostrado aún, pero que la Anatomía clásica induce á sospechar, y es: que la total duplicidad de hemisferios, allende la médula oblongata, está constituida como la parcial duplicidad de los nervios ópticos allende su entrecruzamiento ó quiasma, es decir, de modo que cada mitad cerebral conste de elementos correspondientes unos al mismo lado, y otros al lado opuesto del cuerpo. De confirmarse por reiteradas pruebas el resultado del experimento de Goltz, resultaría la posibilidad de existencia de *tuertos cerebrales*, con igual capacidad, iguales facultades sensitivas, discursivas y determinativas que los individuos de cerebro íntegro; hechas todas las salvedades con cargo al hábito y al metódico ejercicio del hemisferio remanente sano.

La segunda contribución nueva y notable fué la del Dr. Albertoni, de Bolonia, sobre *Daltonismo auditivo* coexistente y correspondiente con el visual. Según Albertoni, los daltonistas por el *rojo* no perciben ó distinguen la nota *sol*, y los daltonistas por el *verde* no conocen la nota *re*, siéndoles imposible producir respectivamente dichas notas con las propias cuerdas vocales. Lo que me llama seriamente la atención, es que tales notas están entre sí en las relaciones fundamentales de cuarta y quinta; relaciones muy análogas á las fundamentales entre el rojo y el verde.

Por último: la tercera contribución nueva y curiosa, es la del Dr. R. Dubois, de Lyon, sobre la función foto-dérmica de algunos invertebrados desprovistos de ojos.

El paciente inquisidor de lo natural ha llegado á registrar esa capacidad de *visión cutánea* hasta el extremo de comprobar que la susceptibilidad del cuerno ó apéndice foto-eréctil es muy distinta, según la impresionen respectivamente los colores rojo ó verde.

### C.

#### *Novedades etiológicas.*

De los cuatro órdenes naturales de agentes capaces de provocar enfermedad, á saber: físicos, químicos, vivos y psíquicos, el primero fué bien estudiado por los antiguos y por los médicos del Renacimiento; el segundo lo fué con entusiasmo por los patólogos posteriores á Lavoisier; el tercero está siendo en la época presente objeto de trascendentales estudios, merced á los poderosos recursos de la técnica micrográfica, y, del cuarto, no diré que está todavía virgen de formal estudio, precisamente por haberme tocado en suerte ser el primero que los ha reducido á rigurosa doctrina (¹).

Ahora bien: para justificar la relativa pobreza del año 1889 en punto á descubrimientos microbiológicos, ó de agentes imperceptibles afiliados á la tercera categoría de causas morbosas, bastará reflexionar que, no bien comenzó el microscopio á certificar la antigua intuición médica del *Contagium vivum*, mostrándonos los diminutos seres cuyo transporte realizaba por su ulterior reproducción el hecho del contagio, cientos de investigadores se pusieron á trabajar, y como la tarea, aunque materialmente ardua, era por demás clara, concreta y

(¹) Obra citada, tomo II, páginas 608 á 713.

precisa en el orden racional, pues se reducía sobre cada determinado mal, á ver: 1.º, si era contagiabile; 2.º, de serlo, qué microbio se ocultaba en el material contagiante; 3.º, reducir el tal microbio á cultivo, ó, entre varios, buscar por cultivos separados cuál de ellos era el característico de aquel preciso mal, ha resultado que en pocos años apenas queda enfermedad que no haya sido sujeta á tan perentoria y segura información etiológica. He aquí, pues, por qué razón el año 1889 no abunda, como sus predecesores, en descubrimientos bacteriológicos. Es año pobre por agotamiento de la mina.

He aquí ahora las pocas pero interesantes novedades que dicho año nos ofrece:

1.ª Demostración terminante de que el *bacillus* de Nicolaier es el agente causal del tétano.

2.ª Triunfo experimental del *unicismo* sobre el *dualismo* acerca del microbio de Nepveu y Hüter, como causante común de la *erisipela* y la *linfangitis*.

3.ª Acumulación de nuevas pruebas en favor de la relación causal entre el *bacillus malaricus* (de Klebs y Tomasi Crudeli) y las fiebres palúdicas. Nuevo estudio, paralelo al anterior, del microbio de Laveran, defendido experimentalmente por el norte-americano Councilman, como el característico de dichas fiebres.—Total: litigio abierto.

4.ª Diversos trabajos de Boussy, Hayem y otros, acerca del carácter micróbico de la fiebre.—Causa perdida en principio, porque la fiebre puede notoriamente responder, según los casos, á causa física, química, viva ó psíquica.

5.ª Tentativa de inoculación del carcinoma á diversos animales.—Sin resultado definitivo.—El problema de si los llamados neoplasmas, ó tejidos aberrantes,

monstruosidades histológicas, son debidos á microbios, ofrece todavía dificultades técnicas de resolución.

#### D.

##### *Novedades técnico-diagnósticas.*

El doctor Bellarminofk comunicó á la Sociedad de médicos de Berlín un procedimiento para hacer más cómodo el examen del interior de los ojos, convirtiendo en superficie plana su pared anterior, mediante *cocainizar* la córnea, oprimirla con un cristal plano, y llamando por capilaridad al resquicio circular la cantidad necesaria de agua; con lo cual los órganos profundos se pueden percibir con la misma comodidad con que el interior de un *aquarium* se percibe á través de su cristal de cubierta. Empero, con sobrada razón, el doctor Schweiger hizo notar á la docta asamblea que iguales ventajas, sin tantas molestias y prolijidades, se obtenían con los ya conocidos cristales cóncavo-planos del doctor Fick, destinados á producir por simple adaptación á la córnea la apetecida planicie óptica anterior del órgano de la vista.

También en Rusia se ha presentado algo nuevo. El doctor Prussak ha ideado un procedimiento para medir la audición en estado normal ó patológico. No doy cuenta detallada de ese proceder, porque ni se presenta bastante madurado, ni tiene, por su naturaleza, condiciones prácticas de prosperidad.

En suma: que en punto á instrumental y procedimientos exploratorios, resulta muy poco favorecido el año 1889.

Un notable progreso ha ido causando estado durante dicho período, y es el del cateterismo, ó sondaje directo y especial de cada uno de los dos uréteres, á fin de proce-



der á la determinación precisa, segura, de cuál de los dos riñones es el que debe ser extirpado, ú objeto de otra operación grave, ó si es inútil proceder sobre él, por estar inhábil para sustituirle el otro, por razón de padecer, bien igual afección, bien otra distinta irreductible por medicamentos. Empero la verdad es que esta idea y su primera ejecución por Axel Iversen, de Copenhague, datan de Abril de 1888, según puede verse en el número correspondiente de la *Centralblatt für die Chirurgie*.

**E.**

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO DE MADRID  
*Novidades higienísticas.*  
MADRID 1889

Ciñéndonos al asunto, podemos afirmar que, por punto general, la higiene ha dedicado el transcurso de 1889 al desenvolvimiento de los temas pendientes, sin ofrecer, por tanto, ninguna concepción original, ninguna aplicación nueva.

Entre lo poco excepcional, recuerdo:

1.º El nuevo desinfectante llamado Salufer (fluoro-silicato de sodio), por el doctor Mayo-Robson.

2.º La delación del teléfono por el doctor C. J. Blake, acusándole de perjudicar á las personas de oído delicado ó achacoso. (Refiérese á los receptores ordinarios y á la ordinaria oblicuada manera de aplicarlos al oído.)

3.º La desinfección al vapor, ó por medio de éste, de los instrumentos quirúrgicos, vendajes y apósitos, por el Dr. Ratimov.

4.º Los experimentos de Mugnai acerca de lo difícil y prolijo que es lograr la desinfección ó, mejor dicho, la purificación de las manos, á los efectos del ordinario cui-

dado de enfermos, y más aún del relativo de las manipulaciones operatorias.

5.º La interesante comparación entre los estragos recientemente causados por la viruela en la Martinica y en Pantin, donde no hay propaganda de vacunación, y las extremas reducciones de 1 por 100,000 y de 0'6 por 100,000 respectivamente en Berlín y Londres, donde la vacunación es obligatoria. El interés de este resultado afecta, de una parte á las relaciones médico-políticas, y de otra al valor positivo que en la conciencia de los médicos antivacunistas tenga tal resultado, ante los motivos, por cierto nada desatendibles, de su pertinaz actitud.

6.º Los recientes experimentos del Dr. Voïtoff, que parecen confirmar su hipótesis de la pluralidad de especies micróbicas en la perfecta y eficaz vacuna humana, ó vacuna *symbiótica*, como el autor la denomina. Según Voïtoff, ni la ternera ni la vaca son aptas para mantener indefinidamente las varias especies vivas que en la linfa vacuna humana se contienen, y por esto á la cuarta generación vacunal de res á res, el virus ya ha perdido su intensidad y eficacia. Acerca de esto, y valga lo que valiere esta mi opinión, diré que la experiencia acumulada por los años de 1871-72, con motivo de haber fundado la primera sociedad española para la aplicación de la vacuna animal (Barcelona), me obligó á reconocer que la ternera debe ser considerada, no como un *vivero*, sino como un *filtro de purificación* de la vacuna de brazo á brazo.

7.º Los resultados estadísticos del Dr. Bujivid, de Varsovia, cuyo resumen es: De 104 rabiosos auténticos ó sospechosos, tratados por el método Pasteur, un muerto ;

De 193 tratados en conformidad con los estudios de Frisch, ocho muertos.

De 370 casos (30 de ellos con mordedura en el rostro) tratados por el método pastoriano, modificado por el autor, ningún muerto.

Este método se reduce á inyectar médulas de 13 á 3 días, en serie de á 2 inyecciones diarias y de 4 días, de esta manera :

| DÍAS.         | MÉDULAS.       |
|---------------|----------------|
| 1.º . . . . . | de 12 y de 10. |
| 2.º . . . . . | de 8 y de 7.   |
| 3.º . . . . . | de 6 y de 5.   |
| 4.º . . . . . | de 4 y de 3.   |

De llegar todo esto á confirmarse, por más dilatadas estadísticas, resultaría haber logrado conciliar la *eficacia* y la *inocuidad* del virus lisemático intenso.

## F.

### *Novedades nosológicas.*

Tan espigado está el campo de estudio de las entidades morbosas, ó conjuntos anormales llamados enfermedades, que apenas ofrece la ciencia en 1889 resultado alguno digno de mención expresa. Lo más interesante que lleva registrado, es : 1.º, el raro caso de corea localizada en los músculos del velo palatino, y bastante intensa para que las alternativas de elevación y depresión valvulares de dicha parte se acusasen al oído de los observadores, doctores Shadie y Backer, por un continuo *tic tac* ; 2.º, la neurosis obstruccional ó congestiva alternante del oído externo y medio, aparecida tempo-

:

ralmente cada año en 1.º de Junio, en una enferma observada por J. N. Mackenzie; 3.º, un importante estudio de la rabia en los rumiantes, y 4.º, la noticia del Dr. Le Roy de Mericourt afirmando, por experimentos hechos en indígenas de las islas Hawai condenados á muerte, que la lepra tuberculosa es contagiable.

### G.

#### *Novedades terapéutico-médicas.*

Persistió con violencia en 1889, como en el transcurso de sus predecesores, la irrupción de nuevos remedios. La coronila (afec. card.), el cloralamido (hipnot.), la lactosa (diurét.), la cornutina (uterino), el oxalato de cerio (oclus. intest.), la *chimaphila umbellata* (diurét.), la histerionica (c. diarr. tísicos), la acetisfenilhidracina (antipir.), la pirodina (íd.), la ergosterina (nuevo deriv. del cornez.), el succinimido de mercurio (síf.), el nitrito de potasa y cobalto (med. vasc.), la schischoltzia californica (hipnót.), el persulfuro de hidrógeno (?), el mentol (tuberc. laring.), el ácido ósmico (inyec. parenquim.), la criptopina (n. deriv. del op.), el ácido fluorhídrico (c. bacilo tuberc.), la fenacetina (analg.), el *sedum acre* (doctor Gunst., contra neopl., escorb. y ret. urin.), la antiseptina, la quinotoxina, la nitroglicerina, la saccarina, la creolina, el cloruro de iodo, la heleborina, la antipirina, la estrofantina, la esparteina, la linolina, la etoxicafeína, el cloruro de metileno, el tribromofenol, la hidrantina, el ácido fenispropiónico, el metilacetanilido, el hidrato de amileno, la *Hedivigia balsamifera* (succed. del curare), la efedrina, el sozayodol, el canadol, el guayacol, el ic-

tiol, el acetamido, la coniina...., un sin fin de recetas contra la difteria, etc., etc., etc., he aquí lo más *fashionable* del año en el orden farmacológico.

Además, en Rusia—actual foco de la actividad médica, así en el orden experimental como en el clínico,—renació muy acentuado el tratamiento de la sífilis por las inyecciones hipodérmicas mercuriales, doctores Sujov, Petersen, Chernogubov, Berman y otros; preconizando el último la de sublimado; tratamiento que no debiera haberse abandonado nunca, y cuyo descrédito nació de su desatinada aplicación (1).

Finalmente: durante el referido período se ensayó la virtud del oxígeno y del aire comprimido contra la bronquitis capilar de los niños, se descubrieron nuevos efectos interiores del tratamiento suspensivo por el aparato de Sayre, de Nueva York, aplicado á las diversas afecciones crónicas de la médula espinal, y se repitieron algunos por ahora poco afortunados intentos de bacterioterapia, ó cura por concurrencia de microbios contra microbios.

## H.

### *Novedades terapéutico-operatorias.*

Razón tiene nuestro Federico Rubio al afirmar que la cirugía moderna, llegada al término de su ardua misión, se niega á sí misma (2). En efecto: los cirujanos ya no

(1) Véase á este propósito el opúsculo del Dr. D. Salvador Badía: « Tratamiento de la sífilis por las inyecciones hipodérmicas de sublimado.— Métodos comparados del Dr. Lewin y del Dr. Letamendi »: Barcelona, 1873.

(2) Discurso inaugural de la Real Academia de Medicina de Madrid para el año literario de 1890-91 (todavía inédito á la fecha en que corrijo estas pruebas).

existen; porque, si medican, son médicos, por más que el daño se llama quirúrgico, y, si operan, son *escultores sobre el vivo*, no cirujanos; tal es la pericia, tal la seguridad, tan racionalmente fundado el atrevimiento con que abren ó cierran, quitan ó ponen, extirpan, reseccionan, ingertan, trepanan ó en otras variadas formas disciplinan los más aristocráticos órganos en sus materiales aberraciones. Los procedimientos de anemia local, de anestesia local ó general y de antisepsis y asepsis, ó, mejor expresado, de absoluta pulcritud, constituyen las tres firmes bases en que descansa la obtenida perfección operatoria.

Ultimar, siquiera en principio, esta labor de perfección artística, ha sido el máspreciado timbre que en el orden clínico puede reclamar el año médico de 1889.

He aquí, en el modo lacónico á que las exigencias de lugar me obligan, un sumario de los más interesantes pasos.

Feliz tentativa de cura quirúrgica de ciertos catarros nasales crónicos (Dr. Trasher, norte-americano).—Casos de extirpación parcial de la laringe (Dr. Hüster, Berlín).—Id. de extirpación parcial de las paredes abdominales (Dr. Perier, París).—Método de Troyanov aplicado á la ligadura de las grandes arterias atacadas de ateroma (doctores Fr. Joltsov, Linhart, Tarabeuf, Heineke y Hepner, rusos).—Sutura de la retina para readherirla á la coroides, en el grave caso llamado *despegamiento* retiniano (Dr. Galezowski, París).—Igual resultado por inyección iodada intraocular (Dr. Schöler, alemán).—Importante discusión acerca de la preferencia entre la extirpación total y la parcial del cáncer uterino (doctores Bœully, Verneil, Richelot, Kirmisson y Pozzi, París).—Aporte de nuevas felices curas de abscesos cerebrales por la trepana-

ción.—Tratamiento radical de la hernia de la ingle taponando anillo y conducto con un muñón formado con el saco mismo contentivo de la entraña herniada (Dr. Barker).—(De la bondad del tratamiento respondo, porque de propia idea lo apliqué en 1862, con felicísimo éxito, en un empleado de la Estación de Mataró, y recuerdo bien que mi operado era cercano pariente del distinguido publicista D. Pompeyo Gener, muy niño entonces, pero que quizá conserve recuerdo de aquella cura, que fué, por circunstancias excepcionales, de lo más arduo de mi práctica operatoria.)—Casos de lavado del peritoneo como tratamiento curativo).—Nuevos casos de resección de los nervios.—Pruebas prácticas de ventaja en reducir las hernias diafragmáticas, no desde el vientre, sino desde el pecho, á pesar de la aparente gravedad del proceder.—Inclinación manifiesta á extender la trepanación á la cura de la epilepsia esencial, en vista de su inocuidad y de las observaciones hechas sobre el tratamiento operatorio de la sintomática (Dr. Bernardini).—Caso de neurosis femenina ú ovárica curada por la castración.—Casos prácticos de sutura de la rótula y de la ósea en general.—Casos notables de curas debidas á la aplicación del trépano merced al actual conocimiento de las localizaciones, ó, mejor dicho, topografías fisiológicas cerebrales.—Resolución total de un bocio por su extirpación parcial.—Utilidad de hacer incompleta la extirpación del bocio; pues, dada la función fisiológica del cuerpo tiroides, resulta que, para el operado, la diferencia entre quedar absolutamente privado de esta glándula cerrada, ó quedar con algo de ella, le importa sobre unos dos ó tres millones respectivamente de menos ó de más de glóbulos por milímetro cúbico en su sangre.—Finalmente: ha sido el *punctum saliens* del arte durante el fe-

necido año la aplicación que del aparato suspensivo ideado por el norte-americano Sayre para la colocación de corsés ortopédicos, hizo el doctor ruso Motchoukowsky (de Odessa) al tratamiento de la tabes dorsal, ataxia locomotriz progresiva....., etc., habiéndose llegado, de ensayo en ensayo, hasta á la adopción de ese estiramiento del eje y de las raíces de los nervios para la cura, ó, más cuerdamente expresado, para el esperezo de la impotencia sexual. Ya en Noviembre último el Dr. P. Black, algo alarmado por algunos fracasos, llamó la atención acerca de las contraindicaciones de tan extremo y extremoso recurso. No lo hizo sin fundamento; que, al fin, y bien mirado y remirado, aceptar el proceder de Motchoukowsky es someterse.... á una dosis de horca. Las operaciones muy heroicas no han de llegar á hacerse de moda: han de ser muy bien estudiadas, han de ser además muy pronto ceñidas á sus justas indicaciones, y, sobre todo, no deben ser ejecutadas sino por los príncipes del Arte.

I.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEOR BARCELONA

*Novedades dinamoterápicas.*

Nada digno de especial consignación han ofrecido aquellos procedimientos terapéuticos fundados en la pura administración, aferente ó eferente, de *fuerzas*, sin propinación de *materia*, como la electroterapia, la magnetoterapia, la metaloterapia, la termoterapia y la misma hidroterapia, considerada como una termoterapia por la vía húmeda.

Cuanto al procedimiento de electrolisis sobre el útero, la señora Kleif ha ideado una sonda-electrodo, de 4 mi-



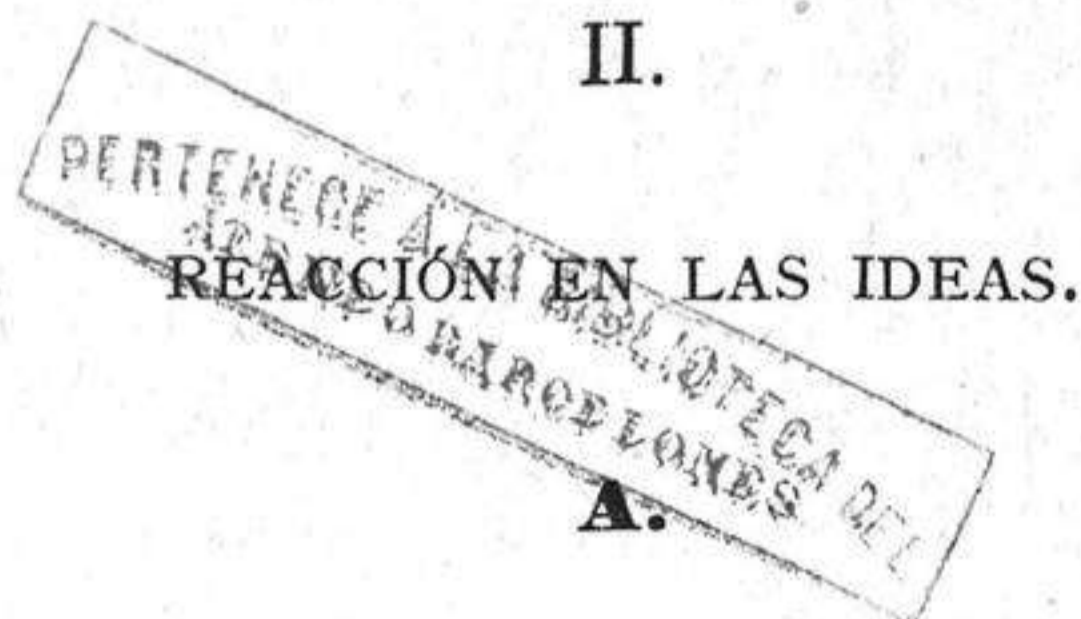
límetros de diámetro y 1,5 de luz, que puede ser aplicada al caso, no sólo sin el engorroso auxilio del espéculum, sino también á través del orificio normal del himen en mujeres vírgenes atacadas de afección uterina, susceptible de tratamiento electro-terápico.

Cuanto á sugestión, arbitrio dinamoterápico por excelencia, y que bien pudiera con adecuado nombre llamarse *Buleseo* ó *Para-buleseo-terapia*, como quien dice: «Cura por la voluntad propia, ó por imposición de la ajena», lo más notable del año ha sido la extensa carta de nuestro primer hipnólogo Dr. Sánchez Herreros, catedrático de Valladolid, al Dr. Suñé y Molist, director de la *Revista de Laringología, Otología y Rinología*, comentando la relación del extraordinario caso de cura de la sordo-mudez congénita, obtenida por el primero «á costa de larguísima y penosa labor hipnótico-sugestiva<sup>(1)</sup>». En esta carta, el Dr. Sánchez Herreros insiste en las declaraciones terminantes hechas ya en su obra *El Hipnotismo y la Sugestión*, á saber: Que cuanto de misterioso é incomprensible hay en los hechos auténticos de este orden psico-físico, sólo tiene su explicación natural y clara en la doctrina médica individualista, ó unitaria<sup>(2)</sup>.

(1) Véase el número de Noviembre de la citada Revista.—Barcelona, 1889.

(2) Véase mi ya citada obra, *Curso de Patología general*.

## II.

*Reacción anatómica.*

¡Cómo cambian con los tiempos las ideas en asuntos que no consienten racional mudanza! Todavía á mediados del corriente siglo, cuantos ejercíamos el profesorado anatómico nos veíamos obligados á disipar el por entonces común error de que un cabal y detallado conocimiento anatómico tan sólo á los cirujanos operadores era necesario. La generalidad de los médicos, no ejercitada aún en el arte á la sazón ya floreciente del diagnóstico, y de todo punto ignara de las finuras experimentales de la fisiología, no acertaba á ver en los primores del conocimiento anatómico más que una preparación para el atildado operar. Hoy, á la inversa, llegadas á suma perfección y difundidas de día en día las artes diagnóstica y vivisectoria, no cabe ya negar la utilidad médica de la *anatomía fina*; empero,—y esto es lo grave y peligroso de la reacción,—se niega su utilidad quirúrgico-operatoria. Sin ir más lejos, sin salir de Madrid, en una importantísima discusión sostenida durante una buena parte de 1889 en el seno de la Real Academia de Medicina, surgió, como vaho del estado general de los ánimos, un curioso episodio polémico sobre *anatomía y anatomismo*, donde se puso en tela de juicio, siquiera por breve espacio, el valor del conocimiento anatómico de precisión en medicina operatoria.

Tan brusco altibajo en los juicios puede una colectividad darle sin razón, mas nunca sin motivo material que explique el engaño. Y, en efecto: al ver que para un gran número de muy graves operaciones la anestesia y la isquemia local convierten las más intrincadas partes en una masa indiferente y homogénea, donde cabe, en un momento dado, operar como en barro de escultor ó en queso de Gruyère, consintiendo toda providencia consecutiva las mayores prolijidades en punto á ligaduras, correcciones, adaptaciones, etc., se ha creído por muchos poder concluir de esto á la inutilidad de la maestría y pericia anatómicas.

Tan grave y trascendental error urge desvanecerle, antes que, tomando cuerpo entre los prácticos, viniese á causar estado en el ánimo de los adolescentes escolares, retrayéndoles del cultivo teórico y práctico de una ciencia que es como alfabeto perpetuo de la medicina. Juicios como el que se refiere á la estimación de los estudios anatómicos no deben jamás encomendarse á las mudanzas y veleidades de lo accidental, de lo casuístico, de lo particular, cuando no transitorio, sino á los eternos principios de razón. Y pues el cuerpo humano es el objeto de conocimiento y acción del médico, su organismo ha de ser magistralmente conocido y manejado, no según las exigencias concretas de cada época ó de cada evento, sino según la perpetua racional exigencia de todo conocimiento profesional. Y si no, dígaseme: si á mediados de este siglo la generalidad de los médicos no hubiese sido tan pigre y torpe en punto á Anatomía, ¿hubiera tardado tanto como tardó en difundirse el Arte del diagnóstico? Y si hoy se entibia la educación anatómica, ¿á quién confiar las mil y una operaciones delicadas y finas que en diversos lugares del cuerpo pueden estar indicadas en

individuos ó en regiones anatómicas que, por formal contraindicación, no consientan las facilidades que la isquemia local y la anestesia brindan? Y, aun prescindiendo de esto, ¿cómo formar juicio fisiológico, ni menos aún diagnóstico, si llegare á decaer la educación anatómica? No: no será digno nunca de llamarse médico quien no domine, hasta el más microscópico detalle, toda la Anatomía de su tiempo. Es la Anatomía un cabal alfabeto con sus *mayúsculas* descriptivas y sus *minúsculas* histológicas, y con ellas se constituye el lenguaje de común inteligencia entre el organismo y el médico su curador. Quien no posee á la última perfección ese lenguaje, ni puede entender los ayes de la naturaleza viviente, ni puede, con el medicamento ó el instrumento operatorio en las manos, darle á entender á ésta lo que á su salvación conviene.

En definitiva: conforme ante los azares de la vida conviene ser gimnasta porque vale más que la fuerza espere la ocasión, que verse en la ocasión sin la debida fuerza; asimismo, aun en medio de los más admirables adelantos, debe el médico ser consumado anatómico, porque vale más que la anatomía aguarde su aplicación, que encontrarse, á la hora de la aplicación, sin recursos anatómicos para realizarla.

## B.

### *Reacción fisiológica.*

Mezclada con la reacción, peligrosa por lo falsa, que en el orden anatómico acabo de exponer y combatir, siguió manifestándose acentuadamente en el transcurrido año otra muy fundada y cuerda en el orden fisiológico.

Esta reacción viene motivada por el vacío clínico que en los ánimos ha dejado la campaña fisiológica del ilustre Claudio Bernard. Los beneméritos predecesores de éste, los insignes experimentadores Ch. Bell, Bichat, Müller, Burdach, Magendie, Longet, etc., cuyas indagaciones honraron la primera mitad del siglo, disfrutaron de dos ventajas: una, la de ocuparse en la resolución de los problemas primarios; otra, la de haber alcanzado una época en la que todavía el mal llamado Positivismo no conturbaba los espíritus, alejándoles de aquella dirección realmente positiva que en la experimentación deben mantener y habían mantenido durante toda la era moderna. En cambio á Claudio Bernard le cupo en suerte, de un lado, acometer la resolución de los problemas derivados, de los problemas más íntimos, y por tanto de más ardua resolución dentro de la tan complexa cuanto solidaria individualidad viviente, y, de otro lado, obedecer, falto de condiciones de pensador por cuenta propia, á las corrientes positivistas, particularistas y anti-unitarias de su tiempo; dirección la más halagüeña por lo encaminada á aplausos y glorificaciones de momento; pero no la más propia para legar á las futuras generaciones algo útil definitivo y perpetuo. Entregado Claudio Bernard al determinismo, no acertó á ver más allá del particularismo ó topografismo anatómico-funcional, no quedándonos de su escuela más que, en Alemania, esa turba de picapedreros científicos que en su labor experimental, reducida á ranas y conejillos de Indias y á las partes de las partes de los órganos de esos infelices seres, cada día nos aparta más y más del sentido individual y del sentido humano, y, por lo tanto, de aplicación clínica de la Fisiología; y en el colegio de Francia el heredero directo, aunque antecesor por edad, del gran experimentador, el

anciano Brown Séquard, ocupado y preocupado hoy con la idea de que ha descubierto lo que él mismo llama «Inyección de juventud» (1).

El resultado positivo de todo ello es la reacción que en punto á convicciones fisiológicas se nota entre los médicos, en busca de algo que conforte su inteligencia y sirva más para curar enfermos que ese cantonalismo fisiológico en que la enseñanza se agita.

Lo más grave del caso es la intrincada mezcla que en los mismos se advierte de reacción anatómica, á todas luces errónea, según vimos, y reacción fisiológica, á todas luces sensata, según acabamos de ver. Por mi parte, desde 1884 tengo resueltamente señalado el camino que á los intereses de la ciencia y de la humanidad conviene tomar, y cuáles son las condiciones á que la Anatomía y la Fisiología deben sujetarse para su ulterior y seguro progreso (2).

### C.

#### *Reacción antropológica.*

Pocas decepciones se habrán visto en punto á investigación material que igualen á la que el común de las gentes va llevando ante el fracaso de la sediciente Escuela antropológica. Y en verdad que para no preverlo era menester toda la insustancialidad filosófica de esta segunda mitad de nuestro siglo, porque el éxito, por tan errado camino, era imposible.

(1) Véase acerca de esto el muy sensato artículo del Dr. Cortezo, publicado en *El Siglo Médico* de 21 de Julio de 1889.

(2) Obra citada. T. I, princ. XII: *De la verdadera Anatomía*, páginas 296 y 356.

El *primer error* de la llamada Escuela antropológica consistió en la impaciencia de especializarse antes de nacer, movida del afán de imponerse á la vetusta y más que caduca ciencia del derecho penal. Fué esto pretender *matar á un viejo para sustituirle con un aborto*.

El *segundo error* estuvo en proponerse instituir un género natural agrupando especies convencionales. En efecto: el delincuente ante el biólogo, ante el médico, no resulta, ni como género ni como especie, un tipo natural. Lo que naturaleza humana da es el malvado, ó el maleado, y éstos, tan malos son y tan mal obran si caen en infracción del Código penal como si por suerte ó por propio ingenio le eluden, cometiendo actos que, con ser punibles, quedan impunes, bien porque ofrecen, bien porque no consienten prueba legal. El concepto, pues, de criminal nato, es estrecho y falso. Lo que la verdadera Antropología debe determinar es *el tipo del malvado nato* y el *proceso psico-físico de maleamiento del bueno*; lo primero para la natural corrección; lo segundo para la adecuada profilaxis.

El *tercer error*, derivado del segundo, fué creer que es dado formar la ciencia de la condición criminal sin más que estudiar los criminales, siendo así que, en todo caso, un estudio meramente adjetivo, como el de la criminalidad, sólo puede fundarse en el total conocimiento del hombre, que es el sustantivo á quien el atributo en estudio se refiere. Hubiera la petulante escuela italiana comenzado por ahí, y muy otra sería hoy su suerte, porque el análisis más indispensable, el de las relaciones entre lo moral y lo físico; análisis para el cual todos, sin excepción, hallamos en nosotros mismos desarrollados en diversa medida y proporción, pero presentes, todos los gérmenes, así del bien como del mal, le hubiera

conducido á la verdadera y única Antropología (1).

El *cuarto error*, por verdadera obcecación de escuela, fué tomar por punto de partida una actitud ultra-correcionalista, para, á la postre, volver grupas, pasando de los primores de un verdadero romanticismo penal, á una entusiasta predicación de las excelencias de la pena de muerte, como procedimiento de selección social; volviéndonos, en nombre de las ideas modernas, al darwinismo práctico inconsciente de Torquemada. Porque si es cierto que á Doña Isabel, llamada la Católica, lo que le interesaba del procedimiento era la secuela de la confiscación, de creer es (pensando piadosamente) que al Gran Inquisidor lo que le movía era el místico empeño de obtener *la selección del linaje humano por la depuración de la fe católica*. El fondo no puede ser más evolucionista: la forma es sólo cuestión de procedimiento. El positivismo, pues, al querer aplicar su Antropología á lo penal, ha parado en lo que forzosamente debía de parar; en el brutal materialismo de las antiguas potestades.

El *quinto error*, finalmente—y conste que si acabo es por falta de espacio, no de tarea analítica—ha sido, entre los afiliados á la flamante escuela, el de prestarse á declarar sobre responsabilidad de un supuesto criminal, siendo ellos deterministas; flagrante contradicción, puesto que en el mundo de las ideas, el criterio determinista, arrasando el fuerte tabique divisorio entre la pasión y la locura, y entre el arretrato y la maldad innata, fría, calculadora, déjalo todo reducido á casos particulares de mero automatismo.

Ello es que á estas fechas ya no hay modo hábil de inteligencia acerca de tan *positivos adelantos* entre dos

(1) Véase mi discurso *La Criminalidad ante la Ciencia*, pág. 47 y siguientes: Madrid, 1883.



solos hombres de los que componen la cohorte internacional de sedicentes antropologistas, y que todo el fruto que han venido á producir sus improcedentes indagaciones queda reducido á la relación de herencia, íntima por tanto y oculta, pero real y efectiva entre la degeneración, la locura y el crimen, y al papel que la epilepsia, como vía común á una ú otra de las dos últimas, ejerce: cosas todas que la tranquila marcha de la especialidad neuropática hubiera descubierto sin tantas pretensiones, sin tantas petulancias, sin tantos humos redentorios, sin tantas contradicciones médico-jurídicas.

No he de acabar este párrafo sin que de la verdad del actual estado del asunto antro-po-jurídico venga á dar fe el médico español más ferviente campeón del positivismo antropológico, pero al mismo tiempo, y por raro mérito entre nosotros, uno de los espíritus más libres, más independientes, más apasionados de la verdad por la verdad con que se honra la Medicina patria (1).

«Ni la conformación exterior,—dice mi querido colega,—ni el peso, ni la medida, ni la excesiva longitud de los brazos, ni el ser ambidextros, ni la braquiocefalia, ni la dolicocefalia, ni el diámetro frontal, ni la circunferencia del cráneo, ni la mayor capacidad orbitaria, ni los pómulos salientes, ni el prognatismo, ni la asimetría, ni las anomalías de las orejas, ni el estrabismo, pueden considerarse como signos precisos del criminal nato, pues que, á más de hallarse en los sanos sin tacha, aisladamente, el conjunto implica más bien deformidades, accidentales unas, ó hereditarias otras, que pueden á lo sumo indicar rasgos degenerativos. Las alteraciones cadavéricas ha-

(1) Véanse los dos artículos del distinguido neurópata y alienista Dr. D. José M. Escuder, intitulados: *El loco y el delincuente* y *Los criminales*, insertos, como parte de una interesante serie, en los números 84 y 85 de *La Medicina práctica*. (Septiembre de 1889.)

lladas en los cerebros de criminales, á lo sumo, lo que permiten afirmar seguramente, no que sean signos propios de criminalidad, sino de meningitis, parálisis, adherencias de las cubiertas del cerebro, etc., es decir, señales de que la enfermedad lo mismo ataca al hombre honrado que al que no lo es. La foseta media de la cresta occipital interna, que Lombroso indica como signo de criminalidad, no tiene este valor, ni absoluto ni relativo, por cuanto la autopsia la revela todavía más en los que no lo son. La Anatomía cerebral no descubre, según Benedikt, Hanot, Giacomini y Feré, carácter alguno distintivo entre el encéfalo honrado y el delincuente. Las circunvoluciones no son igualmente normales en todos los casos; las divisiones no tienen una constancia absoluta: ningún cerebro es exactamente simétrico; los caracteres nerviosos de insensibilidad física y moral, perversión, vanidad, venganza, crueldad, vagancia, etc., que Lombroso echa en la cuenta del criminal, no sirven ni como complemento para crear el *criminal nato*, por cuanto también se hallan en todo ó en parte en los que no delinquen. El hombre honrado no está definido, no se le conoce», etc.

Y en otro lugar, refiriéndose á la inmoralidad como característica del criminal: «Garofalo y Lombroso se han refugiado en esta última trinchera, creando una enfermedad nueva: la *locura moral*. Pero ¿existe la locura moral? En Italia mismo, uno de los fundadores de la *Rivista psichiatrica*, el sabio é ilustre médico alienista Morsselli, ha protestado elocuentemente contra la creación de este tipo patológico nuevo; y no sólo Morsselli ha negado existencia real á la locura moral, sino que el mismo Lombroso ha tenido que reconocer que los llamados por él locos morales padecían la epilepsia larvada».

.....

Por último: al dar nuestro distinguido compatriota una reseña del más reciente esfuerzo de la secta antropológica italiana, de la obra de Marro, titulada *I caratteri dei delinquenti*, libro de grandes pretensiones científicas, apoyado, sin embargo, en la pobrísima y, por lo mismo, inelocuente estadística comparada entre 542 criminales de ambos sexos y 100 personas «honradas á carta cabal», de donde resultan enormidades como las de que los delincuentes son, por término medio, dos centímetros más bajos y nueve kilos más flacos que los hombres de bien, y así consecutivamente.... reconoce que los antropólogos están algo discordes en la materia; pues mientras Bordier, Meyer y Dalbmester afirman de la mayor capacidad craneana de los asesinos, comparada con la de los hombres honrados, Ferri y Benedikt sostienen lo contrario, al paso que de la estatura y peso, cualidades predominantes en los delincuentes, según Lombroso, aseguran Thompson, Virgilio y Lacassagne, que predominan en las personas honestas.

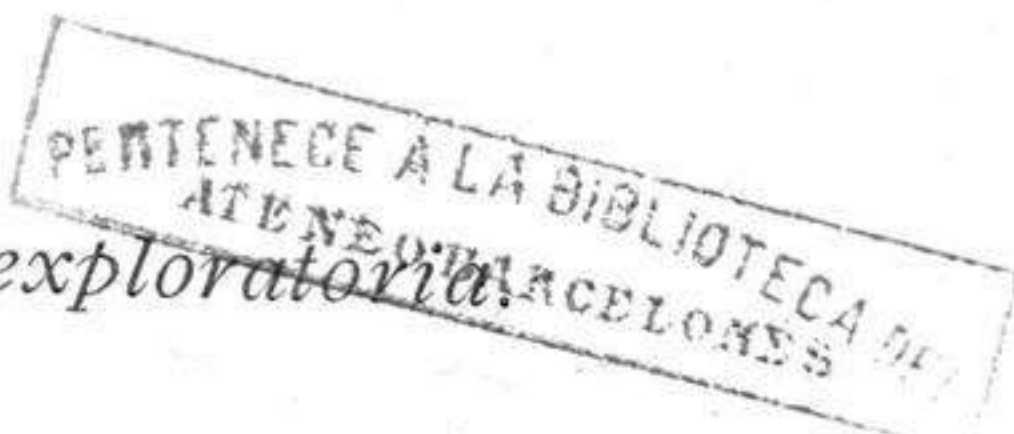
Ahora, ante tales declaraciones, tan valiosas por lo taxativas, auténticas y autorizadas, juzgue por sí mismo el lector, así del fundamento de mi crítica como de la reacción deceptoría que, en el ánimo de todo médico desasido de compromisos de escuela, debe de estarse operando respecto á las conquistas y esperanzas de la novísima Antropología criminal. Decididamente hay que rehacerla *a capite ad calcem*.

**D.**

*Reacción técnico-exploratoria.*

Si un médico de los infinitos que por dura perpetua necesidad debe ocuparse en la visita general, hubiera de

:



aplicar á sus clientes los más *perfeccionados* instrumentos diagnósticos inventados de unos quince años á esta parte, tendría que transportarlos en carretilla de casa en casa, y, de emplearles á conciencia, resignarse á trabajar como proletario, al justo y estricto ganar para el sustento del día, porque entre la aplicación y las prolijidades de sus *antes* y sus *despueses*, no le alcanzara el día sino para muy contadas visitas. Muéveme á plantear de tan cruda manera la cuestión, el natural empeño de ser á un tiempo breve y claro: lo primero, por lo alcanzado que de espacio ya voy; lo segundo, por el interés práctico del asunto.

Los primitivos modelos ideados para cada suerte de exploración fueron sencillos; así, por ejemplo, el laringoscopio inventado por el tenor García, reducíase á un espejito soldado á 45° á una varilla metálica, mientras que el de Fauvel, el espéculum laríngeo de Labordette, etc., son ya muy complicados y aparatosos. La propia relación hallamos entre el sencillo oftalmoscopio primitivo y el de Galezowski, etc. etc. Sucedió, pues, que la generalidad de los médicos, al ver que en esa puja de perfección había algo más, bien de prurito de paternidad, bien de espíritu mercantil, que de positivo adelantamiento y de espíritu práctico, fueron retrayéndose del empleo de unos medios muy estimables en principio. De suerte que un mismo facultativo ha pasado, en pocos años, por las tres etapas, á saber: comprar lo sencillo; luego, antes de aplicarlo bien, comprar lo más complicado y caro, y, finalmente, visto el engorro é infidelidad de ésto, abandonar ésto y aquéllo. Gracias si del general desahucio se han librado el minuterio para contar latidos, y el termómetro y el estetoscopio para aplicarlos....., á la buena de Dios; y no digo más por voluntad expresa de quedarme corto.

Reacción es esta que, por su extraña y peligrosa mezcla de fundamentos y error, es de suma urgencia encauzar. Intentaré hacerlo en la medida de mis fuerzas, y reduciéndome por hoy á formular los siguientes postulados clínicos.

1.º En principio, los instrumentos exploratorios complicados no son prácticos en ninguna profesión, y menos aún en la médica, por la urgencia del oficio, la intolerancia del paciente y las dificultades de mantenimiento y de recomposición.

2.º Entre los modelos sencillos, los resultantes de simplificación práctica de los complicados suelen ser, por lo perfecto de su sencillez, preferibles á los primitivos, pues la sencillez de éstos adolece de imperfección rudimentaria.

3.º La utilidad de un grande ejercicio en el manejo y aplicación de los instrumentos médico-exploratorios conduce á dos muy distintos resultados: 1.º, el resultado meramente *estético* de percibir bien aquello á cuya inspección en un momento dado se aplican, y 2.º, el resultado intelectual de una educación perceptiva, merced á la cual el práctico logra, en los ordinarios casos, que son los más numerosos, distinguir á sentido desnudo y con admirable claridad aquello mismo que sin tal educación no hubiera, ni percibido ni esperanzado percibir. Á favor de esta acumulación de experiencia cabe llegar á resultados verdaderamente admirables. Así buen número de alumnos de regular aptitud, adiestrados por mí mismo, han llegado, al poco tiempo de asiduos ejercicios de exploración instrumental, á determinar con grande aproximación y explorando sin instrumento alguno, á la 5.<sup>a</sup> ó 6.<sup>a</sup> pulsación, el total de pulsaciones por minuto; á los pocos segundos de palpitación, el valor termométrico de

la temperatura, y hasta á las 10 ó 12 pulsaciones el diseño diferencial de la curva esfigmográfica, etc., etc., etc....; de todo lo cual se completa el ejercicio, contraprobando por medio de los respectivos instrumentos la exactitud ó inexactitud de la práctica estimación y, en consecuencia, el grado de adelanto en la educación perceptiva.—(Algunas exploraciones, como, por ejemplo, la oftalmoscópica, no consienten la supresión del instrumento en ningún caso.)

Véase, pues, cómo en este resultado educativo del ejercicio instrumental, tan poco apreciado que ningún autor, que yo sepa, lo señala, ni menos aun reduce á sistema, está la mitad del secreto para la conciliación entre la multitud de instrumentos exploratorios y la imposibilidad práctica de aplicarlos en todos los casos. El resto del secreto está en la simplificación definitiva de los instrumentos y procederes expuesta en el postulado 2.º— Pruébalo el hecho constante de que precisamente los más notables especialistas son (salva temeridad de mantener en uso su propio invento) los que se sirven del instrumental y de los procederes exploratorios más extremadamente simplificados.

Cuanto á los análisis diagnósticos microscópico y químico, diré que soportan más la complicación instrumental y la prolijidad procesal, pues la regla es que ni vejan al enfermo, ni urgen en el modo y grado que las exploraciones. Son trabajos de laboratorio clínico aplazables y acumulables para un rato de reposado desahogo.

Tal es la solución práctica á la falsa disyuntiva entre proscribir la inestimable cohorte de instrumentos exploratorios, ó tener que llevarlos y traerlos en carretilla, repartiendo entre contados enfermos el tiempo cuya pru-

dente distribución ha de alcanzar á muchos. Lo bueno nunca fué enemigo de lo bueno; siempre entre dos bondades cabe amigable concierto.

**E.**

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
 ATENEOLÓGICA DE BARCELONA  
*Reacción etiológica.*

Muy general y hondamente sentida ha sido por la clase médica, durante 1889, la decepción causada por la notoria inutilidad que para los efectos de curar más y mejor ofrecen al práctico tanto y tanto descubrimiento de vegetales microscópicos ó micrófitos productores de otras tantas afecciones, agudas unas, crónicas otras, mortales muchas, cuya causa nos era, por más que sospechada como *contagium vivum*, científicamente desconocida. Pero hay en esta decepción lo que en la antropología y en tantas otras médicas y no médicas; parte de culpa en el decepcionado, por omisión de un dato indispensable como fundamento racional de la esperanza. En antropología he estado años de años predicando en desierto la necesidad de una formal restauración de la sana y única psicología. En etiología de los agentes vivos data de mucho más acá mi predicar; empero, desde 1884 en que vió la luz esta parte de mi citada *Patología general*, estoy clamando contra la omisión del dato relativo al papel que la naturaleza del paciente desempeña en la determinación y alcances de la naturaleza de la enfermedad, séase la que se fuere su exterior causa (1).

Por fortuna, siquiera en España por ahora, he visto evidentes muestras de que acerca la segunda decepción

(1) Obra citada. Véase toda la *Etiología de los agentes vivos*, páginas 533-608 (fascículos publicados en 1884).

no profeticé en desierto, pues es en donde se nota una más consciente y encaminada reacción en este sentido esencialmente clínico. En dicho año, cuando publiqué esta parte de mi doctrina, se estaba en la plenitud de las ciegas ilusiones. Entonces, cuando parecía que el microbio era la causa única de todo mal (hasta del mal de amores, estoy por decir), parecía como que bastaba propinar al enfermo una substancia microbicida para acabar con la enfermedad. Hoy todos los médicos ven que antes que con la enfermedad acabaría el microbicida con el enfermo, y que, al fin de la jornada, nos quedamos tratando, por ejemplo, el cólera como los antiguos bracmanes y la tisis como los abuelos de Hipócrates.

Bendita sea, pues, una reacción que, replanteando el problema con la totalidad de todos sus elementos, y llamando seriamente la atención hacia lo clínico, permitirá que la Medicina progrese en esta parte con paso firme y seguro.

**F.**

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
 ATENEO BARCELONÉS  
*Reacción higienística.*

Á la Higiene le está pasando lo que á todas las ramas del humano saber cuando atraviesan un período de esplendoroso desenvolvimiento; se desvanece, se infatúa, se ciega, se atonta. Encerrados sus especiales cultivadores dentro su esfera de acción, acaban por creer que en ella está la razón suficiente de su esencia, medios y fines, y un amaneramiento intelectual, nacido de la admiración de su propia obra, acaba por enervarles, con gran perjuicio del positivo adelantamiento. Muchos son ya los higienistas que han perdido por completo la vera noción



de la Higiene. Médicos, afirman que su ramo no atañe á la medicina; mas como ven que para proveer al saneamiento de nuestro organismo necesitan conocer toda la naturaleza cósmica, no aciertan á definir en cuál de las otras ciencias y artes, auxiliares todas de la Higiene, reside la competencia higienística. En verdad que por el propio desatinado discurrir pudiera decirse que ni la fisiología, ni la patología, ni la terapéutica competen al médico, pues para todas y cada una de ellas se necesita entender del universo entero, por obra del cual, ahora vivimos, ahora padecemos, ahora sanamos, no acertando asimismo á definir á cuál de las especiales jurisdicciones cosmológicas pertenece ninguna de las tres citadas asignaturas.

Hoy, asistir á unas oposiciones á cátedra de Higiene, causa una extraña mezcla de pena y risa; parecen los aspirantes tertulia de monomaníacos la víspera de huracán. Diserta el uno, como vinatero, del vino; de patatas el otro, ó de trigo, como labrador; un tercero se despacha en arte de alcantarillas, cual consumado destajista; un cuarto resulta ser fuerte en salazones y encurtidos, y, gracias á Dios sean dadas si en esta variadísima y distraída y hasta brillante procesión de gremios, se aparece por maravilla un opositor que nombre siquiera al hombre, principio, fin y término esencial de relación de la Higiene, objeto del certamen. Eso no es Higiene, eso es salirse de madre abandonando el cauce; enormidad que con no haberla cometido hasta ahora ningún río, en su desatinada estupidez, cométenla hoy por infatuación los sacerdotes de Higiea.

Y todo porque se ha logrado ya sanear, en lo más material y rudimentario, hospitales y cuarteles, escuelas y mercados, calles y casas, dándoles aire y agua, calor,

luz y regular aseo. ¿Y qué, si con todo ello no estamos más que en el comenzar del principio en la magna obra del saneamiento de la Humanidad en el planeta, y de éste para la Humanidad? ¿Á qué distancia no estamos aún de la educación de la voluntad humana, de donde ha de emanar el *exequatur* de la Higiene, así en lo íntimo como en lo circundante de nuestra naturaleza?

Pues así andamos de ideas en punto á Higiene en lo mejor de su movimiento progresivo; así estamos malogrando en liviandades intelectuales lo que debiéramos de haber prosperado á más y mejor en mejoramientos materiales.

Obligatoria es, pues, la sana predicación en este punto, para que vuelva á su cauce el desbordado río del pensamiento. Empecemos por sentar clara y terminantemente:

1.º Que la Higiene es parte esencial de la Medicina, y que el arquitecto, y el ingeniero, y el agricultor, y el gobernador, y el ministro, y el mismo rey, en funciones higio-técnicas, no son más que auxiliares ilustrados, nunca colegas del médico-higienista.

2.º Que la Higiene es la Etiología patológica aplicada á la preservación, así privada como pública, de causas de enfermedad.

3.º Que la Higiene no es la ciencia de la conservación de la salud. La idea de salud en la humana mente no es primitiva; nace por antítesis consecutiva á la experiencia de enfermedad. ¡Ah! si como nadie se ocupa en conservar la *calidad* de una onza de oro, se viese un día que, según donde se la conserva y como se la trata, pueden formársele placas degenerativas de latón, ¡con qué diligencia, ¡vive Dios!, el vecino, mientras nosotros buscamos remedio al mal de nuestra onza, buscaría él los

medios de indagar la causa del raro fenómeno para preservar de daño la onza suya! Sólo entonces se le ocurriría decir que su onza goza de perfecta salud, cosa que ahora no se nos ocurre ni por semejas, justamente porque el oro es incorruptible, y, ó bien no es, ó siempre es oro.

4.º Que la Higiene no tiene por objeto perfeccionar en sentido evolucionar la naturaleza humana. Porque si está hoy en todos enferma, resulta que la Higiene es medicina, cura, no preservación, y, si estuviere hoy en todos sano el organismo, no sería ciertamente la Higiene, sino la salud en ejercicio de lucha y de costumbres, lo que *ascendería* específicamente al hombre, según rigor de teoría darwinista para toda especie biológica.

Obligada consecuencia de todo ello es que, siendo la Higiene medicina preventiva del hombre, y el hombre el principio y fin de ella, y el tal hombre todo razón y espontaneidad, hay que reencauzar el concepto de la Higiene hacia lo humano, y centralizar en el médico, en cuanto curador de la humanidad, todo el conocimiento aplicado del universo mundo.

Pensé, al tomar la pluma, poder ocuparme en el triple aspecto práctico de la Higiene, dando cuenta del movimiento de las ideas en cada uno de ellos; el preventivo común (*Higiene privada y pública*), el preservativo especial (*Vacunas*), y el de policía operatoria (*Antisepsis y Asepsis*); empero, no puede ser; me lo veda el número 66 con que acabo de encabezar la presente cuartilla. Encargóme el Director un artículo, no un tomo. Remitiréme, en el apuro, á los diversos lugares de mi citada obra, en que tengo consignado *in extenso* lo que aquí ni en sumario me es ya dado formular.

Lo que sí aseguro es que al unísono de las ideas que

emitidas deajo, susurran', aunque todavía no suenan fuerte, las de la inmensa mayoría de prácticos españoles.

G.

*Reacción terapéutica.*

La extraordinaria y cada día creciente irrupción de medicamentos, consignada en la primera parte de este artículo, promueve en el ánimo de la generalidad de los facultativos el raro conjunto de estos tres fenómenos: *risa, temor y anhelo de ensayarlos*. De la realidad de tan estrafalaria mezcla de sentimientos podrá el lector cerciorarse, con suma facilidad, por sí mismo: de la risa, conversando con el primer médico amigo que se encuentre al paso; del temor, leyendo el interesante discurso inaugural de la Academia Médico-quirúrgica para el año científico de 1889-90, que es por cierto de lo mejor entre lo bueno que el doctor Espina y Capo, digno presidente de aquella ilustre corporación, ha escrito, y, del afán de ensayar los nuevos remedios, hallará el lector la prueba terminante en el hecho de estarse hoy agotando la cuarta edición del libro del Dr. Gómez de la Mata, titulado «Estudio terapéutico de los medicamentos modernos»; obra que con ser española y meramente recopilatoria de trabajos monográficos extranjeros, ha merecido, por lo útil, ó, mejor dicho, por lo *apetitosa*, los honores de la traducción á varios idiomas.

Véase, pues, una vez más si ando fundado en mis apreciaciones, por graves que ellas sean, por extrañas que parezcan.

Empero no basta en lo raro acreditar su existencia, sino que es menester, por legítima tentación de nuestro

espíritu, explicar la razón, demostrar la naturalidad de la propuesta rareza. ¿Cómo, pues, se explica el oculto concierto de estos tres fenómenos, risa, temor y anhelo, ante cada nuevo medicamento en el ánimo del médico? Indaguémoslo:

I.—La risa, en nuestro caso, trae un origen muy hondo; es el estallido, es el movimiento reflejo producido por el cómico espectáculo que ofrece ver á la Terapéutica marchando de espaldas á la sabiduría con aire tan engreído y satisfecho como si anduviera de cara á ésta: es la risa de una broma de inocentes.—Con solos tres colores pintó Dios el inmenso y variado cuadro de la creación, y, á fe, que por estar hechos los hombres á imagen y semejanza del Ser Supremo, creemos todos ser menos ignorantes hoy, por enterados de que los colores fundamentales son tres, que á principios de este siglo, por convencidos de que eran siete. Y ahora yo pregunto al fiel Sancho que en todo entendimiento con mayor ó menor desahogo se aloja: ¿seríamos más sabios porque nos llegaran noticias experimentales de que los colores primitivos van aumentando hasta tres mil? ¿No sería esto un salto atrás dado con toda la petulancia del que cree dar un salto adelante? Pues esta es la razón suficiente de la risa del médico ante tanto y tanto medicamento nuevo. Quien cree que los remedios fundamentales son tantos, va él para tonto.

II.—Cuanto al motivo del temor, conviene, ante todo, transcribir lo que mi estimado colega, Dr. Gómez de la Mata, declara en su conciso y enjuto prologuillo al libro antecitado, á pesar de que tan buenos como legítimos dineros le está valiendo en pago de su buen tino en acertar con el gusto actual del público. «En esta nueva edición (la cuarta) se estudian, dice, muchos medicamen-

tos nuevos, y hemos suprimido aquellos que, si antes eran raros, hoy son tan generales, que los describen y consignan todas las obras de terapéutica. *Tampoco estudiaremos aquellos que la práctica ha demostrado que no servían para nada, y que sólo fueron meteoros fugaces que dieron luz por el entusiasmo científico de sus propagadores, ó por un esfuerzo de mercantilismo.* » Y ahora ocurre preguntarnos: ¿que decía de los hoy suprimidos el prefacio de las anteriores ediciones? ¿Qué dirá de muchos de los consignados en esa cuarta edición el de la quinta?

Pues bien: causando como causa lo *inútil* en terapéutica dos considerables daños; uno *positivo*, que nace de la inconveniente aplicación de lo inadecuado, y otro *negativo*, que deriva de la omisión de lo adecuado, y subiendo como suben de punto estos dos males por el superficial conocimiento de lo nuevo, y la falta de experiencia acerca de los riesgos de su empleo, ¿habrá quien necesite más pruebas de la legitimidad del temor que hoy conturba las conciencias médicas, y de la naturalidad de consorcio entre ese interno temor y la risa de los labios?

III.—Y por lo que dice al afán de ensayar toda novedad farmacológica, ¿á qué se debe en sí misma? ¿Cómo se concierta con la risa y el temor? ¿Verdad que de pronto parece todo ello inexplicable? Y, sin embargo, nada más natural, nada más claro. De un lustro acá, según se ha ido recibiendo aquella amarga decepción clínica que explicada dejo en el párrafo *E* de la segunda parte de este artículo; según se fué advirtiendo que ningún adelanto inmediato inducía en la curación de las enfermedades de causa micróbica el claro descubrimiento de esta causa, todos los médicos se fueron preguntando:

«¿Qué hacemos?» Y á poco de meditar, fuéronse respondiendo:—«Pues no hay más salida que buscar empíricamente, como en los más remotos tiempos, remedios nuevos, hasta dar con aquel que cure de hecho cada una de esas terribles enfermedades».—De suerte que esa algarada de flamantes medicamentos que, mirada aisladamente, haría sospechar si quizá los médicos nos habíamos vuelto locos, aparécese como hija, no de un frenesí patológico, sino de un frenesí fisiológico, de un afán nacido de la más buena y razonable voluntad, y tan compatible con el íntimo temor y la exterior risa, como conciliables son en el ánimo de la enamorada y honesta doncella la sonrisa del halago, el temor de lo ignoto y el anhelo de posesión ante los requerimientos amorosos del joven de sus ilusiones.

Prudencia, constancia, desprevenición de ánimo y mucha filosofía para ver claro en todo instante, es lo que los médicos necesitamos acaudalar para hacer frente á la crisis terapéutico-médica que, por ley de histórica providencia, no por humanos antojos, nos vemos obligados á atravesar.

Lo único en que los médicos podríamos faltar, y muy gravemente, dentro de la participación que el albedrío tiene en la realización de eternas é inmutables leyes, sería en el omitir la más eficaz diligencia para que nunca nos abandonara aquel conjunto de virtudes que acabo de mencionar y que en todo tiempo, mientras algo de falible le quede al juicio clínico, constituirá la infranqueable valla de separación entre el ruin curandero y el *vir probus Medicina peritus*.



Tal es, á grandes rasgos trazada, y salva la falibilidad de mi limitado entendimiento, la fiel semblanza material y moral de la Medicina durante el año que acaba de sumirse en las brumas del eterno misterio. En última síntesis, resulta que á la hora presente el Arte de Esculapio se encuentra en la situación de aquel que, habiendo casi agotado los filones de una rica mina, se ocupa en acrisolar el metal desentrañado de la tierra, á fin de reducirlo á su positivo valor, mientras llega la feliz coyuntura de descubrir nuevos y más abundosos veneros de donde extraer nuevos tesoros. Por esto al comenzar dije que en 1889 el trabajo de involución, ó reflexivo, ha superado con mucho al de evolución, ó inventivo. Ahora sólo falta enmendar, no sea que, recayendo en añejas imprudencias, las alegrías de llegar á descubrir nuevos filones nos muevan á arrojar al abismo el oro con tanta pena recogido.

No siempre el progresar es prosperar: progresa quien avanza, por disipado que sea; prospera sólo aquel que en su viaje va acumulando cuanto de bueno encuentra en su camino.

JOSÉ DE LETAMENDI,

*Decano de la Facultad de Medicina de Madrid.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS  
12 de Enero de 1890.



## SOBRE LO INÚTIL DE LA METAFÍSICA

Y LA POESÍA.

*A D. Ramón de Campoamor.*

**M**I querido amigo : Yo no quiero cansar al público con interminable polémica, en la cual no atinaré á poner de mi parte, ni la amenidad urbana que requiere la belleza del asunto, ni la novedad discreta que no raya en extravagancia. Yo estoy muy decadente, averiado y viejo, y, más que para exhibido, para mandado recoger ; pero las acusaciones, bajo cuyo peso me deja V. en su artículo publicado en LA ESPAÑA MODERNA del mes de Mayo, son tan terribles y abrumadoras, que necesito defenderme y demostrar mi inocencia.

Lo haré con alguna extensión, porque tengo mucho que decir y no puedo hacerlo en pocas palabras ; pero con esta carta, que á V. dirijo, daré la cuestión por suficientemente discutida, y nada más replicaré, aunque V. siga acusándome de que no me divierte sino lo que es *pecado mortal* : de *reñir con los amigos*, de *descalvar reyes*, de *cometer asesinatos* y de igualar á los hombres con los cerdos y á los niños con los lechones.

Es evidente que V. no me ha entendido, y por eso me cree reo de tantos abominables crímenes, ninguno de los cuales me remuerde la conciencia.

Cuando V. no me ha entendido siendo tan buen entendedor, es porque yo no me he explicado bien hasta ahora.

Veamos si ahora me explico.

El tema de nuestra discusión, si V. y yo no nos hubiéramos metido en honduras tomando ocasión del tema, se hubiera agotado en seguida, dejándonos de acuerdo.

El Director de esta Revista (1) dijo en el prospecto que insertaría en sus páginas artículos en prosa sobre toda clase de asuntos y que no *desdeñaría la poesía*. Harto bien hemos entendido V. y yo lo que quiso decir. No valía la pena de convertirnos en dómines y de disputar sobre si lo dijo mal ó bien. Bastábanos saber que en lo que quiso decir llevaba la intención más sana.

Los fabricantes de versos abundan y han abundado siempre. Nada más fácil que hacer versos malos. Lope veía en su tiempo, y nosotros seguimos viendo en el nuestro,

« En cada esquina cinco mil poetas ».

La frase del Director de la Revista, *sin desdeñar la poesía*, es evidente que iba dirigida á todas las esquinas y á los cinco mil poetas que en cada esquina hay, asegurándoles con indulgencia benigna que él no los desdeñaba, y que algo también tomaría de ellos para su periódico, procurando que fuese lo menos malo y fastidioso.

El Director pensaba, pues, que no debe abusarse de los malos versos, y esto mismo piensa V. y pienso yo.

(1) Alude el autor á *El Ateneo*, en cuyas páginas debió aparecer este trabajo; no habiendo sucedido así, por haber cesado en su publicación la citada Revista.

Si aquí nos hubiésemos parado, no hubiera habido divergencia. Fuimos, no obstante, más allá, y la divergencia y la polémica empezaron.

Es innegable que no conviene publicar malos versos; pero ¿conviene publicar mala prosa? Aquí está el origen de nuestra cuestión.

Yo convengo con V. y con toda persona razonable, en que hay mucha mala prosa, en que debe publicarse la menos mala prosa posible, y en que hay más número de malos prosistas que de malos poetas. Lo que justifica, á pesar de esto, la frase *sin desdeñar la poesía*, es que la poesía, siendo mala, puede desdeñarse, y la prosa no. Lo indispensable, lo inevitable no puede ser desdeñado. Yo podré exigir y mandar que en mi casa, ó no se baile ó se baile bien; pero será delirio exigir y mandar que no se ande. Lo mismo cabe decir del canto. Como cantar no es necesario, sin ser yo loco ni enemigo de la música, puedo prohibir que alguien cante en mi casa, como no cante divinamente; pero no puedo prohibir que hablen, ni dejar mudos á mujer, hijos y sirvientes.

Es menester que en mi casa se trate de la cocina, del lavado y planchado de la ropa, de los muebles, de todo lo tocante, en suma, al gobierno doméstico, pero ¿qué necesidad tiene nadie, ni en mi casa ni en ninguna casa, de hablar en verso ni de tratar de metafísica?

Discurriendo así, y suprimiendo ahora gran parte del proceso de mi discurso á fin de no cansar, vine yo á inferir que la metafísica es ciencia inútil y arte inútil la poesía.

Este es mi crimen. Esto es lo que ha enojado á V. contra mí. Voy á defenderme y á justificarme.

Hablaré primero de la metafísica, á fin de despejar el campo, y discurriré luego acerca de la poesía.

Si por metafísica hemos de entender ciertos principios

:

fundamentales que se tienen por inconcusos, ó lo son, y sin los cuales no se concibe sociedad humana, ni civilización, ni leyes, ni derechos, ni deberes, ni moralidad, ni orden, la metafísica, lejos de ser inútil, es útil, es necesaria, es indestructible, es condición *sine qua non* de la vida social de nuestro linaje; pero esta metafísica es precientífica, es instintiva, es irreflexiva, natural y espontánea: se acepta por fe y no por raciocinio, y suele apoyarse y mostrarse con toda autoridad é imperio en las religiones. No fué de esta metafísica de la que hablé yo al calificar la metafísica de inútil. Yo hablé de la metafísica científica ó filosófica: de la filosofía fundamental ó primera. Y de ésta dije, y repito ahora, que es inútil en cierto alto sentido: que es un lujo del espíritu, algo superior y exquisito, sin lo cual (y esto prueba su inutilidad) han florecido grandes imperios y poderosas repúblicas, y se han formado sociedades cultas que han durado millares de años.

En el antiguo Oriente no hay ni huella ni señal de filosofía, salvo en la India, y algo, muy poco, en China.

En Europa, durante la clásica antigüedad, no hay más que la filosofía griega. Roma era ya señora del mundo, había llegado á la cumbre de su grandeza y de su gloria sin que de las letras latinas saliese ninguna luz de filosofía. Cicerón lo afirma á los 680 años ó más de la fundación de Roma. *Philosophia jacuit usque ad hanc aetatem nec ullum habuit lumen litterarum latinarum.* Y si después de Cicerón y de Varrón, á quienes contamos entre los filósofos, florecen Séneca, Ausonio, Marco Antonino, Severino Boecio y otros, todo ello, dejando á salvo el mérito individual de cada uno de tan egregios varones, no es en conjunto sino un reflejo más ó menos brillante de la griega filosofía.

Hasta el lenguaje usual y corriente corrobora mi aserto. Disuena en el oído la expresión *filosofía latina* ó *filosofía romana*.

Lícito es, pues, inferir que en el mundo antiguo, ó sea durante miles de años, sólo hubo dos pueblos que filosofaron: los indios y los griegos; y otros dos que semi-filosofaron, ó sea que tuvieron, el uno, el chino, cierto asomo de filosofía, y el otro, el romano, cierto reflejo ó trasunto.

Yo confieso que las naciones modernas de Europa han filosofado mucho más. Ilustradas todas por una religión muy metafísica y por el recuerdo de la filosofía griega, comentaron su religión filosofando. De aquí en los siglos medios, cuando las nacionalidades no estaban aún bien determinadas, una filosofía indistinta, sin carácter nacional, expresada casi siempre en el mismo idioma, y, si bien rica de variedad y fecunda, con notable unidad en el conjunto.

Cuando más tarde las modernas naciones de Europa marcaron mejor sus diversas fisionomías, se valieron del propio idioma para los asuntos más elevados del espíritu, y mostraron sus respectivas condiciones y sus modos de ser, se pudo notar y se notó que no era menester que todas filosofaran, y que las más de las naciones vivieron sin filosofía.

Esta es la hora en que no hay, al menos yo no he oído hablar de ellas, ni filosofía rusa, ni filosofía polaca, ni filosofía húngara, ni filosofía turca, ni filosofía portuguesa.

Por esos mundos las gentes se obstinan aún en afirmar que no ha habido tampoco filosofía española. De poco tiempo acá, unos cuantos aficionados, movidos por el amor á la filosofía y por el amor propio nacional, hemos

salido, cada cual según sus fuerzas, á defender la existencia de la filosofía española. Valerosos campeones ha tenido y tiene aún esta afirmación en V., en Canalejas, en Gumersindo Laverde, en Vidart, en Menéndez y Pelayo, en Adolfo de Castro y en otros. Pero ¿hemos convencido á los incrédulos? Me temo que no. Los efectos no se notan todavía. En todas las historias que he hojeado yo, y son bastantes, de la filosofía, del progreso del pensamiento humano, del desarrollo intelectual, de la civilización, etc., la pobre España entra por poco ó por nada como filósofa.

Por lo visto, según los autores de los mencionados libros, la filosofía, valiéndonos de un símil *economístico*, sigue siendo en España artículo de importación. Tal vez, á lo más, es como tela extranjera, que viene en blanco y aquí se estampa ó pinta, ó como cañamazo extranjero también, que aquí se borda, sirviéndonos además para el bordado de dibujo extranjero.

Si acudo á otro símil tomado del tecnicismo médico, acaso explique yo mejor el concepto que de nuestra capacidad filosófica se forma fuera de España. La filosofía en España es esporádica, y no endémica. No estamos in-ficionados de ella, pero se dan casos aislados y dispersos.

Como quiera que sea, no veo yo que coincidan la capacidad filosófica y la grandeza, prosperidad y poder de las naciones. Tal vez la nación hoy más rica, poderosa y respetada en el mundo sea Inglaterra, y es evidente que Inglaterra no resplandece en primer lugar por su filosofía, entendiendo por filosofía la fundamental, la metafísica, la primera, y no llamando filosofía todo saber de observación y de experiencia de hechos y de fenómenos, ya externos, ya internos.

Prueba lo que digo el soberbio desdén con que los au-

tores ingleses que más crédito adquieren suelen tratar toda doctrina especulativa. No quisiera yo equivocarme y levantar falso testimonio á Buckle, cuya obra no tengo á la mano; pero me parece recordar que considera que ya es y será siempre más influyente en la civilización del mundo la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith que los Evangelios.

Macaulay, el sensato é ilustre Macaulay, no es mucho menos adverso á la filología especulativa, á la metafísica, cuya inutilidad proclama. Y entiéndase que esta inutilidad que le atribuye Macaulay no es la que yo le atribuyo, sino otra que tira á rebajarla.

En el *Ensayo* sobre Bacon del citado autor, se ve el desprecio más profundo hacia la metafísica. Platón, Aristóteles, Santo Tomás, fueron unos señores poco juiciosos, que malgastaron el tiempo en mil inútiles cavilaciones, «en exponer teorías de perfección moral tan sublimes, que jamás pudieron pasar de teorías, y en tratar de descifrar enigmas que no podían descifrarse». No sólo era inútil la filosofía, sino que, cuando alguien por error la elogiaba de útil, el buen filósofo se revolvía contra el elogio como contra un insulto. Séneca dice (y Macaulay le cita para sacarle á la vergüenza): «En mi tiempo ha habido muchas invenciones: ventanas transparentes, tubos para difundir por igual el calor en todas las estancias de un edificio, y escritura abreviada, tan perfecta que el que escribe puede seguir al orador más rápido; pero el inventar tales cosas es faena de viles esclavos». Y más disgustado aún mi paisano, el filósofo cordobés, de que se quiera conceder á la filosofía el diploma de inventora de cosas útiles, añade: «Pronto nos van á decir que el primer zapatero que hubo fué un filósofo». Á lo cual replica Macaulay: «Por mi parte, si me obligan á escoger entre

el primer zapatero y el autor de los tres libros *Sobre la ira*, escojo al zapatero. Acaso sea peor estar colérico que andar descalzo; pero los zapatos han impedido que millones de hombres anden descalzos, y yo dudo que Séneca haya impedido á nadie que esté colérico».

En suma: todo el *Ensayo* de Macaulay en elogio de Bacon es una diatriba contra la filosofía especulativa, no se puede negar que muy chistosa, pero fundada en la inutilidad de la filosofía, que es el mayor encomio que de la filosofía se hace y puede hacerse, entendida la inutilidad como conviene que se entienda. ¿Para qué he de lucir aquí fácil erudición de segunda mano? Yo remito á V. al mencionado *Ensayo*, á fin de que vea en los textos aducidos que Platón, Sócrates y Plutarco creyeron, como yo, y en el mismo sentido que yo, inútil la filosofía.

La filosofía baconiana, esto es, la filosofía útil, la negación de la filosofía, es la que Macaulay aprecia. La filosofía especulativa, la metafísica, es para el crítico inglés como la flecha de Acestes, que pretende llegar á las estrellas, deja en el aire un rastro luminoso, y se deshace en el aire sin tocar en el blanco.

*Volans liquidis in nubibus arsit arundo  
Signavitque viam flammis, tenuisque recessit,  
Consumta in ventos*

No me incumbe defender ahora de tales ataques á la filosofía primera, que V. estima tanto. Sólo me incumbía demostrar su inutilidad en cierto alto sentido, y su inutilidad queda demostrada en lo que se refiere á lo práctico y vulgar de la vida. Cuando un filósofo ha inventado algo útil, ha sido, no por ser filósofo, sino á pesar de serlo, rebajándose á menesteres plebeyos y ruines.



Casi todas las definiciones que se dan de la filosofía afirman esta inutilidad, que yo venero, que Bacon y Macaulay desprecian, y que V. niega escandalizado. Pitágoras fué el primero que definió la filosofía, *un asemejarse á Dios en cuanto al hombre es posible*. Platón dijo que era *meditación de la muerte*, y San Jerónimo, que su propósito consistía en *sacar de la cárcel del cuerpo la nítida libertad del alma*.

Abro cualquier compendio de filosofía; miro las primeras páginas, y veo que el autor está de acuerdo conmigo. La ciencia es útil porque tiene ó busca el conocimiento de las cosas, y conociéndolas nos podemos servir de ellas. La religión es más que útil; es indispensable, porque muestra y sostiene por fe los principios fundamentales del orden social; pero la metafísica, que propende á conocer por la razón estos principios, no es útil en la práctica; es un lujo que sólo conviene que gasten los ricos.

V. y yo somos liberalísimos en todo; y así como no abogamos por el restablecimiento de las leyes suntuarias, ni clamamos porque no vayan en coche los que carecen de caudal para sostenerle, sino que dejamos á cada cual que se arruine, si quiere, por darse charol, así también queremos libertad para que filosofe ó imagine que filosofa todo el que quiera, hasta el más desprovisto de enjundia filosófica. Esta libertad, que nosotros pedimos ó tomamos sin pedirla, la concedemos á los demás generosamente...., *petimusque, damusque vicissim*.

V. y yo distamos de creer funesta la manía de pensar. Es más: ni siquiera la creemos manía, sino actividad imprescindible de nuestro ser. El pensar es más necesario que el andar, como la cabeza es más necesaria que las piernas para la vida. Si cortamos á un hombre las piernas, puede vivir, y ya no anda; pero si le cortamos la

cabeza, no piensa, pero tampoco vive. Lo dicho es tan evidente, que Perogrullo no dictó jamás sentencia mejor. Lo discutible para todos, y lo erróneo para mí ó en mi sentir, es valerse de tal perogrullada como premisa para deducir la utilidad ó la necesidad de la filosofía ; porque si toda filosofía es pensamiento, no todo pensamiento es filosofía, y mucho menos filosofía primera ó metafísica.

Y no ya sólo los pensamientos burdos y groseros, sino bastantes pensamientos sutiles, alambicados y finos, no suelen llegar á ser filosóficos, ni menos metafísicos. Y de aquí que á muchos hombres que piensan con sutileza y finura sin llegar á ser filósofos, los llamen *pensadores*, palabrilla muy socorrida.

Augusto Comte y los de su escuela han atribuido á la metafísica cierta utilidad, inmensa en sentir de ellos, y tanto que han dividido la historia de la humanidad en tres grandes épocas, y en una de las tres suponen que ha imperado la metafísica. La primera época es teológica ó religiosa. Viene luego la metafísica, destrona á la religión, é impera en lugar suyo. Y, por último, acuden las ciencias, echan á rodar á la metafísica, y ya sin metafísica y sin religión, la humanidad es dichosa y toda ella positivista, adorándose á sí propia y adelantando más cada día.

Á V. y á mí nos parece tan disparatado este simétrico desenvolvimiento del espíritu humano, que ni merece refutación. Lo que vemos es que la religión conserva su imperio, aunque la incredulidad impía procura extender el suyo, y algo consigue apoyándose en las ciencias de observación y experimentales para negar lo sobrenatural, y toda religión por consiguiente. Y vemos asimismo que la metafísica, en el estrecho y escogido círculo de personas que la cultivan, vive é impera aún, sin que la

religión quiera destronarla ni la destrone, y sin que la destrone ni quiera destronarla tampoco la verdadera ciencia, sino la falsa ó la vanidosa y de cortas miras.

¿Cómo he de negar yo que ha habido y hay sistemas filosóficos antirreligiosos? Pero son más los religiosos. Lejos de ser la metafísica la destructora de las religiones, creo notar en la Historia que cuando, ó una religión nueva, ó un imaginario ó real conocimiento experimental de las cosas naturales ha destruído en parte ó en todo la fe en una religión, la metafísica se lanza á salvar á esta religión y á resucitar la fe en ella, procurando conciliarla con la razón y encerrarla dentro de sus límites. No afirmo yo que la metafísica lo haya conseguido. Los neoplatónicos no salvaron el paganismo: los tomistas no salvarán en nuestra edad la religión cristiana. Ella se salvará por su propia fuerza. La metafísica no tiene fuerza para salvarla, como tampoco la tuvo para destruirla. Su inutilidad sublime resplandece también en esto. Dirán algunos, por ejemplo, que Hegel, al explicar el cristianismo como un sistema de símbolos que esconden por estilo figurado la propia doctrina del filósofo, la identidad de Dios y del hombre, el proceso de la idea, sus momentos y evoluciones, mata la religión en vez de salvarla; pero no es así: Hegel no mata la religión sino en su alma y en otras almas donde ya estaba muerta; pero en todas estas almas levanta el concepto de la religión en vez de empequeñecerle. Quien llega burdamente á ser irreligioso, y así llegan los más, considera la religión de que es apóstata como una sarta de desatinos sin ningún racional significado. Así los que, como Ingersoll, se persuaden de que Moisés sabía menos química, menos astronomía y menos geología que ellos, ó los que, como Renan cuenta de sí mismo, entienden que hallan, en recompensa sin duda de

haberse hartado de estudiar hebreo y otros idiomas orientales, que ciertos versículos proféticos de Daniel ó de Ezequiel se interpolaron después de cumplirse la profecía.

Para éstos, si carecen de metafísica, la religión muere. La metafísica no la mata. La metafísica ve en ella, puesto por la fe, el más espléndido y rico contenido. Aspira á explicarlo por la dialéctica; á hallar la identidad completa entre lo ideal y lo real; á que la doctrina reflexiva y esotérica explique el sentido profundo de lo exotérico, de los símbolos, mitos y leyendas, y á que el dogma de la fe sea igual al dogma de la razón. Soberanos ingenios consagran sus afanes á este propósito, y á no pocas personas se nos antoja que le realizan. Los admiramos, los aplaudimos con entusiasmo. La ecuación es perfecta, y no hay idea, sentimiento alto, misterio ni ley que no esté en cada uno de los términos de la ecuación: en un término explicados y en el otro creídos; pero, ¡oh infortunio!, analizamos y simplificamos un término y otro, restando de las cantidades positivas las negativas, y resulta la ecuación  $0=0$ . La incógnita que anhelábamos despejar, ó queda incógnita, ó es cero también: todo se reduce á formas huera, sobre las cuales viene á colocarse la *categoría de lo ideal* como forma igualmente vacía.

De resultas de este trabajo, aunque la religión es inmortal, se nos aparece como muerta; y la metafísica, aunque es inocente, se nos representa como autora del asesinato y muerta también.

Entonces sobrevienen el llanto y las lamentaciones de algunos metafísicos sentimentales como Renan. El duelo que Renan arma tiene algo de cómico. Él mismo imagina que ha contribuido á la muerte de la religión y de la metafísica; se pone muy afligido, y sigue matando. Es como

aquel rey de un cuento oriental que había prometido á su hija, la princesa Turandot (que para Renan es la ciencia), matar á todos los príncipes que quisiesen casarse con ella y no descifrasen sus enigmas. El rey tenía ya horrendamente adornados los paseos públicos de su capital con cabezas cortadas, puestas en sendos postes; y estaba hecho un mar de lágrimas, y seguía cortando cabezas de cuantos príncipes se encontraban á su alcance. Tan fiero é ineludible era el compromiso que con la princesa Turandot había contraído.

El llanto nada remedia. Ni yo lloro, ni aconsejo á nadie que llore. Convengo, no obstante, en que el momento es pavoroso y lúgubre. Se piensa que nos hemos quedado sin religión y sin metafísica. No hay más que empirismo, ciencias: pero los científicos andan buscando la *ciencia*; esto es, que, renegando de la metafísica, la buscan para colocarla en el trono como reina, ya que la ciencia que buscan, y que enlaza y funda las ciencias, ó es metafísica ó no es nada.

Medite V. sobre lo que dejo dicho, y sacará varias consecuencias, todas en favor de mi parecer y aclarándole.

Ahora, cuando más se niega la metafísica, es cuando más se la busca. Estamos como en un período constituyente de la república de las ciencias. Éstas se rebelaron contra su reina antigua y la destronaron. Sin darse tal vez cuenta de ello, andan buscando reina nueva. Durante la revolución, se levantan y caen poderes efímeros; todo es inestable. Pero la revolución no ha de durar siempre. Al fin, el período constituyente será menester que se cierre. Para ello vendrá al cabo una metafísica poderosa que se ciña la corona y que empuñe el cetro.

Todo esto demuestra que la metafísica no es de uso diario, no es útil sino de tarde en tarde. La luz que vier-

ten sobre la humanidad dos grandes metafísicos, Platón y Aristóteles, se proyecta por toda la prolongación de veinte siglos; llega hasta nuestros días; se infunde en las creencias, informa las leyes, organiza y da unidad al saber. Plotino, Proclo, San Agustín, San Anselmo, Luis Vives, Descartes, Espinoza, Kant, Schelling, Hegel, en suma, veinte ó treinta nombres, veinte ó treinta individualidades más, bastan á explicar toda la filosofía primera en lo que ha tenido de útil en sentido supremo, en lo que ha tenido de influyente en la dirección y marcha del espíritu humano. Para y en los demás hombres la filosofía primera, ó no se da, ó, si se da, ya es como ciencia de adorno, y entonces no es útil, aunque deleite y satisfaga la vanidad; ya es un estímulo ó aguijón clavado en el alma, y que no podemos arrancar de allí donde nos duele y atormenta con dudas y dificultades insuperables.

¿Quién no se hace las siguientes preguntas? ¿Tengo yo ó sé yo filosofía? Y si la tengo, ¿de qué me ha valido? ¿He cuidado mejor de mi hacienda, he adelantado más en mi carrera, he ganado mucho dinero con mi filosofía? Los grandes filósofos, al través de los siglos, con influjo trascendente y remoto, quizá gobiernen el mundo y dirijan las sociedades; pero los que mandan, gobiernan y dirigen con inmediato poder, nada suelen tener de filósofos. Ya ni siquiera se hace bastante caso del filósofo para darle á beber la cicuta como á Sócrates, ó para quemarle vivo como á Giordano Bruno. Hoy el filósofo hace zapatos como Boehm, ó pule vidrios como Espinoza, ó enseña á muchachos que califican de chocheces ó de simplezas su enseñanza. Tal vez dentro de mil ó dos mil años, cuando haya adelantado más la humanidad, se organice ésta, como en la ciudad del sol de Campanella, y venga

á imperar un gran metafísico. Por lo pronto, distamos muchísimo de eso.

Si lo espiritual pudiera analizarse químicamente ó prensarse como lo material ó corpóreo, ni la prensa más pujante exprimiría jugo filosófico, ni el más enérgico reactivo le sacaría de todas las prendas, habilidades y excelencias que han encumbrado á los políticos eminentes que gobiernan hoy la Europa y el mundo.

Y no hay que lamentarse de esto, porque está muy puesto en razón. La verdadera filosofía es teórica ó especulativa de lo inmutable, de lo eterno, de lo inteligible puro. Á fin de darlo á entender así, inventaron, sin duda, los antiguos aquella fábula de que Demócrito se había saltado los ojos, quedándose ciego, para filosofar sin distraerse.

Aristóteles tenía razón, y vuelvo á mi tema. No hay ciencia mejor que la filosofía, pero ninguna es menos útil. Imitemos á D. Hermógenes. Digámoslo en griego para mayor claridad: ἀναγκαιότεραι μὲν οὖν πᾶσαι ταύτης, ἀμείνων δ' αὖδεμῖα (1).

(1) Á fin de que las personas extrañas á los estudios filosóficos no se den á imaginar que yo invento paradojas para entretener á los lectores, y que afirmo que la metafísica es inútil, sutilizando y alambicando, voy á trasladar aquí todo el párrafo de la metafísica de Aristóteles, que termina con las palabras que van en el texto, y se verá que mis razonamientos son comentario fiel de dicho párrafo, el cual es como sigue: «Por la admiración ahora y siempre empiezan los hombres á filosofar. En el comienzo se pasmaban de lo inexplicable que cerca tenían; pero poco á poco quisieron comprender más elevados objetos; las mudanzas de la luna, del sol y de las estrellas, y hasta el origen de todo. Y como la ignorancia era causa de admiración, los primeros que allá á su modo filosofaban, se complacían con fábulas, pues la fábula (mythos) conviene á lo maravilloso. Ello es que el filosofar fué para huir de la ignorancia. Es evidente que nadie filosofó sino para saber y no por utilidad. Los hechos dan testimonio de que fué así; nadie se dedicó á esta ciencia hasta que hubo lo que importa á las necesidades de la vida y á la comodidad y al deleite. No se buscó esta ciencia para fin alguno que en ella no estuviese; de suerte que, así como se llama libre al hombre que no es de otro sino de sí mismo, así esta ciencia es la única libre entre todas, porque ella sola es por ella. Y como la naturaleza del hombre

¿Y cuáles son estas ciencias útiles que no son filosofía primera? Son las ciencias que el mismo sabio de Estagira divide en *prácticas* y en *poéticas*. Las *prácticas* son las que gobiernan al agente libre y ordenan su acción: ciencias morales y políticas; y las *poéticas*, las que hacen algo en las cosas u objetos que están fuera del agente: ciencias naturales, ó sea conocimiento del mundo visible. En estas ciencias *poéticas* ó *hacedoras* estriba el hacer casas, tatarretes, sillas, coches, zapatos, guisos, caminos, canales, etc. Cuando estas ciencias llegan al extremo y no se contentan de mejorar lo visible, tangible, comestible, potable y textil para nuestra mayor comodidad, uso, deleite y regalo, sino que vuelven sobre el agente ó poseedor de las ciencias y se emplean en mejorar y revestir de forma, no ya lo exterior sólo, sino también el mundo ideal que tiene el agente en la cabeza, y hacen esto por medio y por virtud de la palabra, ya las ciencias poéticas, en vez de convertirse en oficios útiles, se remontan á la inutilidad sublime de la metafísica, y son por excelencia poesía.

Por esto he dicho yo que la poesía es inútil, que es un lujo, un esplendor, una magnificencia que no pueden ni deben gastar todos. Pero ni con mucho voy yo tan lejos como V. va, contradiciéndose. V. se enoja contra mí porque declaro inútil ó sea lujosa la poesía, y luego me

es esclava, con razón puede afirmarse que no es humana la posesión de esta ciencia. Según Simónides, sólo Dios la posee, y el hombre ni de aspirar á ella es digno. Dicen los poetas que Dios es celoso, sobre todo en este punto, por lo cual castiga á los audaces que se atreven á filosofar; pero los poetas son embusteros, si no engaña el refrán. Dios ni nos envidia ni nos castiga. No hay ciencia más honrada que la filosofía. Es divinísima y honradísima, ya porque es Dios quien la entiende, ya porque es de Dios de quien ella entiende; la entiende sólo Dios por completo; y entiende ella, ó trata principalmente de Dios, porque Dios es causa y principio de todo, y ella de causas y de principios trata. Por eso son más útiles las otras todas, pero ninguna es más sublime.»



la convierte en algo mil veces más lujoso y más raro de lo que yo imagino.

Absurdo es el refrán que reza : « de poeta , músico y loco , todos tenemos un poco » . El don de la poesía dista mucho de ser tan vulgar ; pero Dios es más generoso en concederle de lo que V. supone . Convenga V. en que Dios sería muy cruel si , siendo tan útil la poesía , como dice V. , no se dignase Dios , como dice V. también , crear un poeta sino de mil en mil años . ¡ Pues estaríamos aviadados si así fuera !

Nada de eso , mi querido amigo . Los poetas amenos y razonables , y aun los egregios y excelentes , abundan más de lo que V. cree . Hay más pedido de ellos que de metafísicos , y Dios , que es muy bueno , nos fabrica menos metafísicos que poetas .

Naciones grandes , civilizadas y ricas han vivido y viven sin metafísicos . Sin metafísicos han transcurrido siglos y siglos . Pero no bien el hombre dejó de ser *alalo* cuando empezó á ser poeta . Ni hubo ni hay nación ni edad que carezca de poesía . Choca , como dije , que se hable de filosofía rusa , pero no de poesía rusa ; de filosofía polaca , pero no de poesía polaca ; de filosofía persa , pero no de poesía persa . Seguirá aún *sub judice* que hubo ó hay española filosofía ; pero ¿ quién ha de poner en duda que hubo y hay poesía española ?

Y esto sin parar . Su manantial constante , su venero continuo , si bien no es tan rico , como V. implícitamente asegura , cuando da á entender que se puede llenar cada quince días de versos no malos un periodición tan grande como *El Ateneo* , es sobradamente rico para dar más de un poeta cada mil años , y aun para dar algunos poetas « desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo » ; largo período de cerca de 200 años , que V. deja

desierto de poetas capaces de escribir un buen verso solo.

Presumo que este aserto de V. es chiste, paradoja ó *humorada* sin rima, y no me canso ni canso á los lectores citando, en contraposición de los versos que V. cita, versos tan buenos ó mejores de Quintana, de Arriaza, de Lista, de ambos Moratines, de Cienfuegos, de Meléndez, de Jovellanos, de Gallego y de bastantes otros que han florecido después de muerto Quevedo y antes de pasar los Pirineos el romanticismo. Diré, no obstante, que es inexactísimo lo que insinúa V. de que los líricos del tiempo de Quintana son del gusto francés, y de que no son del gusto francés los románticos. Semejante aserto es de aquellos que carecen de fundamento, y que se repiten ya maquinalmente y sin reflexión. El aserto contrario sería más fundado. Líricos del gusto francés acaso puedan llamarse nuestros románticos, llenos de imitaciones de Víctor Hugo, de Lamartine y de Musset; pero los líricos clásicos de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, ¿á qué lírico francés imitaban? Andrés Chénier andaba aún inédito é ignorado, y los demás carecían de alas suficientemente recias y poderosas para volar por cima de los montes, y llegar hasta Salamanca, Madrid y Sevilla.

Estábamos entonces tan contra el gusto francés en poesía lírica y narrativa, que los que imitaron ó tradujeron la poesía francesa se llevaron chasco. Sus publicaciones cayeron en la obscuridad y en el olvido. No bastaron á hacerlas populares el que estuviesen prohibidas; ni la pimienta y la sal de las chuscadas obscenas é irreligiosas las preservaron del desdén público. Hoy son curiosidades bibliográficas *El papagayo* de Gresset, *La guerra de los dioses* de Parny, y otros librejos por el estilo, en verso castellano. En cambio, en lo popular, en lo

ensalzado, en lo conocido, ¿se ve acaso huella de traducción ni de remedo de poesía francesa? ¿Dónde están los modelos franceses de las quintillas de Moratín el padre, de las epístolas y elegías del hijo, y de los versos de Quintana, Gallego y Maury, con ser él mismo medio francés? ¿Qué poeta francés inspiró á Iglesias sus villanescas y epigramas, sus sátiras briosas á Jovellanos, á Fray Diego González sus candorosas dulzuras, y sus elevadas composiciones á Lista?

Vamos, confiésemme V. que ha sido una broma que ha querido darme eso de decir que desde Quevedo hasta que vinieron los románticos no hubo en España verdadera poesía.

La poesía abunda más de lo que V. supone al sostener que durante siglos dejó de haberla; pero abunda bastante menos de lo que se infiere de imaginársela como muy útil, á modo de artículo de primera necesidad, y no como objeto primoroso y exquisito de arte y de lujo.

La poesía es inútil, porque tiene en ella su fin, porque nada se propone fuera de ella, porque es desinteresada. El orador parlamentario arenga para que triunfe su partido; el abogado escribe pedimentos para ganar pleitos á sus clientes; en fin, todo tiene un fin fuera de sí, mientras la poesía le tiene en ella sola.

Y esta inutilidad para el oyente ó el lector, que no saca de la poesía sino deleite estético, es más completa y palmaria en el poeta mismo. De donde proviene que haya sastres, médicos, taberneros, albañiles, etc., de profesión ó de oficio; pero apenas hay poeta de oficio, como no sea artificialmente, sostenido por algún tirano elegantísimo ó por algún pueblo excepcionalmente culto, ultradelicado y superfino. Ni el poeta es poeta de diario y á todas horas, sino que de diario es magistrado, clérigo,

:

militar, propietario, comerciante, y hasta puede ser mendigo, y sólo de vez en cuando es poeta.

Si vienen á casa de cualquiera de nosotros con el papelote de empadronamiento, á fin de que llenemos las casillas, de fijo que nos declararemos empleados, propietarios, mercaderes, y no nos atreveremos á declararnos poetas. El fisco no nos impondrá por serlo ninguna contribución, pero no creerá tampoco que con serlo nos mantengamos. Yo de mí sé decir que, si sumo toda mi poesía, y añado mi prosa (que poesía es al cabo ó no es nada, pues yo no soy doctor, ni sé, ni enseño, y no hago más que poetizar), y en seguida calculo muy por lo largo lo que me ha producido todo, no tengo con el producto para mantener durante seis meses á mi familia. ¿Puede, pues, darse mayor inutilidad?

De ella nace además lo inseguro y vacilante de los juicios acerca de los poetas y de la poesía. Los hombres juzgan las obras de los hombres más por el resultado exterior que por ellas mismas. Y como en la poesía casi nunca hay resultado exterior, sobreviene la duda y la incertidumbre en el juicio. Cuando uno ve á un señor que no tenía un ochavo pocos años ha, y ahora tiene acciones del Banco, y quintas, y lagares, y casas, y papel de la Deuda, dirá de él, quizá con envidia, todo lo malo que se le antoje, pero no que es tonto; mientras que del poeta, puro poeta, cuya firma no vale en la Bolsa tres ochavos, ¿no podrá decirse que es tontísimo? El mismo poeta, salvo en los fugaces instantes de inspiración y de exaltación orgullosa, se creerá, y se cree, no lo dude V., tonto de remate.

Hay tres clases de hombres que son superiores á los demás, si son de verdad lo que aparentan ser, si son de oro y no de alquimia. En estos hombres, en el fondo del

alma, y templado por la caridad si por acaso se manifiesta, hay un desdén inmenso por todas las cosas creadas y fabricadas, naturales y artificiales. Es lo que llaman los autores ascéticos el menosprecio del mundo. Las tres clases de hombres que le menosprecian son los santos, los metafísicos y los poetas ; pero no es floja la diferencia en el modo de menospreciarle.

El santo, unido á su Dios ó aspirando con vehemencia á unirse con él, no vacila un instante ni cesa en su menosprecio, lo cual no impide que, inflamado en el amor que Dios le infunde, vuelva su espíritu á las criaturas, y, por amor de Dios, divina y entrañablemente las ame. Es esto tan hermoso, que yo, si bien no cuento á la envidia entre mis mil defectos é imperfecciones, envidio á los santos por esta condición de la vida terrenal de ellos, aun prescindiendo de toda mira ó esperanza para más allá de la muerte.

Tal vez algún raro eminente metafísico se eleve á la altura de los santos en menospreciar el mundo con constancia ; pero en el poeta, como poeta, y si no es santo también, es intermitente y momentáneo el menosprecio del mundo. El poeta peca de ordinario por estimarle demasiado. De aquí, si el poeta es franco y sincero, suele nacer en él lo que llaman ahora humorismo : la confesión cómica y simpática que se le escapa, en medio de sus raptos y elevaciones hacia lo infinito y lo eterno, de que, sin poderlo remediar, se despepita y desvive aún por lo finito, temporal y caduco.

La mencionada idiosincrasia del poeta hace mayor la dificultad de juzgarle. El crítico y el público, con claridad ó con instintiva y oscura percepción, forman el siguiente razonamiento. Tal poeta lo es porque menosprecia lo vulgarmente práctico y útil, y se eleva muy por cima de

todo ello. Entonces califico al tal de legítimo poeta y le coloco en el quinto cielo. Pero ¿no puede ser también que tal poeta lo sea porque no vale para lo útil, ni para lo práctico, porque finge menospreciarlo no pudiendo alcanzarlo, como la zorra cuando decía de las uvas que no estaban maduras? En este caso, el poeta es un infeliz, un ser lastimoso que no vale para sastre, ni para cavador, ni para peón de albañil, ni para otros oficios, y se ha echado á poeta por no poder ser otra cosa.

Resultan de lo dicho dos linajes de poetas diametralmente opuestos. Los que están, como los santos y como los eminentes metafísicos, por cima de lo real y ordinario, más altos que toda ciencia, que todo oficio y que todo arte, y los que están por bajo de todo. Vaya V. á distinguirlos. Difícil es cuando el mismo poeta no se distingue, ni se reconoce á menudo, y principalmente en los últimos años de su vida. Entonces suele desfallecer y hundirse en desconsolador abatimiento, y sospechar que su inspiración ha sido falsa, y sus sublimidades simplezas, y su gloria filfa.

Por fortuna, esto se depura y aclara por la crítica y con el tiempo. Así se colocan al cabo en el templo de la inmortalidad los poetas verdaderos y soberanos, que hoy se llaman *genios*. Mas ¿por qué negarlo? Aún sigue la discordancia en el fallo definitivo y en el producto diverso de la cuenta que se echa. ¿Cuántos son estos *genios* ó poetas archisuperiores? Víctor Hugo, por ejemplo, me parece que pone poco más de media docena: Isaías, Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare y él. Otros ponen más. Otros, y V. se me antoja que es uno de estos otros, ponen menos aún, ya que no conceden al mundo un buen poeta sino cada mil años, y ya que afirman que los buenos versos son tan raros como los diamantes de á libra.

Yo, amigo mío, soy cien veces más liberal que V. en conceder ese título de poeta soberano y en colocar á no pocos entre los genios y poetas inmortales. Pero ¿no estamos de acuerdo en poner en la otra extremidad á un sinnúmero de desgraciados que no han valido para lo ordinario de la vida, y que por desesperación se han arrojado á poetas? De acuerdo estamos, y, estándolo, hemos de convenir en que no anduvo desatentado ni soberbio, sino filantrópico y dulce, el Director de esta Revista al decir que no los desdeñaba.

En lo que V. y yo nos diferenciamos todavía más, no es en poner mayor ó menor número de poetas soberanos ó de *genios* en nuestra cuenta, ni en considerar tampoco mayor ó menor la ingente multitud de los poetastros, sino en que V. no pone, al parecer, y yo sí pongo, cierta falange valerosa y honrada de poetas estimables que, sin llegar á *genios*, son ó fueron claros ó agudos *ingenios*. Ellos tal vez sirvieron durante su vida para muchas cosas prácticas y provechosas y decentes, y en algunos días felices de noble inspiración, reforzada por el estudio, por el buen gusto y por el recto juicio, pusieron en sus modestos escritos lo mejor de su alma, y nos dejaron versos que, por la elevación de los sentimientos ó de las ideas, ó por la gracia y el chiste, expresado todo con primor de estilo, con limpio y atildado aunque no violento artificio de dicción y con armonía de metro, son y serán deleite y encanto de los hombres delicados y perspicaces que saben sentir la belleza y gozar contemplándola.

Y de estos poetas habrá, y hay, y hubo, no uno cada mil años, sino más de ciento cada siglo, sin que por eso deje de haber habido y haya *genios* (más de seis y aun de siete), y sin que falten tampoco nunca almas genero-

sas que gusten de la poesía, en cuya inmortalidad y ubicuidad, en cuya persistencia en todas las edades y entre todas las tribus, lenguas y castas de seres humanos, creo yo tanto ó más que V. No se revuelva V., pues, contra mí, porque yo disto mucho de contarme entre los que vaticinan con acento ominoso la próxima muerte de la poesía, por lo menos en metro. Yo he proclamado sólo en son de elogio su inutilidad sublime, así como la mayor inutilidad de la metafísica.

Es posible que, si sigue progresando la humanidad, no basten ya en el siglo xxx las prendas que se requieren hoy para ser ministro, presidente del Congreso ó director de Rentas, y sea requisito, y no estorbo ó reparo, ó motivo de sospecha de que se hará mal, el poseer las prendas de poeta.

Progresando todavía el linaje humano, acaso en el siglo xl se necesiten además para los mencionados empleos las prendas de un gran metafísico. Yo sólo afirmo que hoy no se necesitan ni se requieren. Por eso dichas facultades y habilidades son, en cierto sentido, inútiles ó lujosas. Así fueron inútiles ó lujosas las que hoy tiene un político diestro cuando imperaban en un Estado bárbaro la fuerza brutal y la astucia villana, y así fueron lujosas é inútiles las que constituyen un buen sastre cuando la gente andaba todavía sin pantalones y sin casaca.

Creo, pues, simpático D. Ramón, que debemos estar de acuerdo; pero si no lo estamos, aunque lo sentiré, no escribiré más sobre el asunto, pues hartó he dicho para cansarme y para cansar aun á los más pacientes y benévolo lectores, en cuyo número, así como entre los buenos poetas, pone á V. y le pondrá siempre su admirador, amigo y compañero,

JUAN VALERA.



## UN ARBITRIO DEL SIGLO XVI



**E**N el año de 1589 propuso cierto arbitrista al rey Felipe II un medio para obtener fácilmente un millón de ducados. Los documentos originales en que se expone el plan y la resolución del Consejo, los debí á la bizarría del Sr. D. Luis Buitrago y Peribáñez, de la provincia de Ávila, y dicen lo siguiente :



DONES INDIGNOS.

X MILLONES.

Mil veces he oído que ha mirado el Consejo en la desorden que hay en los DONES, de que tan enfadado está el mundo, pues llega el exceso á llamárselo mujeres de bajos jornaleros ; pues querer usurpar los que no la tienen la nobleza sin caudal y por fuerza, eso á comunidad tira, en que es menester proveer de remedio. Muchas veces no saben los sabios en muchas cosas la vía, ocupados en mayores, y un rústico las muestra, y como tal lo que á mí me parece es esto :

☞ Registrar los DONES buenos y malos en todo el reino, que en un mes se hará, mandándose á los jueces, con apercibimiento de castigo si ocultaren alguno. Lo

cual sabrán los vecinos de cada uno cuando quiera alguno encubrirlo de miedo, avisando de quién es cada uno y qué tiene de renta perpetua, y cuántos hijos que se lo llamen, y si tiene mujer ó nueras que se lo llaman.

☞ Venida esta relación ante el Consejo Real, con consulta de S. M., mandará castigar en diez ducados para estas guerras á cada indigno ó indigna, en pena de haber usurpado lo ajeno, mentido á su linaje y hecho burla de la nobleza ; que habiendo á mi parecer más de un cuento de personas que esta honra salven, se sacarán más de diez millones dellos.

☞ En esto no habrá escándalo, porque la gente baja saltará de gozo de ver castigados los que se les ensoberbecían siendo más ruines que ellos, y los nobles se holgarán de que no se les iguale quien no lo merece ; que condenando los alcaldes de hijosdalgo á uno por villano, vase á su casa, hínchela de DONES, y aun sin caudal (sino de soberbia), ya es caballero. Y siendo los DONES dádiva y don de los reyes por servicios, nobleza y méritos, los usurpa quien quiere.

☞ Quiénes sean los DONES indignos y cuáles los que los merecen, quien puede mejor determinallo es su Majestad y sus Consejos. Algunos hay buenos tan evidentes, que no habrá en qué reparar sino dejarles sin tratar de ellos : otros tan desvergonzados y malos, que ellos mismos se condenan en la pena luego : otros indiferentes : de éstos con mayor acuerdo se puede deliberar.

Diré yo de los unos y de los otros lo que me parece :

### DONES DIGNOS.

Grandes y su familia.

Hijos bastardos de ellos.

Fiscales de Audiencias mayores para sus mujeres.  
 Caballeros de las Órdenes.  
 Señores de salva.  
 Barones.  
 Adelantados.  
 Mariscales.  
 Vizcondes.  
 Arzobispos.  
 Obispos.  
 Prelados.  
 Priors.  
 Inquisidores.  
 De los Consejos supremos, para sí ó para sus mujeres.  
 Oficios mayores, lo mismo.  
 Jueces de Audiencias, lo mismo.  
 Cardenales.  
 Visorreyes.  
 Generales.  
 Maestres de Campo, para sus mujeres.  
 Caballeros notorios.  
 Hijosdalgo, si tienen un cuento de renta perpetua sin  
 ser mercaderes.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
 MUSEO BARCELONES  
 DONES INDIGNOS.

Escuderos.  
 Oficiales.  
 Hombres-buenos.  
 Abogados.  
 Relatores.  
 Procuradores.  
 Escribanos.  
 Médicos.

Cirujanos.  
Boticarios.  
Barberos.  
Jornaleros.  
Labradores.  
Hidalgos.  
Dones de Cartuja.  
Dones de doctoramiento.  
Mujeres enamoradas.  
Chocarreros, porque sellan después posesión sus gentes.  
Mercaderes.  
Marineros.  
Hombres de armas.  
Jinetes.  
Corredores de lonja.  
Arrendadores.  
Alcabaleros.  
Portazgueros.  
Serranos herbajeros.  
Aduaneros.  
Alguaciles.  
Carceleros.

Pongo todos estos, porque de toda esta volatería y de sus familias hay DONES infinitos, porque se vea cómo será el castigo. Otros hay indiferentes. Vistas las causas de éstos, Su Majestad mandará lo que quisiere; y á algunos que tienen noblezas ocultas, tratar de ello con audiencia.

~~~~~

Hasta aquí lo propuesto por el arbitrista anónimo.
Veamos ahora el parecer del Consejo:



Señor:

Juan Vázquez de Salazar, secretario de V. M., escribió al Presidente que habiendo V. M. mandado se platicase en la cámara cerca del exceso grande que hay en llamarse DONES, así hombres como mujeres, y consultándose á V. M. que esto se había de remediar por ley, y por esta causa se había de tratar en Consejo, mandó V. M. responder que se tratase dello en él, y se consultase lo que pareciere; y habiéndose tratado y platicado sobre ello y de la reformation que en ello podría haber, se han ofrecido dificultades é inconvenientes de hacerse ley en esto; y así ha parecido que por ahora no conviene hacer en ello novedad. V. M. mandará lo que más fuere su real servicio. En Madrid, cinco de Mayo de mil y quinientos y ochenta y nueve años. (Siguen catorce rúbricas.=Pliego en folio cerrado con nema: sello sobre oblea roja con las armas Reales y el sobrescrito ✠ *Al Rey nuestro señor.*



Es de notar que entre los DONES DIGNOS no se incluyan á los marqueses y condes, que sin duda los usaban lícitamente en la época á que nos referimos.

Sorprenderá á algunos que los médicos, abogados y escribanos no tuviesen derecho al DON, quedando al ni-

vel de los alguaciles, carceleros, barberos y portazgueros. Basta fijarse en que sin el tratamiento figuran en la Historia los físicos Juan de Vigo, Luis de Oviedo, Luis Lobera, Alonso Chirino y otros muchos, así como los juristas Gregorio López, Antonio Gómez, Alonso Díaz de Montalvo, Miguel Cifuentes, etc., y que solamente desde fines del siglo pasado se *atreveron* algunos escribanos á usar el DON para nombrarse á sí mismos en los documentos que otorgaban.

Me figuro que los *Dones de Cartuja*, señalados entre los indignos, se referirían al *Dominus* (Dom) de los profesos en ciertas Órdenes monásticas: é ignoro qué cosa fuese el DON, ó mejor dicho el DOÑA de las *mujeres enamoradas*, que en la lista se menciona.

Á mi parecer, unade las pruebas más curiosas que se desprenden de los documentos que examinamos, es la que corrobora alguno de los asertos consignados en el *Quijote*. Al decir el arbitrista que el mundo está enfadado con el exceso de los DONES, y que los hay tan desvergonzados y malos que ellos mismos se condenan, no hace más que confirmar las palabras de Sancho Panza cuando manifestó «que en esta ínsula debe haber más *dones* que piedras..... y podrá ser que si el gobierno me »dura cuatro días, yo escarde estos *dones* que por la »muchedumbre deben enfadar como los mosquitos».

El *cuento de renta perpetua* que los hidalgos necesitaban para usar el DON, justifica el parecer de la sobrina al explicar á Don Quijote «que aun cuando los hidalgos »podían ser caballeros, no lo eran los pobres».

Y, por último, que siendo los hidalgos indignos de usar el DON, acertó Sancho cuando explicó á su amo «que no conteniéndose en los límites de la hidalguía, se »puso DON y se arremetió á caballero, con cuatro cepas

»y dos yugadas de tierra y un trapo atrás y otro adelante». Vemos, pues, que Cervantes habló de estos particulares con la misma exactitud que si hubiese escrito de propósito un tratado sobre la hidalguía y la caballería de su época.

En cuanto á la idea del arbitrio, fuera conveniente que no la echasen en saco roto los hacendistas de nuestros tiempos. Si hoy no puede referirse á los DONES, se aplicaría á las *Excelencias é Ilustrísimas*, ó sea al riquísimo venero de la vanidad humana, más abundoso ahora que en el siglo XVI. Con las loterías obtienen los gobiernos sumas de importancia que salen del bolsillo de los tontos, y donde se cultiva la tontera no debe repugnar que se explote también la vanidad. Es notorio que la avaricia desaparece de las costumbres modernas, porque semejante pasión se sacrifica al afán de ganar mucho en corto plazo. Por esta causa las gentes de nuestros tiempos aparecen reñidas con el dinero, al ver la facilidad con que lo entregan á esa multitud de empresas y sociedades que prometen el oro y el moro, y luego dan la quiebra y la fuga como producto. Preferible me parece ser estafado por el gobierno, pues al fin y al cabo las arcas del Tesoro público pertenecen en cierto modo á todos los ciudadanos.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DE
ATENEO BARCELONES

EL DOCTOR THEBUSSEM.

HUERTA DE CIGARRA, 5.º día de 1890 años.

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA

Ramillete de flores bohemias, cultivadas por el Dr. Blumentritt. — Se habla de M. de Bismark.... (*¿ex abundantia cordis?*), mezclándolo con las cuestiones filipinas. — Se revuelve también con América la Océanía. — Luz y aire. — Inconvenientes de meterse un hombre en lo que no le importa. — En todas partes cuecen habas. — La novela *Noli me tangere* es la mejor obra de D. J. Rizal. — Su injusto desprecio á los filipinos, incompatible con su plan de reformas. — ¿Es original este plan ó del doctor bohemio?

A tan mala parte ha echado el buen doctor Blumentritt las amistosas observaciones que nos permitimos dirigirle en esta misma *Revista* acerca de su apasionada apología de la novela *Noli me tangere*, que desde el 31 de Octubre del año pasado nos está enderezando en el quincenario *La Solidaridad*, que antes se imprimía en Barcelona y hoy en Madrid, sendas cartas de muy acres tonos y no muy benévolas tendencias, que, contra nuestra buena voluntad y nuestro sincero aprecio al escritor austriaco, nos obligan ya á poner los puntos sobre las *ies* y decirle con toda la claridad que permita nuestra buena educación, ya que nos niega la cultura de los espíritus civilizados, por qué causa estimamos inconveniente la intervención de un extranjero, *alemán por*

añadidura, en las cuestiones mal llamadas políticas de Filipinas, en los términos y en la compañía que él lo hace; inconveniencia toda y entera para él, apresurémonos á decirlo, y por eso nos inspiró buenos consejos, que al verse rechazados se truecan en íntimas y patrióticas satisfacciones, pues así empeora la mala causa que defiende. Si el doctor Blumentritt hubiera ejercido su crítica sobre nuestras instituciones hispano-filipinas al examinar el doble aspecto de la novela de D. J. Rizal, que lo tiene muy marcado, ó el plan de reformas para Filipinas, que está dando á luz este escritor, nada tendríamos que decir, y aun quizá tendríamos algo que aprender, como hemos aprendido en las obras de otros extranjeros nada benévolos con aquellas instituciones; y ahí está F. Jagor, también alemán por añadidura, que nos es muy buen testigo; pero el catedrático de Leitmeriz no ha hecho gala de ese buen seso y ese alto espíritu crítico; no analiza la novela como producción literaria y arma política; no la estudia poco ni mucho; no se toma el trabajo de examinar si hay congruencia entre sus premisas y sus conclusiones, si allí palpita un sentimiento racional y civilizador ó una pasión ciega, desapoderada y contraproducente; no hace, en fin, obra de literato y de filósofo, sino de sectario y banderizo, que ni pregunta quién lo lleva ni adónde lo encamina, sino que oye demoler, y allá va con su piqueta, porque ama á España y es conservador y católico. ¡Buena conservaduría y buen catolicismo los que pretenden fortalecer á España en Filipinas destruyendo sus instituciones conservadoras y católicas! Si nos diera al menos una razón tamaña como las de Rizal, podríamos discutírsela; no nos da ninguna, se nos presenta como inconsciente sectario, y nuestro único deber es combatirle. *Suum cuique*. Su artículo de 15 de Diciem-

bre nos quita ya todo escrúpulo, calificando de charla literaria y tiempo malgastado el juicio que le hemos pedido de la obra. Lo que á él le interesa es su tendencia política.

Un breve resumen de los argumentos con que rechaza en *La Solidaridad* nuestros consejos, hará comprender al lector el estado de efervescencia (íbamos á decir patológico, imitando su estilo), en que se halla el catedrático bohemio.

Que por ser extranjero le he negado el derecho á tratar de la política española en Filipinas, derecho que hoy sólo niegan á los extranjeros las *tribus en estado bárbaro ó salvaje*. FANK-WEI (diablos extranjeros), ya únicamente se oye en *Marruecos y otros países mahometanos*.

Que la nobleza é hidalguía del carácter español sólo aguantan hipérboles desconocidas en el mundo frío de los germanos y eslavos, pues al punto que un extranjero con las mejores intenciones censura *una cosa de España*, cae el manto de la *decantada cortesía*, y el *extranjero-fobismo muestra su rostro bárbaro y repugnante*.

Que yo soy adversario de todas las *reformas asimiladoras* (en Filipinas), y él *un enérgico y entusiasmado abogado de ellas*, por lo cual *he tomado mis recursos en el exclusivismo intolerante de los retrógrados y de la gente baja*.

Que si he creído que, por delicadeza, no debía intervenir él en nuestras cuestiones interiores, la delicadeza es como el gusto, y *de gustibus non disputandum*. Nosotros no les parecemos finos á los alemanes cuando hablamos de España en tono panegírico, y si ellos nos parecen á nosotros groseros, es porque siguen el adagio francés *j'appelle un chat un chat et Rolet un fripon*.

Que afortunadamente no toda la nación se rebaja á

:

mi nivel, como lo prueba el hecho de haber admitido suscripciones extranjeras para los inundados de Murcia y el crucero *Iberia* (¡¡¡!!!).

Que á él le parece muy *fina atención y delicadeza* el escribir en español sobre las cosas de Filipinas, porque así le entienden todos los que se interesan por aquellas islas, y podemos combatir sus ideas los periodistas de Manila y yo, ayunos é ignorantes de toda otra lengua que la que hemos mamado (1).

Que soy correligionario de los que sostienen en Filipinas *la bandera de la autoridad despótica*; que allí he *filibusterizado* á cualquier hombre que deseaba ser vecino español, y sólo hijo de *una posesión española*, con cuyo motivo me recuerda al doctor Sancianco (no sé por qué ni para qué, pues no tengo el gusto de conocerle, ni me he ocupado nunca en su persona).

Que sólo tengo *miel en la lengua* para los hijos de la América independiente, á los cuales llamo peruanos, mexicanos, etc., pero no españoles, y, en cambio, á él le llamo alemán, y mientras á ellos les predico amor y olvido, á él le predico la guerra por ser extranjero, y alemán por añadidura, no obstante estar cansado de sostener la necesidad de paralizar *odios tradicionales y vulgares preocupaciones*, que comprometen ahora, como en 1870, la integridad de la patria.

Que el alemanofobismo castila no es, como el francés, *práctico, enérgico y fértil*, que adopta todo lo bueno que encuentra en Alemania y se asimila á sus colonos asiáticos, incluso el anamita-budhista, para que en la hora de la revancha sólo haya franceses, franceses y franceses,

(1) En cambio, en sus *Consideraciones acerca de la actual situación política de Filipinas*, de que hablaré luego, sostiene muy formalmente que los indios son inclinados á los idiomas, y aprenden los europeos con la mayor facilidad. *Il faut rire jusqu'à la mort.*

mientras el de nuestros escritores de Filipinas *es cómico en su aspecto, y en sus consecuencias trágico*, como emanación del odio estéril y de una mala conciencia que tiene *miedo de su sombra*. Atacan cruelmente, añade, á cada indígena ilustrado que no los reconoce por dioses y seres superiores infalibles; se burlan de los naturales, cuyo idioma é ideas, no sólo no conocen, sino también desprecian, y en vez de estimular la españolización de Filipinas, *trabajan para profundizar el abismo que separa, por las maquinaciones de los frailes, á los filipinos de los peninsulares*. Y, mientras esto hacen los *castilas*, el extranjero, alemán por añadidura, profesa un cariño inextinguible á seis millones de españoles oceánicos, y se atreve á querer «tomar á los obcecados la venda de sus pasiones y vanidades, para que vean la hendidura que les *servirá de sepultura*».

Que los *verdaderos agentes de Bismark* son nuestra intolerancia, nuestra vanidad, nuestra locura de grandeza y el veneno de nuestra literatura insultante. En vez de buscar en cada aspiración liberal y progresista la mano de Bismark, debíamos ver una reacción natural y justa contra nuestra opresión espiritual y política, nuestros abusos impunes y nuestra iniquidad.

En el tercer artículo, que en 20 de Noviembre me dirigió el doctor Blumentritt, establece un paralelo entre él y yo, para sobreponer á los míos sus conocimientos y su derecho á ocuparse en las cuestiones filipinas. Sus fuentes son universales, cosmopolitas; las mías fraile-ras, y por ende despreciables; yo no puedo ni sé salir del *globo español*, mientras él pertenece á la *república internacional* de los malayistas, con cuyo motivo me ensarta una letanía de veintiún autores de éstos, entre franceses, holandeses, alemanes é ingleses, con un epí-

logo de otros cuatro que han escrito la historia del Archipiélago malayo en la Edad Media ; todo para probar que erré grandemente, ¡ignorantón y mísero de mí!, en lo que dije acerca del dialecto moro Maginndanao y los muchos elementos tagalos que he creído encontrar en el *Vocabulario* de ese dialecto , escrito por un Padre Jesuíta. Sólo dos ventajas sobre él me concede á la postre : ser español y haber estado en Filipinas como alto dignatario, con un gran sueldo, sin más inconveniente que una ligera disentería (le brindo con la recíproca); pero estas ventajas se compensan y anulan con las que él goza en su gabinete de Leimeritz, donde aprende y señorea, como el águila desde las nubes, toda la humanidad malaya y todo el universo-mundo. Él, libre-cambista de ideas, y yo proteccionista espiritual (ya pareció aquello), únicamente, en puridad, me otorga derecho á hablar de una pequeña parte del Luzón central, por los conocimientos microscópicos que allí adquirí de los frailes, que lo mismo pude adquirirlos en Madrid, leyendo libros fraileros entre una misa y una corrida de toros. Y pretendiendo, en fin, sacar partido de mi espíritu de conciliación y fraternidad hacia los americanos, opuesto, en su concepto, al que me anima con los filipinos, pues supone que los considero filibusteros y revolucionarios, pronostica que, andando el tiempo, algún nieto mío hará á los filipinos, ya independientes de la Metrópoli, las mismas protestas de fraternidad y amor que yo hago hoy á los americanos, esos hijos perdidos para España por los Barrantes de 1810 y 1830.

Finalmente: en su último artículo, publicado en *La Solidaridad* del 15 de Diciembre, debo espigar muy poco para que no se haga esta réplica interminable ; es á saber : que en artículos y folletos escritos por los frailes se dice que hoy existe lucha política en Filipinas, contra lo

que yo he aseverado, y que me desmiente el mismo argumento que empleo contra la novela de Rizal, diciendo que influyó en la manifestación de Manila de 1.º de Marzo de 1888. (Por cierto que aprovecha esta oportuna circunstancia para declarar en una nota que no está conforme con la expulsión de los frailes que los manifestantes pedían.) Cuanto á su tesis, pretende probarla con la fecha de la publicación del libro y con las de los viajes de Rizal, de quien conserva cartas de Hong-Kong y Tokio, hasta con los sobres, para que los sellos de correos autoricen su exactitud, precaución y doble vista estupenda, maravillosa, por la cual no puedo menos de felicitarle; pues, como dice el refrán español: «hombre prevenido nunca fué vencido, y el que sabe su coartada sabe su escapada». Tampoco encuentra esa relación entre el *Noli me tangere* y el escrito de los gobernadorcillos, y da á entender que cree inventada la especie por «la parcialidad» é intención vengativa de la *Justicia* de Filipinas (*sic*), sobre la cual vuelve á la carga, replicando á lo que yo dije en prueba de su rectitud, que si alguno de los acusados por los sucesos de Cavite pudo llegar hasta el Tribunal Supremo, debieron llegar todos, como si ninguna jurisprudencia del mundo concediese los mismos derechos á los reos convictos y confesos que á los supuestos cómplices.

Finalmente, y haciendo caso omiso de lo que me es personal, porque me obligaría á extenderme, declara el buen Doctor con su grandísima autoridad alemana, que «ahora es el momento en que *aún* (*sic*) pueden conservarse las Filipinas para España» continuando la política de reformas del Sr. Becerra. También omito otro último consejo que me envía para que no demos armas los españoles con nuestras torpezas al consabido Bismark.

Tan vistoso haz de espinas y cardos, bien compren-

derá el lector discreto que ha de atarlo y entretejerlo el catedrático de Leimeritz con otras lianas y bejucos de su peculiar cosecha, poniéndome en el caso de recurrir al procedimiento de los indios de Filipinas cuando penetran en bosques selváticos nunca explorados, que es meterse, bolo en mano, por la maleza, cortando aquí, tronchando allá, y por todas partes podando, para que el aire y la luz del sol hagan su oficio en aquella almáciga de miasmas palúdicos. Y no me voy desde luego sobre el árbol más corpulento y ensombrecedor de esta selva negra, que es M. de Bismark, porque yo para nada lo había nombrado, ni lo tuve siquiera en mientes al dirigir mis saludables consejos al escritor alemán, y me coge de sorpresa que éste ahora me lo ponga delante festoneado y casi cubierto con vistosas orquídeas y esterculáceas, que sobre llamarme la atención derechamente hacia el Canciller de hierro, me obligan á dar un rodeo para ponérmele á tiro; pero todo se andará, pues Blumentritt lo quiere y el blanco me enseña, trayéndome á la memoria lo que yo quizá no quería.

Digo, pues, empezando á cortar por lo sano, que se alcanza bastante á mi rudeza de los derechos inmanentes y adherentes á la personalidad humana, para negar á doctor alguno, cuanto más al bohemio de Leimeritz, el derecho á meterse en todo lo que le importe y lo que no le importe, incluso en los charcos, como suele decirse; y niego por ende que de mis buenos consejos se deduzca semejante cosa, pues ya he dicho al principio, y repetiré cien veces, que no es la legalidad, sino la conveniencia de su intervención en los asuntos filipinos, la que yo he puesto en duda; y ya he dicho también por qué, y en ello me afirmo y ratifico. Ni podía ser otra cosa en los tiempos que corren para nosotros los ignorantes de España,

como para los sabios de Germanía. Al que asó la manteca no le ocurre ya, cuando ve á un prójimo arrojarse por el viaducto, ir á predicarle el derecho cristiano, que en redondo niega al hombre el de disponer de una vida que no es suya, sino de Dios que se la ha dado; antes, apelando á su interés y á su espíritu materialista, solemos decirle: «¡Infeliz! Mira lo que haces, que te vas á romper el alma». No se entienda por esto que corra el doctor ningún peligro en su respetable persona, ni que él se encuentre en el caso de un suicida á quien conviene tirar de las piernas; pero hay en la personalidad humana algo tan quebradizo y frágil como los huesos y el pellejo, y ese fué el percance justamente que por amor al prójimo y por simpatía literaria quisimos nosotros evitar al catedrático de Bohemia.

Nos hacíamos cándidamente esta sencilla reflexión:—
 «Si por espíritu de humanidad, ó por darse ese gustazo,
 »puesto que de gustos no hay nada escrito, como piensa
 »muy bien Blumentritt, aunque lo exprese hartó mal,
 »un escritor extranjero, español por añadidura (que es
 »bien floja añadidura), cayera en la tentación de enviar
 »á los periódicos de Viena artículos contra los bohemios,
 »ó viceversa, á los periódicos de Bohemia artículos con-
 »tra el Austria, suponiendo que la esclaviza, y que los
 »tcheques no tienen sangre en las venas si como un solo
 »hombre no se levantan; seguramente, con harta razón,
 »algún sabio de aquellos que conocen nuestra literatura
 »mejor que nosotros mismos, según creen, nos daría con
 »Urganda en las narices, diciéndonos á grito pelado:

«No te metas en dibu-
 »ni en saber vidas aje-
 »que en lo que no va ni vie-
 »el ignorar es cordu-»

Y aun no faltaría quien, poniendo á prueba su erudición española, nos recordase al corregidor de Almagro, que se murió de pesadumbre porque á un vecino suyo le habían hecho mal una chupa ó un chaleco, que en este punto del pecado del sastre andan las historias desacordes. Ni hacíamos así la menor ofensa á la inconmensurable cultura y al piramidal talento de los sabios alemanes, suponiéndolos capaces de negarnos el derecho á intervenir en sus cosas, pues á ellos, en sus gabinetes, les está permitido pensar, y aun escribir, cuantos disparates les ocurran, sobre todo contra los demás pueblos, mientras sus gobiernos obran en bárbaro ó en civilizado, según conviene. En un país donde se expulsa á los corresponsales de periódicos extranjeros cuando no escriben á gusto de los que mandan; en un país donde hoy se destierra á los socialistas en montón, y mañana se consienten motines contra los judíos; en un país donde se discute actualmente si se continuará azotando á los presos de las cárceles, procedimiento que sólo allá se usa todavía en el siglo que corre, y que se parece como un huevo á otro á los que por acá usaba la Inquisición en los tiempos llamados bárbaros; en un país donde por confesión del mismo escritor bohemio hay provincias en que se asesina por la *vendetta* y se le cortan al cadáver las narices, las orejas y los miembros viriles....., en ese país el derecho á meterse á cobrar la renta del excusado, no le sería fácilmente reconocido á nuestra respetable personalidad, aunque tal derecho solo en Marruecos se niegue hoy al extranjero, según Blumentritt. El *Tank-wei*, que tanto horripila al buen doctor, en su tierra y en su casa se oye con más frecuencia que en la nuestra, y aplicado á enemigos menos peligrosos, si bien se mira.

Cuenta que aquí tendríamos dobles motivos que en otra

parte para estigmatizar con el *Tank-wei* á los alemanes que, *auctoritate qua fungor*, se meten á fallar en contra nuestra pleitos en que ni les va ni les viene.... al parecer. Ya que habla de idiosincrasia de los pueblos, para pintar la nuestra á su modo, necesario es recordar al doctor frailófobo (la nota favorable á los frailes de su último artículo, es una nota.... de música, según se probará) que todavía en el trato con los alemanes demostramos los españoles nuestro buen natural hidalgo y nada rencoroso ; pues ellos tuvieron la culpa de nuestra primera revolución trascendental , y no ya por el *Tank-wei*, ni por diabluras baladíes, sino por haber asaltado como plaga de langosta nuestras casas y nuestros bolsillos, hasta el punto de no correr una moneda de oro por toda Castilla sin que le echasen la zarpa los antepasados del escritor, dando lugar á que les cantara el pueblo :

«Doblón de á dos,
Que os guarde Dios;
Pues don Gevres
Non topó con vos.»

Fué necesario nada menos que el manto imperial de Carlos V, que abarcaba dos mundos, para cubrir aquellas cloacas germánicas que habían destapado las Comunidades. Ni hubo después ocasión ni manera de que se modificase la idiosincrasia española en sentido benévolo á tales gentes, pues tanto las que tomamos á sueldo para la guerra y la guarda de nuestros palacios, como las que se quedaron aquí trasconejadas cuando pasó la nube, dieron de sí tales muestras, que el apellido *Tudesco* ha venido á ser proverbial en España para los apetitos más groseros y bajos de la materia, y así se dice borracho como un tudesco, hambrón como un tudesco, etc., etc. ¿Que

después se les ha afinado mucho la corteza? No lo negaré yo ciertamente, ni negaré tampoco que en las evoluciones misteriosas de la humanidad les ha tocado en suerte, por ahora, parir todos los monstruos filosóficos que luego la nodriza francesa, como la loba de que habla Virgilio, lame, pule y acicala para que parezcan falderos juguetones, y admitidos en la buena sociedad, le inoculen la hidrofobia, que *a nativitate* en el cuerpo llevan. También parece que sirven, según un libro alemán de que hablaré más abajo, para lo que aquí llamamos ojeadores en arte venatoria, que espantan la caza hacia el puesto de las escopetas, y perdóneme el escritor austriaco si halla alguna relación entre esta idea y sus calurosos elogios á los franceses por lo bien que se están preparando á la revancha, elogios muy sospechosos en un alemán.

Pero estos mismos elementos tradicionales de nuestra idiosincrasia, labraban inconscientemente mi buen deseo de sacar al Doctor del berenjenal en que le veía. «¡Ale-
»mán y meterse en nuestras cuestiones de Filipinas,
»decía yo para mí, con la agravante circunstancia de
»llamarlas políticas á la europea, cuando son exclusiva-
»mente sociales y religiosas á la asiática!.... Los corres-
»ponsales que le llevan, por decirlo así, la pluma, van á
»poner á este pobre hombre en un mal trance, utilizando
»su humanitarismo filosófico.» Ahora me habla él espontáneamente de los agentes de Bismark, como preguntando:—«¿Lo dice V. por mí?»,—cuando yo nada he dicho; y ¡vive Dios! que esta salida tan original é inesperada, aunque no responde ni aun á mis más recónditos pensamientos pasados, créalo al pie de la letra el buen Doctor, me inspira de presente otro, que no puede echar á mala parte, porque, sobre ser más engendro suyo que mío, pertenece á la atmósfera civilizada que le rodea, y no tiene,

por consiguiente, nada de *Tank-wei*, ni de Marruecos, ni de frailerero, elevadas calificaciones que la gente baja le merecemos. Sepa el Doctor, pues, que en tesis universal, *cosmopolita*, y no de *globo español*, mísero y pequeñuelo, aconsejaría la más vulgar prudencia á cualquier escritor extranjero, máxime si es alemán por añadidura, no meterse en cuestiones interiores de pueblos que tengan entre ojos á M. de Bismark, aunque sólo sea por no dar ni la más remota ocasión á las burlas que merecen á este diablo los que mejor le sirven, así le sirvan de balde.

En primer lugar, para los negocios de prensa y de periodistas tiene el Canciller de hierro un vocabulario tan mal sonante y despreciativo, que el que aquí llamamos de germanía, usado en las cárceles y en los presidios, es todo flores, delicadezas y almíbares....; pero, ¿á qué nos cansamos en explicar á un Doctor austriaco lo que sabrá mejor que nosotros, pues debe conocer perfectamente el libro *Reptilienfonds*, evangelio periodístico del Canciller, que en estos últimos diez años ha dado la vuelta al mundo, á pesar de la conspiración del silencio en que *pro domo sua* lo ha envuelto la prensa cosmopolita? En la seguridad, pues, de que conoce mejor que yo esa institución secreta de la Prusia contemporánea, cuya virtud explica muchos sucesos inexplicables, quisiera que me explicase el Doctor, medianamente claro, ¿cómo un hombre que se jacta de haber sostenido nuestro derecho en la cuestión de Carolinas, puede acusarnos de favorecer las miras de Bismark á los españoles que tenemos en un asunto análogo la actitud que puede en nosotros llamarse tradicional? ¿No hay aquí algo de haber cogido por los cabellos una ocasión.... que á todo el mundo parecería calva?

Voy ahora, para concluir lo más pronto que pueda, á engolfarme en la cuestión fundamental que el Dr. Blumentritt suscita, que yo no he indicado siquiera, principalmente porque no es para tratada á vuela pluma en un periódico, y porque en puridad no sería cuestión, si circunstancias accidentales de la política no llevaran al ministerio de Ultramar por derroteros que parecían desde la Revolución abandonados. Las que el Dr. Blumentritt llama instituciones asimiladoras, considerándome adversario de ellas, porque así le place, ¿dónde estaban en su folleto apologético de la novela de Rizal, que fué el que movió mi pluma? ¿cuáles han de ser y en qué número y medida para que resulten incompatibles con mis actos ó mis escritos? Yo declaro que ni en los del catedrático austriaco, ni en los de los redactores de *La Solidaridad*, que se creen los precursores del Mesías filipino, cuando sólo son unos comentaristas rapsódicos del *Noli me tangere*, y una guardia de honor del novelista, se encontraba una sola exposición de doctrina positiva, una indicación siquiera de lo que piensan y lo que quieren esos innovadores, hasta el 15 de Diciembre, fecha cabalística, por decirlo así, como luego se verá. Una pasión desapoderada, según al principio dije, que más que política es anti-social y anti-religiosa, y que no discute, sino que vocifera ó reniega, ¿puede ser la crítica de un sistema, ni menos la manifestación de las aspiraciones de un país? El mismo Rizal, que en su novela acierta alguna vez á elevarse á estos altos tonos, principalmente cuando entablan polémicas personajes más ó menos exagerados y verosímiles, en el epílogo de su obra, que está escribiendo en *La Solidaridad*, aunque le dé el nombre de *Filipinas dentro de cien años*, había andado perdido en un dédalo de contradicciones y obscuridades, que prueban que

no hay fórmula para dar á conocer lo incognoscible, hasta la fecha anteriormente citada, en que publicó su tercer artículo, y el Sr. Blumentritt su cuarta epístola con la nota que hemos llamado musical. Tan es así, tan extraviado y sin brújula andaba el novelista antes de mediar el mes último del año pasado, que en un libro acerca del *Teatro tagalo*, que dentro de pocos días verá la luz pública, hemos descrito la lucha que existe entre sus indefinidos ideales, hijos de su educación hostil á España y hostil al catolicismo, con el conocimiento práctico que tiene de su país, donde no caben ideales ni aun metidos á mazo. Su afirmación más concreta en los asuntos citados era la siguiente, cuya vaguedad no necesita encarecimiento: «Las Filipinas, pues, ó continuarán siendo » del dominio español, pero con más derechos y más libertades, ó se declararán independientes después de ensangrentarse y ensangrentar á la madre patria». Profetizar así es la tarea más fácil del mundo, pero la menos filosófica.

En cambio, las manifestaciones del odio contra «la negra plaga de los frailes», según la expresión de Rizal, saltaban á cada paso, con razón ó sin ella, bien categóricas y positivas. En un banquete que celebró el 20 de Octubre la redacción de *La Solidaridad*, los brindis fueron del tenor siguiente:—«Contra ciertas instituciones que no quiere nombrar» (Sr. Ruiz):—«Por la abolición de los ominosos privilegios de que disfrutaban los » frailes en Filipinas» (Sr. Sandico):—«Contra la teocracia y contra el dominio despótico de los frailes» (señor Ponce):—«El Sr. Pilar brindó «Por aquellas islas » donde sólo faltan la libertad y la ausencia de los frailes para convertirse en un verdadero paraíso»,—y, en fin, el Sr. López Jaena brindó «por las revoluciones».

Verdaderamente había en todo esto algo de travesuras de muchachos que hacen novillos y maldicen del dómine.

No de otro modo convendría mirarlas, si reinara en el ministerio de Ultramar siquiera la prudencia, y si no hubieran encontrado un eco público en el extranjero, alemán por añadidura, eco que nos hace el bu con M. de Bismark, suponiendo que le damos gusto al no dárselo á los llamados revolucionarios de Filipinas. La prensa de Manila, en nuestro concepto, ha exagerado un poco su papel contra esas manifestaciones, quizá por natural reacción de un tiempo muy cercano en que encontraban simpatía, si no ayuda mal encubierta, en ciertas esferas donde imperaron por desgracia análogas pasioncillas. Lo que debió hacerse fué traer á esos innovadores al terreno de la discusión razonada y filosófica, para que dijeran sin rodeos adónde van y qué es lo que pretenden, antes que saliesen á buscarlos al camino maestros y directores. Encastillarse en pedir por toda panacea filipina instituciones asimiladoras y la supresión de los misioneros, era simplemente un contrasentido, porque no hay institución más asimiladora que las religiosas, como lo prueba el hecho de tenerlas todas las naciones coloniales de todos los cultos conocidos. Y por cierto que la historia general de esas misiones muestra con irresistible elocuencia al hombre desapasionado la ventaja que hace el misionero católico, todo abnegación, todo heroísmo, todo desinterés, por regla general, al de los otros cultos, que sólo abriga miras humanas; como que sólo tiene la misión de ayudar al Gobierno y al comercio de su país explotando los pueblos coloniales. Ahora mismo se podría escribir alguna página curiosa de los panditas y santones moro-malayos que están invadiendo á Joló y Mindanao, envia-

dos sabe Dios por quién (1), é igualmente de ciertos misioneros alemanes que andan por Carolinas, y no civilizando ni edificando siquiera. Existen á mayor abundamiento en España instituciones monásticas, y por ende es el colmo del absurdo pedir que por asimilación se supriman en Filipinas.

Nosotros, sin andarnos por las ramas, hubiéramos llamado á capítulo al autor del *Noli me tangere*, que es por ahora el único espíritu un tanto grave, la única voz medianamente autorizada que en este concierto suena, para preguntarle con su libro en la mano, que era hasta el 15 de Diciembre el único texto de los innovadores: «¿Qué se ha propuesto V. probar aquí? Porque aparte la » tesis (las dentelladas) contra el orden público y el orden » religioso (la Guardia civil y los frailes) en todas las de- » más, *ex abundantia cordis*, el conocimiento práctico » que tiene V. del país le ha llevado á V. á pesimismo que » ningún español ilustrado se permite. *Quioquiap*, á quien » V. se parece bastante como observador y pintor de las » costumbres indias, aunque como estilista levanta él sobre » V. muchos codos, *Quioquiap* mismo no tiene á los fili- » pinos en tan pobre concepto como V., ni se atrevería á » poner en boca del Capitán general aquellas sangrientas » palabras dirigidas al protagonista del *Noli me tangere*: — «Sr. Ibarra, V. es el PRIMER HOMBRE con quien hablo en » este país.»—¡Ni hombres considera V. á sus paisanos, » Sr. Rizal! Tremenda injusticia que, repito, no comete- » ría un español, ni siquiera un cristiano, que sabe perfec- » tamente que no es la ilustración la mejor cifra ni el exclu- » sivo atributo del hombre, sino las virtudes y las prendas

(1) Véase el tomo 8.º, que acaba de publicarse, de las *Cartas de los PP. de la Compañía de Jesús de la Misión de Filipinas*, libro interesantísimo por cierto y que la historia y la ciencia utilizarán á porfía.

» morales, que abundan no poco entre esos pobres indios
» á quien V. ofende tanto por boca del Capitán general.
» ¿Qué dice á esto el catedrático austriaco, que sin prue-
» bas acusa á los españoles de burlarse de ellos? Y no es
» por cierto semejante insulto un rasgo de humorismo de
» V., ni un arranque inconsciente de inspiración impreme-
» ditada, Sr. Rizal, sino que toda su novela parece escrita
» para probar que filipinos, frailes y guardias civiles....
» *parejos, parejos*. Apenas se concibe cómo ha causado
» tan mala impresión entre los periodistas manilenses,
» que en mi concepto le dan un carácter que no tiene. Es
» la sátira del país, y no su apología. ¡Qué personajes
» y qué caracteres! ¡Qué gobernadorcillos! ¡Qué prin-
» cipalías! ¡Qué tipos mujeriles, excepto Mari-Clara y
» alguna otra! El padre de los sacristanes, que tiene aban-
» donados á su mujer y á sus hijos, y sólo se presenta de
» tarde en tarde en su mísero *bahay* para comerles la
» cena y pedirles un peso, *está hablando*. Lo ha pintado
» V. con verdadero amor. Es un Rembrandt. En fin, V.
» llega en su naturalismo, en su conocimiento práctico
» del país y de la gente, y en su amor, no diré á la
» verdad, porque en algunas cosas no estamos confor-
» mes, sino en su amor á la reproducción fotográfica
» de sus propios pensamientos, á pesimismo y negruras
» que parecían reservadas al francés Zola. Yo mismo, á
» pesar de la gracia que me hacen sus gráficas descrip-
» ciones, he tenido que defender en *El Teatro tagalo* á
» los pobres cómicos de Tondo, que representan un pro-
» greso relativo, por lo menos para mí, que, si no he
» visto como V. á los grandes actores de Berlín, he visto
» algo muy bueno de Francia, de Italia y de España, que
» quizá supere á lo alemán, único tipo que por lo visto
» á V. le enamora. También ha pecado V., y gravísi-

» mamente, de injusticia, ¿quién podrá creerlo?, con
» los escultores, con la flor y la nata del arte indígena,
» obligándome á salir á su defensa, convertido en un
» verdadero Don Quijote, porque llamar, como V. hace,
» *carpinteros* á los modestos artistas de Santa Cruz y de
» Paete, donde los hay tan hábiles como Tampinco, Gau-
» dínez, Arévalo y otros muchos, francamente, Sr. Ri-
» zal, eso ya no es crítica, ni naturalismo, ni positivismo
» estético, sino empeño de no dejar hueso sano á ningún
» elemento filipino de importancia y significación más ó
» menos progresiva.

» Pero venga V. acá, novelista de mis pecados, alma-
» cén de contradicciones, espíritu torcido por una educa-
» ción alemana que no tuvo en cuenta sus fuerzas diges-
» tivas; si así piensa V. de sus paisanos y amigos....., si tan
» bajos de nivel los encuentra, como diría el catedrático
» de Leimeritz, ¿por qué pide V. para ellos reformas que
» no comprenden, puesto que ni siquiera hay allí *un hom-*
» *bre*, desde que emigró desesperado el protagonista del
» *Noli me tangere*? ¿Qué van á hacer con esas quisicosas
» los pobrecitos? Ya le oigo replicarme que, como de sa-
» bios es mudar de consejo, V., desde el famoso 15 de Di-
» ciembre, ha mudado de opinión, y en el tercer artículo
» de *Filipinas dentro de cien años* asegura bajo su hon-
» rada palabra que «*ya hay escritores, librepensadores,*
» *historiógrafos, filósofos, químicos, médicos, artistas,*
» *jurisconsultos, etc., etc.* ¡Cosa como ella! Á buena
» hora, mangas verdes. Pero hombre de Dios, ¿por qué
» se lo ha tenido V. callado tanto tiempo? ¿Qué ocasión
» mejor que la novela para anunciar al mundo esas ma-
» ravillas? ¡Cuán bonito papel no hubieran hecho entre
» sus gobernadorcillos y capitanes pasados un par de in-
» dios con camisa tudésca, que hablasen de Schopen-

:

» hauer y Stuart Mill, y qué caras pondrían sus oyentes entre mascadas de *buyo* y frotamientos de oreja!
» Venga, venga un retrato de esos *genios ignotos*, aunque sea tamaño como un cañamón, y yo los pondré sobre mi cabeza, que no soy hombre que repara en colores del rostro, antes admiro y aplaudo lo bueno donde quiera que se encuentre.

» Á fe, á fe, que lo he buscado incansable con la mismísima linterna de Diógenes, por todo el Archipiélago, y con mejor olfato sin duda por mi práctica, que el General consabido, que sólo encontró *un hombre*, y ese era V., porque Ibarra y Rizal, *parejos* también, *parejos*, según he probado en otra parte. Modestos aficionados á las ciencias físicas y naturales, concedo á V. una lista de media docena escasa, que empieza con Anacleto del Rosario, farmacéutico de Manila, autor de los *Olores del Pasig*, un folleto que no hace mal papel en la literatura de los microbios, y concluye con algunos ayudantes y manipuladores del malogrado Vidal, en la *Comisión de la flora filipina*. De literatos, apúntese V. uno, Isabelo de los Reyes, algo folk-lorista, algo erudito, bastante estudioso, y hombre en fin, que puede figurar en nuestra cuenta. Más larga, mucho más larga debería de ser la de los médicos, porque ya habrá creado unos 500 la escuela que sostiene en su Universidad la Orden de Santo Domingo; pero como he tenido en las manos casi todas sus hojas de estudios y méritos, dudo que al año de recibir el título puedan contarse por docenas los que sepan hacer un diagnóstico ó un pronóstico, y por lo que toca á recetas en latín ni en castellano.... Jurisconsultos, aunque sean de sangre mezclada, tampoco regatearé á Vds. un Arellano, que vale por muchos, y quizá no pase de ahí; pero en

»cuanto á historiógrafos...., cuanto á librepensadores....,
»cuanto á filósofos...., ¡válgame Santa Rita, abogada de
»imposibles!.... ¡De dónde los sacaremos, Sr. Rizal? ¿Dón-
»de están sus obras? Así como en los bosques más impe-
»netrables descubre á la flor su aroma, así el hombre
»de mérito no puede estar oculto, porque le denuncian
»sus escritos, sus trabajos, su influencia. ¡Librepensado-
»res y filósofos! Como no lo diga V. por los monteses
»insurrectos de Visayas, que unos se creen dioses y otros
»diablos.... Fuera de los conventos, y muy especialmente
»del claustro universitario de Santo Tomás, ¿quién sabe
»en Filipinas lo que es filosofía?

»Si yo dispusiera de más tiempo y más espacio, quizá
»indicaría á Vds. dónde tienen un verdadero é inverosí-
»mil filósofo, aunque siempre de molde español, y en-
»vuelto en el rapsodismo de los pensamientos ajenos,
»que no pueden abandonar hoy por hoy, ni quizá podrán
»nunca; pero sobre que este descubrimiento pienso ha-
»cerlo en otro libro semejante al *Teatro tagalo*, me
»apremia ahora la necesidad de concluir, deduciendo
»de todas estas premisas las consecuencias con que he
»de dar punto á mi polémica con el doctor austriaco,
»á quien tenía V. sorbidos los sesos...., hasta que se ha
»vuelto la oración por pasiva. El caso es digno de estudio
»y merece capítulo aparte.»

Allá por los principios de Diciembre, coincidiendo con un folleto escrito en Bohemia é impreso en la Rambla de Cataluña por Francisco Tossas, cambiaron Vds. de táctica, como si hubieran recibido una consigna; y echaron por otro camino, sin reparar que *Noli me tangere*, los brindis del 20 de Octubre y aún la nascente colección de *La Solidaridad*, iban á cogerles en renuncio. Vds. hasta aquel entonces, y Blumentritt con Vds., ha-

bían hecho una política puramente demoledora, pidiendo, no ya la expulsión, sino el exterminio de los frailes, violentando la historia y el sentido común para hacerlos responsables del atraso de Filipinas, de la ignorancia, que reconocían Vds. y proclamaban de los indios, y, lo que es más grave aún y más falso, de los sucesos de Cavite los hacían Vds. responsables; empeño temerario que el *Noli me tangere* ha puesto de moda entre Vds. como que el *Noli me tangere* era hasta entonces el único programa de la reforma filipina.... (Dejando aparte á la Guardia civil, contra la cual no puede escribirse en España.) Pero llega Diciembre, el mes de los besugos y del *trancazo*; desenvaina Blumentritt sus argumentos de Bismark y sus *Consideraciones acerca de la situación de Filipinas*, y ya tienen Vds. programa político, que toma bien pronto cuerpo y carne el 15 de Diciembre en el tercer artículo de *Filipinas dentro de cien años*, y en la cuarta epístola que me dedica el catedrático bohemio en *La Solidaridad*. El hombre había echado mejor sus cuentas por lo visto, cayendo en la de que él «no es amigo de ningún trastorno radical», y que «probablemente hay un término medio» para dar gusto á todos, que es esperar á que se mueran los frailes, é ir proveyendo sus vacantes con clérigos indios (pág. 45 de las *Consideraciones*). Se sobreentiende que antes de llegar á esa pág. 45 ha seguido vapuleando lindamente á los frailes, á España, á los escritores españoles, y al general Salamanca por el discurso filipino que pronunció en el Senado, poniendo en las nubes á los desgraciados jefes de la insurrección de Cavite, ponderando la trascendental importancia de la manifestación de 1.º de Marzo de 88 (que fué hecha á máquina y de la manera que sabe todo el mundo); pero en cambio, repito, habla ya de su espíritu tolerante, ya con-

fiesa aprender algo en los libros frailunos, y con el ejemplo del Austria, que ha dado derechos políticos á las tribus dálmatas de morlavos, boqueses y zupaneses, que en ignorancia y rudeza compara con los filipinos, pide para éstos el sufragio universal y libertad de imprenta. ¡*Eureka!* ya tenemos programa; ya ha llegado hecho y derecho de Alemania, y por un hombre que sabe dónde le aprieta el zapato, puesto que sabe cómo se burla á M. de Bismark, á quien sirven tan bien los periodistas de Manila. Y el mismísimo 15 de Diciembre aparece también en *La Solidaridad* ese mismísimo programa, bajo la firma *J. Rizal*, en el tercer artículo de aquellas *Filipinas dentro de cien años*, donde tanto se había divagado. «Diputados y prensa libre: estas son las dos reformas fundamentales, que, bien interpretadas y aplicadas, podrán disipar todas las nubes, afirmar el cariño á España y hacer fructificar todas las posteriores. Estas son las reformas *sine quibus non*.» De los frailes también Rizal habla ya muy poco, pues parece convenido que basta y sobra con dejarlos morir de viejos.

No concluiría nunca, si continuase cogiendo puntos á este calcetín que se deshace entre las manos. Como necesito concluir, resumiré en los términos que me sea posible.

No he de defenderme, por cierto, de las acusaciones de ignorancia que me dirige Blumentritt, aunque pudiera hacerlo muy bien, que no tratamos aquí de malayismo ni de erudición cosmopolita, en la cual, si me limitase á citar nombres propios de escritores, como él hace, podría también echar mi cuarto á espadas, y aun triplicar su lista de veinticinco con sólo copiar la sección malaya de Leclerc, ó, mejor aún, nuestro inagotable y clásico Pínelo. Pero no tratamos aquí, repito, de malayismo, sino de la cuestión concreta de Filipinas, donde el elemento

malayo no es exclusivo ni siquiera preponderante, según demuestran los estudios lingüísticos y etnográficos de los misioneros españoles, infinitamente más autorizados que los que él me cita, porque los han hecho sobre el terreno, en tres siglos largos de residencia y observación asidua, no en las bibliotecas de Berlín, Viena y París. Además, el misionero católico estudia y escribe por conveniencia propia, para entenderse con el indígena, y por amor á la ciencia y á la civilización en lo que tienen de más puro y desinteresado, mientras el viajero y el hombre de mundo suelen, por regla general, obedecer á móviles personales ó políticos, ó á ambas cosas á la vez. Hago una excepción á favor del catedrático bohemio, que sólo trabaja por amor á la humanidad filipina, y para impedir que nuestras torpezas españolas redunden en beneficio de M. de Bismark. En las *Cartas de los Jesuitas de Mindanao*, que he citado más atrás, hay estudios notabilísimos de esta índole que recomiendo al doctor austriaco, y no haga ascos á aquellos nombres porque no acaben en *s*, ni en *t*, ni en *k*, ni hablen de cosmopolitismo científico, ni se salgan del globo español el canto de la uña, que yo le aseguro que los prosaicos Foradadas, Sanchos, Quintanas, Pujolés, Uríos, y aun Caballerías, enseñan más malayismo práctico, de útil aplicación á Filipinas, que todas las bibliotecas cuyos rótulos me ha pasado por las narices, creyendo marearme con su olor, como si yo fuera un aprendiz de bibliógrafo á quien se deslumbra con catálogos de librería *à bon marché*. Allí podrá ver, en la página 106, que no iba yo descaminado en lo que dije del dialecto moro maguindanao, y la página 85 le probará que «los terminachos de su idioma son una mescolanza de *tagalo* (el primerito y tómate esa), visaya, malayo samal y joloano». Me parece que no puede ser más fresca

ni más autorizada la noticia, aunque no se encuentre en el malayismo cosmopolita, cuyo Atenas es ahora Leimeritz.

Porque yo prefiero esta erudición de primera mano y buena ley, me llama frailuno el buen doctor, partidario de la política retrógrada y enemigo de las instituciones asimiladoras; pero ¿qué he de hacerle? Cada enfermo desvaría según el mal que le aqueja, y el icterico todo lo ve amarillo. Él escribe para la humanidad malaya y cosmopolita; yo para mi pobre globo español. Afortunada ó desgraciadamente, soy ya viejo, y tengo una historia que responde por mí en España y en Filipinas. Al revés de lo que suelen hacer los mayores demagogos, nunca me he dejado en un convento mi bastón de autoridad, ni he sacrificado mi amor á ciertos principios y ciertas instituciones laicas en aras del respeto y la estimación profunda que profeso á las religiosas, por que las considero, como pensador y como filósofo, madres de la civilización moderna, incluso del progreso político en lo que tiene de racional y aceptable. La gente latina, ¿hubiera realizado sin ellas ninguna evolución hacia el ideal?

Al Archipiélago magallánico aplico este criterio, subido muy de punto. Allí lo han creado todo las Órdenes religiosas, desde las lenguas que hoy hablan los indígenas, hasta su estado social, que, si dista mucho de la perfección bajo ciertos aspectos que llamaré europeos por calificarlos de algún modo, es porque ellos no se ayudan en la manera que aconseja el libro santo, ni saben utilizar los mismos elementos fundamentales que los misioneros les han proporcionado, principalmente el idioma y la educación. ¿Ni cómo han de convencerme algunos ingratos discípulos de esos frailes, cuando vienen á Europa

y los deslumbra una luz para la cual no tiene fuerza su retina; cómo han de convencerme de que es abominable lo que allí pasa, cuando, en realidad, no pasa nada que no haya pasado siempre y que no deba pasar, dada la idiosincrasia del indígena? ¡Y si al menos tuvieran habilidad para desfigurar la historia antigua y calumniar la moderna, como hicieron Voltaire y los grandes revolucionarios del siglo pasado! Pero los tiempos son muy otros, y la verdad tiene hoy abiertos muy anchos caminos, para que puedan volcar el celemín sobre ella medianías tan pueriles como la raza de que proceden. El mismo Rizal, que tanto la poetiza, ó pretende poetizarla, parece escribirle sobre la frente el *nulla est redemptio*, como ya hemos visto, negándole hasta personalidad humana. En *Filipinas dentro de cien años*, confesiones como esta revelan en malísimo estilo (y eso que no escribe tan mal como otros) el barullo y la confusión de sus ideas: «La situación actual parece de oro y de rosa, diríamos una hermosa mañana, comparada con la tempestuosa y agitada noche del pasado». ¿Qué más? En *Noli me tangere*, llegó, en un verdadero paroxismo de pasión, á citar desaguizados de los frailes con nombres propios.... ¡y no pasó de uno! ¡Uno entre mil! ¡Vaya un argumento para declarar inconveniente una institución! Si yo fuera defensor apasionado suyo, como dice el bohemio, ¡qué ocasión se me presentaba para declamar una larga tirada en el tono de Leimeritz!

Aquí entra, como anillo en el dedo, la última y más grave acusación que me hace, con la cual protesto concluir, cerrando una polémica sin fundamento y sin substancia. Este mismo concepto, relacionado con lo demás que dejo dicho, explica el que yo tengo de las naciones americanas, hoy parte integrante de la civilización uni-

versal, elemento de que no puede prescindir la política, y menos la sociología contemporánea. Á la literatura y á la nación española más directa y más especialmente le incumbe el estudio y la observación atenta de esa faz de la civilización, que es similar suya, que procede de sus mismas fuentes históricas, y que entraña misterios de lo por venir que pueden ser comunes. ¡Que al pensar y al obrar así olvido lo pasado, y perdono á los americanos el haber sido filibusteros! Pues ¿quién lo duda? Y hasta hago coro á las maldiciones con que recuerdan á algunos de los gobernantes que les enviamos, que el historiador crítico ha de poner la verdad y la justicia sobre los intereses de la misma patria. Á esto llama Blumentritt liberalismo que pugna con mi actitud en las cuestiones filipinas, porque ha olvidado la declaración que hice en aquel mismo artículo de LA ESPAÑA MODERNA, que tanto y tan injustamente le escoció. La independendencia de las colonias, cuando tienen elementos de vida propia y no han de desafinar en el concierto de la civilización deshonrando á la metrópoli que las ha creado, es para mí un hecho ineluctable, que no aplaudo por lo que afecta á los intereses de mi patria; pero que acepto como filósofo, considerando que las naciones son en puridad como familias donde los mayores de edad deben fundar casa. Ley de naturaleza, que siempre se cumple y que forma parte del plan divino, me inspira tan profundo respeto, que si en las circunstancias actuales tuviera alguna participación en el gobierno de mi país, le aconsejaría pensar seriamente en la situación que nos ha creado el establecimiento de la república en el Brasil, acontecimiento que influirá seguramente en los destinos de Cuba y Puerto-Rico, á cuya contingencia debemos anticiparnos. Un notable escritor cubano, el Sr. J. Merchan, acaba de dirigir á mi

amigo D. Juan Valera una interesante carta, impresa en Caracas, á cuya tendencia política me inclino yo bastante.

Y no digo más sobre América y los americanos, porque ni es ocasión oportuna, ni he traído aquí este ejemplo para otra cosa que para recordar al doctor Blumentritt sus alardes de humanitarismo y cosmopolitismo, en cuyo orden de ideas deben las mías parecerle perfectamente lógicas y completamente aceptables. El interés de la civilización es el elemento principal de mi criterio en las cuestiones coloniales, y respecto á Filipinas, ese interés salta á los ojos. El programa Rizal-Blumentritt lo compromete en algunos puntos; otros me parecen muy dignos de ser tomados en cuenta. Instrucción; descentralización administrativa; prudente libertad de imprenta; desarrollo de los intereses morales y materiales del país; ¿quién rechaza eso?; política, la puramente necesaria para que el poder público, si cae en manos inhábiles, como ha solido suceder, no ponga á Filipinas y á los españoles en el peligro de verse agitados artificialmente, hoy por pasiones patrióticas, mañana por pasiones anárquicas. Que no gobiernen los frailes; pero tampoco asociaciones tenebrosas que se den la mano con los enemigos de España. Donde no hay un hombre siquiera, según los más fantásticos utopistas, aunque después hayan mudado de opinión y encuentren hasta filósofos, ¿cómo ha de existir cuestión política? ¿para qué fines verdaderamente civilizadores? ¿para dar gusto á media docena de estudiantes, que alguno escribe en periódicos porque el papel todo lo aguanta, y que al volver al seno de su familia se encontrará en una situación más cómica en su aspecto y más trágica en sus resultados que la que se echa en cara á los periodistas de Manila, situación que merecería ocupar

la pluma de un Astoll ó de un Rizal?... También se habla de emigrados que suspiran por la patria.... Esos sí, que no llegan á la media docena, con la peregrina circunstancia de que son emigrados voluntarios, porque se han creado en Europa ventajosas posiciones. En cambio hay en Filipinas muchos españoles que han renunciado á su patria, porque allí se goza de verdadera libertad.

No permitiéndome ya la actitud del Doctor bohemio seguir desempeñando mi papel de consejero amistoso que la fraternidad literaria me había impuesto, el mismo sentimiento, junto con el amor á aquel hermoso país, cuna de algunos de mis hijos (título que debe tener muy presente el austriaco para que la felicidad del país me sea por muchos conceptos cara), me autoriza á dirigir mi voz sincera á esos jóvenes filipinos, principalmente á Rizal, cuyas buenas facultades reconozco y aplaudo, para que no se dejen seducir por sirenas de aquende ni de allende, ni menos acepten programas ajenos, cuya buena intención no pongo en duda, pero pueden estar inspirados en prejuicios y quizá en intereses europeos, incompatibles con nuestros comunes intereses. Parécenme asimismo hijas de la buena fe y del amor á la civilización algunas aspiraciones de los filipinos ilustrados, y en tal concepto les aconsejo también que desconfíen del viejo espíritu tagalo, fantasma vagaroso de sus bosques seculares, que como el gran *divata* de Mindanao, descubierto por el P. Mastrilli, que tanto da que hacer en todos tiempos á los Jesuítas, cuando se le echa del Río Grande se va al Agúsan, rechinando siempre los dientes contra los frailes y los soldados, porque son los únicos que saben encontrarle el bulto en la espesura, mientras los demás castillas, aves de paso, ni aun en las lindes hacen mucha pa-

rada. Cuando en agapes amañados ó en mal escritos artículos se alza un coro de reniegos y blasfemias contra todo lo que ha producido la actual cultura de Filipinas, y puede todavía conducirlas á la verdadera civilización, ¿no es lícito pensar que el gran *divata* de Mindanao...., *fremuet dentibus*?

V. BARRANTES,

De las Reales Academias Española y de la Historia.



P. S. Acusamos recibo de las siguientes publicaciones, que iremos examinando á medida que las circunstancias nos lo permitan.

Camilo Enríquez, por M. L. Amunátegui; dos tomos.—Impresos en Santiago de Chile.

D. M. L. Amunátegui, por D. C. M. Vicuña y D. D. Barros Arana.—Idem.

Primeros años del Instituto Nacional, por D. Amunátegui Solar.—Idem.

Páginas sueltas, por el mismo.—Idem.

Un poema, por G. Puelma Tupper.—Impreso en Buenos Aires.

Poesías subjetivas, de E. de la Barra.—Santiago de Chile.

Atacama en la guerra del Pacífico, por P. P. Figueroa.—Idem.

Historia de la expedición libertadora del Perú, por Gonzalo Bulnes.—Chile.

D. E. de la Barra, rasgos biográficos, por L. Eliz.—Idem.

Examen crítico del fallo que dió el jurado Varela sobre Métrica castellana, por J. L. Villaseñor.—Idem.

El Folk-Love filipino, por Isabelo de los Reyes.—Manila.

Correo Lino-Annamita (vol. XXII).—Manila.

Prontuario de Retórica y Poética, por Quintiliano Sánchez.—Impreso en Latacunga.

Las batallas de la Restauración, por el mismo.—Impreso en Quito.

La hija del Lhiri, canto á Bolívar y canto al Coto-pacxi, por el mismo.—Idem.

La poesía en la Fe, discurso de ingreso de D. Q. Sánchez en la Academia Ecuatoriana.

El Intermezzo de E. Heine, por R. Espinosa.—Idem.

Un drama en nuestras montañas, por Antonio Alo-mia.—Idem.

En el destierro, por Honorato Vázquez.—Idem.

Observaciones sobre las principales poesías de Zal-dunvide, por L. Cordero.—Impreso en Cuenca.

Últimos pensamientos de Bolívar y América y España en lo por venir, por R. Crespo Toral.—Quito.

Miscelánea literaria, de Roberto Espinosa.—Idem.

Traducción y refusión de la guía del joven literato del P. Broeckaert, por C. R. Tobar.

Brochadas y más brochadas, por el mismo.

Víctor Hugo en América, por J. A. Soffia y J. Rivas Groot.—Bogotá.

Cartas de los PP. de la Compañía de Jesús, de la Misión de Filipinas, tomo VIII.—Manila.

Recopilación bilingüe de las disposiciones referentes á prestación personal é impuesto provincial, por D. J. B. Álvarez de Mendieta.—Ídem.

Cartas sobre el Uruguay, por P. B. Casamayou.—Madrid.

El ideal de una esposa, por U. Gres.—Chile.

El Fistol del Diablo, novela en publicación de M. Paino.—Barcelona y México.

Apólogos, de E. de la Barra : en publicación.

Carta al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos, por Rafael M. Merchán.—Bogotá.

Locuras Humanas, por Justo S. y López de Gomara.—Barcelona.

Estudios críticos, por Rafael M. Merchán.—Bogotá.

Evangelina, por H. W. Longfellow, traducción de Rafael M. Merchán.—Bogotá.

Flor del Campo, novela de costumbres, por Pedro N. Cruz.—Santiago de Chile.

Pláticas literarias, por Pedro N. Cruz.—Santiago de Chile.

Colón y los españoles, por el P. Cappa, S. J.—Madrid.

REVISTA LITERARIA

LA CRÍTICA Y LA POESÍA EN ESPAÑA.

I.

UNA de las publicaciones extranjeras, entre las de primer orden, que más constante y reflexiva atención consagran á la literatura española contemporánea, es *La Nueva Antología* de Roma. Suele ser el encargado de examinar las novedades que producen nuestros autores el distinguido poeta y crítico G. A. Cesáreo, muy amigo de convertir en versos italianos fieles y sonoros las poesías buenas, medianas y hasta malas que producen nuestros ingenios y algunos que no lo tienen sino harto menguado. Debo muchas atenciones, y hasta lisonjas, al Sr. Cesáreo, para no pagarle sus buenos servicios en la moneda de mejor ley, en buenas piezas de lo que por acá llamamos hablar en plata. Es el caso que en su última reseña de la *Literatura española*, el elegante poeta de *Le Occidentali* se ha equivocado de medio á medio al tratar de sus hermanos en Apolo, los *poetas jóvenes* de España. Todo es relativo, como decía nuestro D. Hermógenes; el Sr. Cesáreo cita, por ejemplo,

una composición del *joven escritor* D. Eduardo Bustillo, y este simpático y castizo autor de romances, aunque tiene el corazón de un niño, hace más de cincuenta años que lo tiene. Tampoco el Sr. Ferrari es de ayer mañana, y en cuanto á Manuel del Palacio, el mismo crítico italiano tiene que reconocer que es viejo. Pero, como en todas partes hay, ó debe haber, por lo visto, poetas jóvenes, el Sr. Cesáreo, después de haber enterado á sus lectores en crónicas de más atrás de quiénes son los poetas buenos de España, ahora, porque no se acabe la materia, tiene que hablarles de los demás que nos quedan, y los llama jóvenes, así en montón, por no llamarlos malos. Á Cesáreo le ha pasado ahora lo que hace uno ó dos años á Leo Quesnel, que hablaba en *La Nouvelle Revue* de los novelistas de la nueva generación en España, y entre varios sujetos, desconocidos los más, nombraba á Enrique Pérez Escrich. No es lo peor que estos críticos extranjeros quiten ó pongan años á los autores, sino que alaben, víctimas del reclamo, lo que por acá, con mejor juicio y más datos, hemos convenido hace tiempo en reputar por nada digno de alabanzas.

Se ha notado que para el poco versado en una lengua extraña, y además hombre de escaso gusto y frágil criterio, los versos leídos en aquel idioma que se entiende sin dominarlo, tienen cierta novedad y dignidad de frase que hasta le disfrazan de cosas de sustancia y miga poética los lugares comunes y las tautologías y *nihilismos*, que en los poetas de su propio idioma no toleraría ni un momento. Pero ya me pesa de haber recordado esta observación, porque no viene á cuento. No puede ser este el caso, pues que Cesáreo es hombre de gusto, y sobre todo de erudición y juicio sano, y además entiende muy bien nuestra lengua. No; no puede ser la causa de sus

desaciertos al juzgar á nuestros poetas *jóvenes* (léase *medianos*, por lo menos), la que pudiera originarse en lo que dejo apuntado. Menos que Cesáreo valgo y entiendo yo, menos sé de su idioma que él del mío, y, sin embargo, no comulgo con ruedas de molino cuando leo algunos versos vulgares que de Italia suelo recibir; y no me dejo engañar por las sonoras cascadas de italiano en versos bien medidos, ni por las metáforas de prendería, ni siquiera por aquel barniz de clasicismo y sabio modernismo que no suele faltar en los poetas medianos de los bienaventurados países donde la segunda enseñanza es un hecho; quiero decir, es, en efecto, una enseñanza. Con lo que se puede aprender en las cátedras de retórica de los gimnasios y liceos, en punto á mitología y otras antigüedades clásicas, y á poco que se añada la malicia de escribir los nombres de los dioses griegos y de los héroes como se escriben en griego, hay bastante para dar cierto tinte de poesía filológica á lo que se hace, y embozar á los incautos. Pues bien: ni por esas me he dejado yo engañar por los poetas chirles de allende el Mediterráneo ó de allende los Pirineos. ¿Cómo suponer que engañen al Sr. Cesáreo nuestros versificadores, que ni siquiera son bachilleres, ó lo son de mala manera? Renuncio, pues, á investigar la causa de la benevolencia intempestiva é inesperada con que el crítico y distinguido poeta italiano juzga á nuestras medianías poéticas, y paso á tratar el mismo asunto desde un punto de vista, más elevado, como se dice, y del todo impersonal. La *reseña* del Sr. Cesáreo me ha sugerido esta parte de mi revista; pero conste que aquí dejo todo lo que se refiere á ese señor, y en adelante no va con él, ni con alma nacida, nada de cuanto tengo que decir acerca del asunto.

:

II.

El cual ya va picando en historia, aquí, entre nosotros, como punto de *derecho literario* puramente nacional. La costumbre que tenemos varios revisteros de tratar en broma el fastidioso prurito de la poesía enclenque y manida que nos suministran muchos vates del país, ha hecho creer á ciertas personas que no tenemos argumentos serios en que apoyar esta patriótica protesta contra la vulgaridad y la tontería expuestas en octava rima y en otras artificiosas combinaciones de arte mayor y menor. Y la verdad es, que lo único serio es tomar á risa la pretensión de que se admita por poeta á todo el que se empeñe en serlo y cuente con algunos años de servicio. Para ciertos críticos benévolos, parece que no hay en esto de la fama poética más criterio que el de la escala cerrada, que tanto ha dado que decir en las cuestiones militares. Un señor empieza á escribir versos; se los alaban los amigos; insiste él en escribirlos, pasan años, y ya ha adquirido una *respetabilidad* poética, y es *irreverencia* negársela: ha ingresado en el escalafón, y allí se le consagran todos los *gradus ad Parnassum* que el tiempo le va poniendo debajo de los pies.

Varias teorías se han inventado, todas peregrinas, para defender la causa de los malos poetas. La primera que hoy quiero examinar consiste en hacer hincapié en el antiguo refrán, ó lo que sea, que dice: «sobre gustos no hay disputas», olvidando el otro, según el cual «hay gustos que merecen palos». Ya Kant resolvió ó pretendió

resolver la *antinomía* que existe en ambas afirmaciones; y es claro que al proclamar la verdad absoluta de lo que se quiere deducir del primer aforismo popular, no hay crítica ni estética posibles.

No se puede pasar por lo que proponen ciertos amigos componedores, arreglando la discordia crítica de esta manera: todos tienen razón; como no hay una medida para los poetas, como un poeta entero no es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre, no se puede resolver quién es poeta y quién no: todos tienen razón; los que admiten pocos hijos de Apolo, la tienen á su modo, desde el punto de vista elevado en que se colocan: los que sostienen que bien tendremos sus veinticinco ó treinta poetas, tampoco se equivocan, y aún llegaremos á tener cuarenta y nueve, uno para cada provincia, prescindiendo de Ultramar, donde tampoco faltan. Con este sistema se puede dejar contentos á muchos, pero se niega por completo el fundamento racional de la crítica. «Es cuestión de gusto.» Sí, señores, justamente eso: cuestión de gusto. Pero la diferencia está en que unos lo tienen y otros no lo tienen. «Eso es querer imponerse.» Pues es claro; es querer imponer racionalmente lo que se tiene por verdadero. Cuando un filósofo expone su idea, que juzga verdadera y cierta, se sobreentiende que su pretensión es esta: «Los que quieran pensar bien deben pensar como yo». ¿Es que quiere imponerse? No. Lo absurdo sería decir: «Yo pienso así, pero es porque quiero: lo que yo digo es verdad..., para mí: Vds. pueden pensar lo contrario... y también será verdad». Ó sobra la crítica, ó la crítica no puede hacer consistir su modestia en dar como una preocupación individual, aprensión subjetiva, las afirmaciones que le dictan el juicio y el gusto.

Algunos poetas de los que yo tengo por malos han oído algunas campanas, pocas, en este asunto de la crítica moderna, y aprovechando la ocasión de meterse á críticos interinos...., han negado la existencia de su *natural enemigo* (según ellos), de la crítica misma. Y hasta han llegado á citar escritores extranjeros, raro fenómeno en nuestros *castizos* y patrióticos versificadores, que son, con monótona unanimidad, muy *chauvinistes*, por ser esta cualidad una de las más eficaces en el gran sistema de reclamos que utilizan.

Ante todo, es irracional y vulgar, y ridículo y cursi, creer en ese poder constantemente revolucionario del progreso intelectual y en la superioridad desmesurada y desproporcionada de cada momento de ese progreso con relación á los anteriores. La crítica de hoy no puede ser diferente de la crítica de hace veinte años.... hasta el punto de ser en lo esencial otra cosa. La crítica de hace veinte, diez años, como la crítica de siempre, sirvió para juzgar, y para eso sirve la crítica de ahora, sea como sea. Tiene gracia que nieguen esto, repitiendo doctrinas cuya trascendencia ignoran los que en verso y en prosa pasan la vida reconociéndose fieles idealistas y espiritualistas, partidarios de una metafísica real, histórica, tradicional. Si hay esa metafísica, si hay esas jerarquías ideales, si el mundo es un verdadero *cosmos*, un orden, ¿cómo no ha de haber crítica? Con tres ó cuatro deducciones basta para llegar desde la afirmación metafísica primera en que todos esos *vates patrióticos é idealistas* convienen, á la necesidad de la existencia de una crítica, según su concepto ordinario. No lo negará ningún estético de los clásicos de las escuelas tradicionales, ni tampoco quien haya leído un poco de filosofía. Si hay quien niega por ahí fuera la crítica, no es por dar

gusto á los creadores de ripios españoles, que no quieren que se les someta á las más rudimentarias operaciones aritméticas; si viaja la crítica por esos mundos, es porque muchos han vuelto á los tiempos de Protágoras, y porque otros muchos entienden mal las geniales pero muy elevadas doctrinas de quien, como Renan y otros pensadores, profesan un *dilettantismo* ó *dialoguismo* filosófico que no es compatible con los exclusivismos y los dogmatismos cerrados de limitados horizontes. Al positivismo estético, superficial y presuntuoso, invasor y por completo ajeno al arte, que quiso, apoderándose de la peor parte de la doctrina de Taine y de los adelantos de la ciencia, imponernos una estética de boticarios, una casuística grosera digna del mismísimo Mr. Homais, género de filosofía del arte que no estará mal representado por el popular y vulgarísimo manual de Eugenio Veron, sucedieron ciertos anarquismos y ciertas irreverencias algo más elegantes, y de estas doctrinas mezcladas, de esta confusión é hipertrofia de individualismo doctrinal, procede este superficial escepticismo estético que en Francia es ya una moda gastada, y que entre nosotros empiezan á comprender, y mal, algunos poetas medianos ó malos del todo.

Con estas exageraciones del pseudo-dilettantismo crítico, de la crítica de sugestión, de la crítica subjetiva, de la crítica pintoresca y de la crítica impresionista, es claro que vinieron también reformas y tendencias saludables. Es verdad que ya hoy no puede ser el *tipo* del buen crítico un Villemain, ni un Gustavo Planche, ni siquiera un Sainte-Beuve (si bien en éste todavía hay mucho que es de *actualidad* en el modo de entender la crítica); pero también es cierto que la crítica propiamente literaria, la que *juzga*, la que empieza á ser despreciada por la lla-

mada *crítica científica*, lejos de morir, revive, se transforma, se extiende y llega á ser preocupación más seria de los mismos ingenios creadores, y de los filósofos, y de los sociólogos, y de cuantos tienen, por un concepto ó por otro, que atender á la vida del arte. Hoy se reconoce que la crítica que parece iniciada por Taine, la crítica científica, es insuficiente, es ajena, en rigor, al asunto directo artístico. Yo confieso que cuando leía la discreta pero débil refutación parcial que opone Paul Bourget á las lamentaciones de Caro y á las paradojas que acerca de la desaparición de la crítica escribió Barbey d'Aurevilly en *Les Ridicules du temps*, sentía cierta angustia intelectual, al ver al discretísimo crítico novelista combatir en general la crítica *juicio*, en vez de limitarse, como parecía ser su intención, á condenar el *juicio* limitado, el juicio estrecho y exclusivo. El *descubrimiento*, si lo fué, de la moderna ciencia estética, de la variedad de medios, razas, tiempos, ideales, temperamentos, etc., dando variedad de bases para el juicio, no supone la negación de ese juicio mismo; ni más ni menos que no es la negación del *Derecho natural* en sí el descubrimiento de que no hay en *parte alguna*, en *tiempo alguno*, un *derecho natural*, abstracto, á distinción y en oposición á los *derechos positivos*.

Es evidente que la crítica moderna tiene en cuenta los elementos científicos, suponiéndolos tales, de que Taine fué el principal sostenedor en estos escritos; pero ni la crítica de Taine, repito, basta para llegar á la verdadera crítica de arte, ni tampoco bastan, aunque han de tenerse en cuenta, esas otras atribuciones que le conceden al crítico la conocida imagen de Sainte-Beuve, la del paisaje reflejado en el río, y las amables simpatías y fecundas sugerencias y sabias *psicologías* del mismo Bourget.

La crítica moderna, con ser todo eso, ha de ser algo más, ha de ser lo que en ella fué siempre esencial: un *juicio de estética*. Son más hermosas y algo más serias de lo que piensa Mr. Maurice las *boutades* de Julio Lemaître; hay fecunda enseñanza en su gracioso desorden, en la espontaneidad de crítica *inspirada*, genial é impresionista; pero hace bien un crítico muy serio, prudente y profundo, en señalar la insuficiencia de este modo, que, como Lemaître, no da explicaciones, puede parecer, y ha parecido á muchos, la proclamación del escepticismo estético, del sistema sofístico del juicio de arte. Si con las tendencias y procedimientos de Lemaître huimos demasiado del orden *científico*, de la crítica exacta, con los nuevos pruritos científicos de Hennequin, el malogrado pensador, y de sus admiradores é imitadores, volvemos á las andadas, á la confusión de dos cosas diferentes, á la idea de que Taine y su manera pueden satisfacer á la crítica literaria. No, y mil veces no. Al lado de la *Historia de la literatura inglesa* de Taine se podría escribir otra que, siguiendo uno á uno á los mismos autores, y hablando de muchas de aquellas obras, fuese un libro casi por completo nuevo por su asunto: la verdadera historia literaria crítica, *técnica*, de Inglaterra; la historia para los literatos, es decir, para los artistas. Con las tendencias de Hennequin, que miro renovadas en el final del libro de M. Ch. Maurice *La littérature de tout à l'heure*, al ver proclamado al autor de *La crítica científica* como *único* crítico de la novísima literatura francesa; con esas tendencias á quitarle al arte, y con él á su crítica *inmediata*, su fin directo, su verdadera sustantividad, se caerá cien y cien veces en la profanación y en el extremo de que ya se quejaba Flaubert en sus *Cartas* con tanta razón y tanta elocuencia.—Lo confieso: he sentido una

satisfacción de amor propio al ver en una obra reciente de Mr. Guyau, *L'Art au point de vue sociologique* (1), libro póstumo, que el malogrado filósofo y crítico coincidía con mis humildes apreciaciones respecto de la naturaleza del género literario de que se trata, que él rectificaba también, y en el mismo sentido en que lo hacía mi pensamiento, una y otra teoría de las modernísimas, que, aunque añaden mucho y bueno á la *misión* de la crítica, llegan, por exageraciones y exclusivismos, á prescindir de lo que en ella es esencial, y á confundirla con estudios paralelos, análogos, pero jamás idénticos. Y creció mi natural complacencia al notar que Mr. Guyau fortificaba su opinión con el mismo autor y con el mismo texto, absolutamente, precisamente el mismo, con que yo me había alentado á mí propio á insistir en mis ideas sobre el particular. En efecto: después de decir por su cuenta Mr. Guyau (obra citada, cap. III, pág. 46 y siguientes) que la crítica á lo Taine está hoy bien, pero no basta; que además del estudio *histórico* del autor y del *medio*, se necesita la *última diferencia*, el estudio de la obra misma, lo que hay de irreductible en el genio manifestado en ella, su orden interior y su vida propia (2), copia las siguientes palabras de una carta de Flaubert, que yo tenía ya apuntadas como epígrafe de cierto modesto estudio; palabras que vienen á ser paráfrasis de otras muchas análogas afirmaciones y declamaciones del ilustre correspondal de Jorge Sand, de las cuales he tenido ocasión de hablar en muchos de mis artículos, porque, á mi juicio, hay que volver siempre á la idea de Flaubert, que es la se-

(1) Felix Alcan, editeur, 1889.

(2) Hablando de Mr. Hennequin, dice Guyau en la nota de esta página 47: «En mi opinión, se equivoca creyendo que la crítica debe limitarse á explicar una obra, y no debe juzgarla. Sin ser *absoluto*, el juicio teórico es posible y constituye la verdadera crítica».

gura en este asunto. « Me habláis, dice el autor de Salam-bô, de la crítica en vuestra última carta, diciéndome que desaparecerá antes de poco. Yo creo, por el contrario, que, á todo lo más, ahora empieza su aurora. No se ha hecho más que tomar á contrapelo la crítica precedente. En tiempo de La Harpe se era gramático; en tiempo de Sainte-Beuve y de Taine se es historiador. ¿Cuándo se será artista, nada más que artista, pero bien artista?

»¿Conoce V. alguna crítica que se interese por la obra *en sí* de una manera intensa? Se analiza muy sutilmente el medio en que se ha producido y las causas que la han traído; ¿pero su composición? ¿su estilo? ¿el punto de vista del autor? Jamás. Para esta clase de crítica haría falta una gran imaginación y una gran bondad (esta bondad de Flaubert no tiene nada que ver con la *benevolencia* de ciertos críticos para lo mediano y lo malo; género de debilidad que Flaubert maldice en otra carta), quiero decir, una facultad de entusiasmo siempre dispuesta á mostrarse, y además *gusto*, cualidad rara (¡y tan rara!) aun en los mejores, tanto, que ni siquiera se habla ya de ella.»

Ya ven nuestros poetas mediocres que su alegría, al oír las campanas que tocan á rebato contra la crítica, deben volverse al fondo de las entrañas y convertirse en desencanto. No muere la crítica, la crítica que juzga, que es toda bondad, entusiasmo para penetrar en el alma de las grandes obras, lo cual es también *juzgarlas*, pues tan premio es un juicio como una condena, pero que, por ley del *gusto*, al tratar de la producción baladí de los poetastros, tiene que ser severa, segura de que acierta en esto, y no puede admitir que se confunda, aprovechándolo, el estado de aparente anarquía de las convicciones filosóficas actuales con la cuestión exclusiva-

mente de *sentido estético*; el cual, en el hombre de gusto, puede hoy, como siempre, hablar con claridad y fijeza y rechazar lo feo, cierto de que lo es; como está cierto el que siente una quemadura del dolor que experimenta, sea lo que quiera de las teorías del calor y del frío, sean lo que quieran el *noumeno* y el fenómeno.

Ya ven también nuestros críticos benévolos que no cabe aprovechar la *bonhomie* de la crítica contemporánea en estos países, ni los dilettantismos, dandysmos y demás suavidades y elegancias extranjeras, para cohonestar los productos del ingenio canijo y desmedrado, ni para envolver en un eclecticismo trascendental y de buen ver el montón anónimo de los poetas de rigurosa contigüidad, de las medianías que no hacen más que *piétiner sur place*, como dicen los franceses muy gráficamente.

Mentira me parece, lo declaro, que hombres á quienes sus gustos y ocupaciones llevan constantemente á la lectura de los grandes autores, de eminentes poetas y filósofos, cuando bajan á la calle á ver la literatura nacional de cada día, lleno aún el ánimo de las profundas, graves, *escogidas* preocupaciones que sus lecturas y reflexiones les dejan, tengan humor para fingir que les parece admirable la secreción misérrima de tantos *vates* ignorantes, insípidos, prosaicos, en suma; ni siquiera buenos retóricos, ni siquiera verdaderos amigos de la naturaleza, ni siquiera testigos fieles de la realidad, que ven y piensan, que describen. Yo más bien creería que lo espontáneo, lo sincero en tal situación, sería quejarse de las malas impresiones vivamente sentidas que producirá el contraste de lo bobo, rastrero, insignificante, soso y vulgar, con lo grande, intenso, fuerte, profundo, delicado, que se acaba de ver; y también me explicaría que tales quejas fueran de vez en cuando interrumpidas por

gritos de júbilo, por *artículos de crítica simpática, bondadosa*, los pocos días que algún verdadero ingenio natural, de los pocos que tenemos, hicieran recordar con algo suyo el género de bellezas de aquella otra región superior en que la conciencia del crítico supuesto ordinariamente vive.

III.

Otra de las teorías de que se ha echado mano para obligarnos á tolerar que haya docenas de poetas que deben leerse entre los que hoy en España quieren prosperar, es más especiosa que la anterior, y consiste en oponerse á la opinión de Horacio, tantas veces repetida, admitida por muchos sin bastante reflexión, según la cual, en poesía no puede admitirse lo mediano.

En este punto no hay más remedio que apuntar *distingos*. Por de pronto, lo más práctico aquí es atender á que por la puerta de lo mediano se nos quiere meter lo malo. Admítase, provisionalmente á lo menos, que en poesía lo mediano no es malo. Bien ; ¡pero lo malo sí!

Y aun de lo mediano propiamente tal, hay mucho que hablar. Por lo menos, Schopenhauer, que en materia de arte y de gusto es de los pensadores que más han visto, que más se acercaron al ideal del filósofo artista (como Platón y Renan, v. gr.); Schopenhauer, en una nota á sus observaciones acerca de la influencia del poeta en la idea, dice lo siguiente :

«No necesito decir que en todo lo expuesto me refiero al grande y verdadero poeta, que es cosa tan rara (¡claro!), y que no aludo, ni mucho menos, á la turba conjurada de poetas medianos, rimadores y *cuentistas*, que pulu-

lan hoy, sobre todo en Alemania, y á los cuales no debemos cansarnos de gritarles al oído :

« *Mediocribus esse poëtis*
Non homines, non Dî, non concessere columnae.»

» Es necesario considerar seriamente la cantidad de tiempo y de papel malgastados por este enjambre de poetas mediocres y todo el daño que causan ; pues, por una parte, el público pide siempre algo nuevo ; por otra, se inclina siempre, por instinto, á lo absurdo, á lo vulgar y bajo, más conforme con su propia naturaleza : por esto los escritos medianos le apartan de las verdaderas obras maestras, y le impiden instruirse en su lectura : trabajan, por consiguiente, esos poetas medianos, contra la benéfica influencia del genio ; corrompen más y más el gusto, y detienen el progreso del siglo. *La crítica y la sátira debieran, sin miramientos ni piedad, flagelar á los poetas mediocres, hasta obligarles á emplear sus ocios, por propio interés, en leer lo bueno, en vez de dedicarlos á escribir lo malo. Porque si la torpeza de un ignorante sin vocación ha podido exasperar al apacible dios de las Musas, hasta el punto de hacerle descortezar á Marsías, yo no veo qué pueden invocar los poetas medianos para exigir tolerancia (1).*»

Larga es la cita, pero á mí me parece llena de enseñanza y más de actualidad entre nosotros. Se escriben aquí y en América, y hasta en Francia y en Italia, libros y artículos en que se quiere pintar como floreciente nuestra vida intelectual, sobre todo la de fantasía ; y tanto por llevar adelante este propósito, como, á veces también, por lucirse demostrando grandes conocimientos y

(1) *El mundo como voluntad y como representación.*

rica erudición en el asunto, se acumulan nombres y nombres, y parece el mejor crítico el historiador mejor informado, el que hace listas más largas de Gómez, Pérez, Sánchez y Rodríguez líricos. Esta clase de *crítica* se parece á la *literatura de cátedra*, la cual, fuera de contadísimas excepciones, suele estar encomendada á muy apreciables caballeros que hablan de poesía como podrían hablar de enjuiciamiento criminal; y estos tales también se muestran propicios á las enumeraciones largas y sin duelo de vates pasados y presentes, cuyos nombres sirven, ya que no para *enriquecer*, como dicen ellos, el *Parnaso patrio*, para demostrar la buena memoria y tenaz aplicación de los disertantes. Hay mucha gente profana metida en el asunto de enterar al mundo de los poetas que *poseemos* ó no *poseemos*; y esta gente profana, como no tiene ni puede tener criterio propio, original arranque del gusto, juzga por datos *oficiales*, forma su especie de expediente á cada aspirante á genio, y, según el resultado de los informes y demás documentos, así lo declara poeta ó no; ni más ni menos que pudiera darle un certificado de quintas, ó una licencia de caza, ó la capacidad electoral.

Pero contra esta clase de medianías que llevan el visto bueno de otras medianías; contra estos poetas de *Diccionario biográfico* y del *Libro de las cien mil señas*; contra esta clase perniciosa tiene razón Schopenhauer; y no pocos de los sujetos á quien él entendía flagelar son los mismos que hoy andan por las historias *profanas* de la literatura alemana, los mismos que toman al peso los *sociólogos* que se meten á hablar de estas cosas, y los micmísimos de quien Enrique Heine se burlaba tan graciosamente, con gran escándalo de ciertos graves políticos é historiadores de su tierra. No siendo los verdaderos

artistas, los que saben cuán rara flor y cuán delicada es la poesía, pocos son los que, por talento que tengan, no admiten de todo al tratar de la *prosperidad poética* de un país. Pocos hombres habrá habido en España más discretos que el malogrado profesor D. Francisco de Paula Canalejas; pues este señor, en un discurso del Ateneo, acerca de nuestra modernísima poesía, con ese afán á que me estoy refiriendo de encontrar abundante cosecha poética, iba descubriendo escuelas líricas y colegios de *meistersinger* por todas las provincias de España, y llegaba.... á la poesía lírica asturiana, y, no teniendo cosa mejor á mano, la personificaba.... en D. Jesús Pando y Valle, redactor en jefe de no sé qué *Boletín de Pósitos!* Con ir tan lejos, sin llegar á los Pósitos, muchos insisten ahora en aplicar á la poesía lírica española las medidas para áridos y contar los Esproncedas por celemines. ¿Por qué no? ¡Viva la medianía!

Yo bien sé que si vamos á apurar la cuenta, con relación á los poetas mayores, pueden considerarse aún como medianos muchos que una y otra vez hemos alabado como primorosos. Pero ya se sabe que no es en este riguroso sentido en el que se usan las palabras generalmente. Hay que quedar en eso; en llamar grandes poetas, ó por lo menos poetas de primera clase, á los que no lo son comparados con los más célebres, con los ilustres en todo el mundo. En este sentido decía yo antes que había que distinguir. Pero hay más: también es cierto que en muchas ocasiones escritos de mucho mérito, debidos á personas de gran talento, salen á luz en verso, por circunstancias varias, y sería ridículo desdeñar el contenido, que en prosa nos hubiera deleitado, sólo por seguir el dogma de no tolerar la poesía si no procede de los Homeros y Dantes. Tiene razón que le sobra D. Juan Valera,

cuando, tomando desde este punto de vista la cuestión, defiende á las medianías poéticas.

Por otro lado, como observa con razón el citado Julio Lemaître en su libro *Les Contemporains*, hay cierto género de ingenios,—hoy abundan, relativamente, fuera de España,—que sin que puedan ser igualados con los genios verdaderos, sin que ofrezcan la variedad y armonía de los artistas mayores, les igualan, y á veces aventajan, por la intensidad ó por la perfección de un singular mérito, de una cualidad especialmente cultivada.

Además, á los ingenios de esta clase, hoy más que nunca, por motivos que sería largo explicar, les ayuda mucho más que se suele creer la reflexión estudiosa, la voluntad atenta y constante, porque en el arte moderno todos los elementos *conscientes* y de solidaridad y orden influyen con mucha fuerza, por razón del carácter predominante en toda la vida psíquica del siglo. Prescindir de esta clase de *medianías*,—si se puede llamar así,—sería absurdo; y la censura del filósofo alemán que antes copiaba, no puede entenderse que se extendiera á estos escritores. Acaso pueden ser calificados, en cierto modo, de *genios parciales*, si nos atenemos á la clasificación de Guyau, según el cual el genio completo es potencia y armonía, el genio parcial potencia ó armonía.

En la poesía modernísima francesa, por ejemplo, encontramos artistas de este género: no son genios, y sin embargo traen á la poesía, ó una nota nueva, original, ó un progreso formal, y siempre un procedimiento reflexivo, sabio, en el más alto sentido de la palabra, que hace de sus obras una *oportunidad*, una *sugestión* útil, un elemento indispensable de la vida actual artística. Teodoro de Banville, por ejemplo, no es un genio, y sin embargo su *huella* en la poesía francesa es imborrable; lo que él

ha hecho es, á su modo, nuevo ; supone la obra anterior de los grandes poetas, pero no es una repetición inútil de esta, es algo más y de otra manera ; y además es trabajo reflexivo ; muestra al lado de la inspiración, la conciencia y la ciencia ; y así, junto á *Les Cariatides*, *Les Exilés*, *Odes funambulesques*, etc., podemos colocar, á manera de complemento y comentario estético, *Le petit traité de poésie française*, libro de tecnicismo métrico y de estética literaria que, apruébense ó no sus teorías, es necesario considerar cuando se habla de la forma poética según las novísimas reformas y pretensiones.

Sully Prudhomme, el poeta pensador, para algunos, como el citado Maurice, demasiado *pensador* en sus versos, por ser poeta, para los más poeta filósofo de verdad, de intensidad y armonía, no es, con todo, un genio, no ha inventado grandes cosas, no se le debe ningún *temblor nuevo* ; y, sin embargo, su obra es insustituible, no cabe prescindir de ella, faltaría algo esencial en la *evolución* de la poesía francesa del siglo XIX si se olvidara á Sully Prudhomme. Y éste también, además de sus versos, de sus *Epreuves*, *Solitudes*, *Vaines tendresses*, *Destins*, *Justice*, etc., etc., nos da un voluminoso *programa* estético en una obra de profundo estudio, de gusto, observación, alma y ciencia : *L'expression dans les beaux arts*, aplicación de la psicología al estudio del artista y de las bellas artes ; verdadero tratado de estética en 420 páginas.... Como estos poetas, podrían citarse otros muchos que en Francia, en Italia, en Inglaterra, representan estos dos caracteres que he señalado : una individualidad poderosa, intensa, que significa un *momento* importante de la vida artística de su país, y una obra reflexiva, de estudio, que acompaña á su inspiración como una especie de *interpretación auténtica* de esa misma obra artística.

Leconte de l'Isle, aunque esté, en mi sentir, á mayor altura que los antes citados en cuanto *genio parcial*, viene á dar una *sanción* científica á sus poemas con sus elegantes y sabias traducciones de Homero, Hesiodo, los trágicos y los líricos de la Bucólica helénica, traducciones que son de las pocas que pueden recomendarse tratándose de griego convertido en francés. Rapisardi, rival de Carduci en cierto respecto, acaba de traducir á Horacio. El malogrado Dante Gabriel Rossetti, poeta y pintor, jefe de grupo, defendía pocos años hace su preraphaelismo como poeta y como estético.... En todas partes lo mismo; en todas partes, menos en España.

Aquí, después de los poetas, poquísimos, á quien todos reconocemos el título de tales, que lo serán de mayor ó menor vuelo, pero que lo son, y respecto de los cuales no hay para qué entrar en odiosas comparaciones, después de esos no hay nada. ¿Dónde están las figuras que dentro del movimiento romántico, ó del clásico, ó del reactivo, ó del realista, ó del naturalista, ó del simbolista, representen un modo original, un progreso en la perfección formal, una fecunda novedad rítmica, sugestiva de nuevas ideas poéticas, como pretende Banville que sean esta clase de novedades y restauraciones? ¿Dónde están esos *genios parciales*, aunque sea de menor cuantía, que acompañen á una original y potente nota propia en el arte, el producto de una reflexión seria, sistemática, ilustrada con la técnica correspondiente?—¡Ay! ¡nuestras medianías no saben más que imitar, dándole siempre vueltas al mismo amaneramiento, al poeta de su predilección, ó, por lo menos, su protector y amigo; no escriben libros de ciencia estética; no piensan en la técnica de su arte; les basta con las reglas atropelladamente redactadas de las poéticas vulgares: han aprendido los

:

misterios técnicos de la métrica en el *Instituto provincial*, y eso les basta; no han vuelto á pensar en las profundas y complicadas leyes del ritmo en su relación con la idea bella!—Y de los grandes problemas estéticos, ¿qué han dicho? ¿qué han pensado? Nada. Ni les importa. Todo se reduce á escribir *como* Campoamor, ó *como* Becquer, ó *como* Núñez de Arce, ó *como* Quintana ó *como* los traductores de los poetas clásicos ó de los modernos extranjeros. Y todo lo demás se lo toman ellos por añadidura. De crítica no hablan más que para maldecirla, para envolverla en alegorías de la envidia.... y exigirle alabanzas incondicionales. En otros países, la cuestión estético-técnica de la poesía, la tratan principalmente los crítico-poetas; aquí, nadie; á lo menos, los *poetas* no se acuerdan de ella. Y es que estos caballeros no son artistas, en resumidas cuentas; no están enamorados de la poesía, sino de la vanidad; quieren fama; no quieren el placer sublime de descubrir misterios de la expresión bella.

Á tal clase de *medianías* no se la puede tolerar. Es argumento baladí, si en su favor se emplea, el de que no sólo se ha de leer y estudiar el genio. Es claro: hay muchos versos buenos que no los ha dicho el genio, en poesía como en todo; pero nuestros poetas de orden intermedio (entre malo y peor) no han dicho nada de eso. No sienten, desean; desean renombre. Su palidez no es la huella del dios que visitó su mente, es la palidez de Casio, que porque nadó con César en el Tíber, sobre las mismas turbias ondas, ya quiere ser tanto como César. Tampoco meditan; cavilan cómo se puede sobornar á la fama.

Y si en todo tiempo, como Schopenhauer dice bien, hubo razones para no atender á los poetas medianos de tal índole, porque el vulgo, oyéndolos á ellos, deja de des-

cubrir la voz del genio verdadero, pierde el tiempo y se llena de ideas bajas, nimias y sin nobleza, de prosa ruin y de tautologías necias, en vez de encontrar en el arte un *sursum corda*; hoy, más que nunca, importa *economizar* la atención del público, y emplearla tan sólo en recoger las notas escogidas por el buen gusto; las que sugieran una idea sublime, un consuelo dulce y hondo, la poesía de los verdaderos poetas, nada más; de los que tienen algo *esencial* que decirle al alma cansada, dolorida, de este siglo caduco, que, á pesar de la prosa que le abruma, viendo la inutilidad de sus tesoros para su dicha, ya no busca más que una idea que le dé fortaleza y una canción que le arrulle al dormirse en el último sueño.

Porque.... ya lo sabemos todos, hay muchos que anuncian el fin de la poesía, á lo menos de la poesía en verso; se la declara incompatible con la vida moderna, con la ciencia nueva, con la democracia. Se dice que comienza la autonomía de lo mediano y acaba la aristocracia de los espíritus superiores; que la ilusión científica viene á matar la ilusión artística; que el deber punzante de la amarga ciencia va á matar el beleño de la belleza soñada.... Todo esto se dice; se invoca el gran nombre de Hegel; se invoca el veredicto de la severa ciencia positiva; hombres serios, sabios de veras algunos, ven en el verso una forma gastada de expresión, en la poesía misma un momento *ya vivido* del espíritu humano: un poeta español se quejaba no ha mucho de tales tendencias (el Sr. Núñez de Arce), en una protesta cuyas exageraciones y exclusivismos tenían la disculpa del dolor cierto y de las brutalidades de algunos contrarios.... Si esto hay, si es necesario que la poesía se defienda con todas sus fuerzas, porque lucha *pro aris et focis*, porque el peligro es grande, no puede renunciar á sus mejores armas y emplear

las que no bastan á vencer al enemigo. Las mejores armas son.... los grandes poetas; ella, la poesía, es una aristocracia, una flor de espíritu; su enemigo es la vulgaridad, la *democracia* igualitaria y el atomismo individual, y daría buena cuenta de las huestes poéticas si éstas fueran otra democracia también, el *tutti quanti* de los versificadores, los tópicos manoseados de la literatura académica ó populachera. La poesía sólo puede salvarse insistiendo en ser quien es; reconocer el estro de las medianías es abdicar; hacer de la turbamulta un juez, ni siquiera un jurado de quien sea el crítico mero asesor, es profanar la poesía. Esos escritores que recomiendan el arte como una panacea, como algo que va á gustar á todos, como un revolucionario puede recomendar la república que él va á traer llena de felicidad y de economías; esos escritores que hablan de la prosperidad de un pueblo cifrada en los muchos Fernández, Pérez y Gómez que allí entienden de rima, ó son cortesanos de esa *democracia* enemiga, ó son tontos que ni siquiera saben cuán grave y delicada materia pretenden manejar.

Los dioses, ha dicho Renan, se echan á perder cuando se van haciendo nacionales. Los *Elohim* perdieron su grandeza cuando se convirtieron en *Iohúa* (Jehová ó Iahvé), dios de Israel ante todo. Pues la poesía es como los *elóhim* (es de su mismo *aliento*), y también pierde, sobre todo en nuestros días, cuando se la hace *nacional*, ó política, ó algo, en fin, exclusivo, utilitario, interesado y tangible. Si queréis que por fuerza, por patriotismo, haya muchos poetas en un país donde no los hay, habréis salvado el decoro nacional....; pero no habrá poesía, y esos poetas, que hasta pueden figurar en la *feria de Tiros-tros*, no los leerá nadie, no consolarán á nadie, no ver-

terán en los corazones el bálsamo de la ilusión, el ensueño de la esperanza.

Pero, en rigor...., no importa que haya quien llame poetas á los que no lo son. Al fin, ese vulgo enemigo de la poesía tiene también sus horas de sensiblería, sus *regresos al ideal*; él también necesita poetas á su modo, poetas como él. Dejémosles, ya que tanto afán tienen de que se les llame lo que se llamó á Shakespeare. Si tanto insisten, entreguémosles el nombre. Sean ellos solos los poetas. Mas, en tanto, en otra parte, escondida y sola, rodeada de la discreta nube de que quiere circundarla un artista francés, la poesía servirá para los pocos espíritus capaces de sentirla y comprenderla, para los que pueden transigir con todo, menos con la invasión del arte por la multitud. Acaso el estado perfecto, el ideal de la mística ciudad poética, consista en venir á ser como una Atlántida sumergida, cuya existencia pasada llegue á negar el mundo que ignora su realidad presente. Acaso lo mejor será que llegue un día en que la *ciencia* (!), la *prosa*, la *democracia* intelectual, la *poesía oficial*, pues seguirá habiéndola, crean que la poesía sueño, la poesía *aristocracia*, la poesía *solitaria*, la poesía sin *medianías*, sin *listas* de reclutas, ha muerto y está bien enterrada. Sí, cuando se piense que su patrimonio es una sepultura, nadie se lo disputará, y ya no querrán ser poetas los Sres. Gómez, Fernández, González...., ni habrá críticos nacionales y extranjeros que se lo llamen, llenos de candor ó llenos de malicia.

CLARÍN.

NOTA BIBLIOGRÁFICA



El renacimiento clásico en la literatura catalana, por
D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH: Barcelona, 1889.

POR muchos motivos debe dar cuenta esta Revista del erudito é interesante discurso cuyo título sirve de epígrafe. Le leyó al tomar posesión de su puesto en la Academia de Buenas Letras de Barcelona, en Junio del año pasado, el Sr. D. Antonio Rubió y Lluch, conocido y celebrado autor de varias obras históricas importantes, como son: *Bosquejo histórico del gran senescal de Cataluña D. Guillermo Ramón Moncada*, *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente*, y *Los navarros en Grecia y el ducado catalán de Atenas en la época de su invasión*.

Aunque en Castilla no falte quien mire con cierto disgusto el esmerado cultivo que se vuelve á dar en Cataluña á la lengua de aquella región, prescindiendo de la castellana, nosotros no nos contamos en el número de los disgustados. Es más: si alguien lo está, culpa es, en nuestro sentir, de algunos catalanes, exagerados y extraviados en su amor patrio exclusivo, hasta el punto de

no saber expresarle sino sacando en contraposición de cada virtud y excelencia que á los catalanes atribuyen, un vicio ó un defecto para la gente de Castilla. Fuera de esta inclinación al vituperio, á fin de extremar la alabanza, en todo aquello en que la alabanza se haga sin vituperarnos, nos sentimos inclinadísimos á hacer coro á los encomiadores de todo lo catalán.

El Sr. Rubió y Lluch, así como el Sr. Vidal de Valenciano, que contestó á su discurso, con otro, erudito é interesante también, no se muestran enemigos de Castilla, y ensalzan, cuanto se lo merecen, las glorias catalanas. Reciban, pues, valga por lo que valga para ellos, nuestra aprobación y nuestro aplauso.

En la Península ibérica bien puede afirmarse que hay tres lenguas literarias y tres literaturas: la castellana, la portuguesa y la catalana. Acaso hasta terminar el siglo xv, las tres lenguas y las tres literaturas rayen tan iguales, que no se sepa á cuál dar la preferencia; pero, sea por lo que sea, en el siglo xvi se dejó de escribir en catalán, los ingenios de Cataluña escribieron en castellano, y casi estuvo á punto el idioma catalán de degenerar en dialecto, si no revive, como ha revivido, en nuestros días con nuevos bríos y nueva savia. Hoy vuelve á tener el catalán historiadores, publicistas, novelistas, y, sobre todo, egregios poetas.

Digamos sin rebozo la verdad. Dado por innegable que no debe perderse un idioma que ha tenido y tiene grandes escritores, justo es que el catalán viva, florezca y prospere; pero, por Dios, unifíquenle, y no haya más que un solo idioma literario en Mallorca, en Cataluña y en Valencia. Si cada provincia se descuelga con su idioma, esto va á convertirse en una Babel.

Algo parecido debemos aconsejar á los gallegos, que

también salen con su lengua y con su literatura propias. ¿Por qué han de tener los gallegos otra lengua literaria más, una lengua literaria sin antecedentes y recién inventada? Desde las *Cantigas* del Rey Sabio hasta después de Macías, el portugués y el gallego son lo mismo. Procúrese, pues, que sigan siéndolo, y así, todo gallego que no quiera escribir en castellano escribirá en portugués, y no nos inventará otra lengua culta y literaria que jamás ha existido sino como dialecto del vulgo.

En Italia, desde el rey bárbaro y ostrogodo Teodorico, no ha habido hasta hace poco unidad nacional política. En cambio, en Italia ha habido gloriosísimos Estados independientes: Venecia, Pisa, Florencia, Génova, etc.; pero, si bien es verdad que han tenido en Italia autores que han escrito en siciliano, en napolitano, en veneciano y en otros dialectos, jamás hubo esa persistencia y ese empeño de convertir en idioma perfecto y nacional cada uno de esos dialectos, rompiendo la unidad mental de la cultura itálica. Rómpase aquí en buen hora, ó, mejor dicho, quédese rota, ya que rota está; pero, por piedad, no se desmenuce y se convierta en átomos. Sería una plaga más sobre las muchas que nos han caído encima.

Bueno que se escriban tres lenguas literarias en la Península: portuguesa, castellana y catalana; pero, si también se empeñan en que siga habiendo ó se invente gallego, mallorquín y valenciano, ¿por qué no ha de haber lengua malagueña, y lengua jaenense ó cordobesa? ¿Por qué no se escriben y se publican libros en *euscaro*? Hasta deberán inventarse nuevos alfabetos para que la parte fonética de algunos de estos idiomas quede gráficamente bien expresada. Así, por ejemplo, en la provincia de Jaén y en gran parte de la de Córdoba, casi entre cada media

docena de palabras se incrusta un ronquido ó interjección inexpresable por medio de ninguna de las letras, signos ó cifras conocidos hasta hoy. Y, sin embargo, ese ronquido es lo más característico, propio y significativo del idioma jaenense. Menester será, pues, que el alfabeto de Jaén tenga una ó varias letras más, cuya pronunciación los futuros estudiantes filólogos aprenderán de la viva voz de los maestros del susodicho idioma.

Todo esto se dice aquí con el mejor fin: con el fin de que transijamos. Haya en la Península tres idiomas literarios; pero no haya más, ¡por los clavos de Cristo y por las ánimas benditas! Esto no se opone á que, de vez en cuando y por gala, se componga alguna oda en vascuence, se escriban coplas en gallego, y hasta se inventen nuevos *cantes* gitanos y nuevas seguidillas y peteneras manchegas y andaluzas.

La literatura catalana, aun cuando no hubiese resucitado, sería una gran literatura. El hermoso discurso del Sr. Rubió y Lluch bastaría á probárselo aun al más ignorante en estas materias; aun al que no supiera nada de ellas antes de leerle.

Este discurso es un compendio de la historia de dicha literatura.

Haciendo nosotros compendio rapidísimo del compendio, y pidiendo anticipado perdón de las inexactitudes que el compendiar y el generalizar traen consigo, diremos que en Cataluña se escribió en latín y se escribió en la lengua artificial y jamás hablada de los trovadores, hasta mediados del siglo XIII.

La verdadera literatura en lengua catalana empieza entonces y dura hasta fines del siglo XV, desenvolviéndose con tal vigor y fecundidad, que, como ya se ha dicho, vence á la literatura portuguesa, y compite con

la castellana, aunque no la venza, durante este período de más de dos siglos.

En este período, que coincide con el Renacimiento clásico en toda su prolongación, Aragón y Cataluña (pues debe Aragón entrar en la cuenta, aunque á veces lo olviden los catalanes) forman una nación preponderante, gloriosísima y triunfadora, en armas y en política, la cual dilata su imperio por Sicilia é Italia, prevalece en los mares, y lleva sus victoriosas banderas á la imperial Bizancio, por la Tesalia, la Beocia, el Ática y el Peloponeso, y por el Asia hasta los montes de Armenia.

En literatura y en ciencias no fueron para los catalanes menos brillantes aquellos siglos. El espléndido cuadro que el Sr. Rubió y Lluch ofrece á nuestros ojos lo demuestra, satisfaciendo nuestro orgullo nacional, ya que no atinamos á prescindir, ni queremos prescindir, de que los catalanes y los aragoneses son y eran españoles.

Don Jaime I, conquistador é historiador, como César; el magnánimo Alfonso V y su sabia y amena corte de Nápoles, que no resplandece menos que Florencia y Roma, en la misma edad; sabios entusiastas, aventureros y milagrosos, como Vicente Ferrer, Raimundo Lull, Arnaldo de Vilanova y Juan de Peratallada; cronistas como Muntaner; novelistas como el autor de *Tirante el Blanco*; poetas egregios como Ausías March; y, en suma, un refulgente estol de ingenios inmortales desfilan á nuestra vista, evocados por el autor del discurso, y nos hacen ver claro el florecimiento intelectual de Barcelona en los siglos XIV y XV, y la parte importantísima, no inferior á la de ningún otro pueblo, excepto Italia, que toman Aragón y Cataluña en toda aquella agitación fecunda del Renacimiento clásico, que preparó el Mundo Antiguo para

descubrir y civilizar el Nuevo, y que abrió las puertas de la Edad Moderna.

Aunque mucho más breve, como correspondía á la contestación, el discurso del Sr. Vidal de Valenciano completa el trabajo bellísimo del Sr. Rubió y Lluch, sintiendo nosotros sólo dar tan incompleta idea de ambos: pero válganos como disculpa que las obras escritas por estilo conciso, y en las que hay muchos hechos y muchas ideas en proporción de las palabras, no se pueden ni se deben extractar. Incumbe sólo á quien habla de ellas indicar algo de lo que contienen, y excitar la curiosidad del público, á fin de que las personas entendidas y aficionadas á la lectura las busquen y las lean.

JUAN VALERA.

de la Real Academia Española.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Un destripador de antaño</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>El año militar</i> , por J. Gómez de Arteche.....	37
<i>El año musical en España</i> , por Guillermo Morphy.....	63
<i>La Medicina en 1889</i> , por José de Letamendi.....	83
<i>Sobre lo inútil de la metafísica y de la poesía</i> , por Juan Valera.....	129
<i>Un arbitrio del siglo XVI</i> , por el Doctor Thebussem.....	153
<i>Sección Hispano-ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	161
<i>Revista literaria</i> , por Clarín.....	193
NOTA BIBLIOGRÁFICA. — <i>El renacimiento clásico de la literatura catalana</i> , por D. Antonio Rubió y Lluch: Juan Valera.....	217
